ALEJANDRO EL GRANDE



LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES

TYPVS ORBI



AMERICA SIVE INDIA NOVA. Ao 1492. a Christophoro Colombo nomine regis Castelle primum detecta.

CIRCVLVS ARCTICVS.

TROPICVS CANCRI

CIRCVLVS AEQVINOCTIALIS

TROPICVS CAPRICORNI.

CIRCVLVS ANTARCTICVS.

MAR DEL ZVR

EL MAR PACIFICO

MAR DEL NORT

Noua Francia

Florida

Hispania Noua

Peru.

Brasil

Chile.

Amazones.

Caribana.

Terra del Fuego.

Hanc continentem Australem, nonnulli Magellanicam regionem ab eius inuentore nuncupant.

Noua Guinea nuper inuenta, quae an sit insula an pars continentis Australis incertū est

TERRA AVSTRA

190 200 210 220 230 240 250 260 270 280 290 300 310 320 330 340 350

QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN
OMNIS, TOTIVSQVE MVNDI NO

S TERRARVM

NTRIO.

Noua Zemla
Tazata
Mongol.
Tangut
Norwegia
Suedia
Bergen
Tartaria
EVROPA
Russia
Moskow
Naiman
Catthaio
China.
A S I A
Turchestan
Samarchand
Mar de Bachu
Natolia
Armenia
Persia
Corasan
Gallia
Barbaria.
Aegyptus
Arabia.
Guzarate
India orientalis.
AFRICA.
Agisymba
Nubia
Abissini
Manicongo.
Melinde
Quiloa
Zanzibar
Zeilan
Malaca
Burneo.
Iaua maior
Pulo
Mozambique
Madagascar
Dangala
Borno
Bengala
Calecut
Goa
Ormus
Aden
Zocotora
Maldiua
Sumatra
Gissam
Lantchidol mare.
Beach
Lucach
Maletur
Vasco de Acuna
S. Francesco.
Due Compagne
Don Garçia
Poueadafona
Baxos de Nazaret
Mascaremas
Don galopes
S. Apollonia
Adarno
Isola di S. Lorenzo
Luan de Lisboa
Pomeri
Los Romeros
MAR DI INDI
C. Falido
Punta de S. Maria
C. de las Agulhas
C. Bon esper.
Tristan de Acuna
Gonsalo Aluares
S. Matheo
Ascension
S. Helena
OCEANVS AETHIOPICVS.
C. Negro
Miaco
Iapan
Pulo
Paloban
Lequio
Catigara
Quinsay
Mien
Sian
Cantan
Zaiton

Vastissimas hic esse regiones ex M. Pauli Ven: et Lud: Vartomanni scriptis peregrinationibus constat.


Psitacorum regio, sic à Lusitanis appellata ob incredibile earum auium ibidem magnitudinem.

10 20 30 40 50 60 70 80 90 100 110 120 130 140 150 160 170 180

LIS NONDVM COGNITA.

IDIES.

REBVS HVMANIS, CVI AETERNITAS
TA SIT MAGNITVDO. CICERO:


LOS GRANDES
IMPERIOS
Y CIVILIZACIONES

ALEJANDRO EL GRANDE



VOLUMEN 4

LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES
Realizada por la División Grandes Obras de SARPE

Coordinación:
Amelia Alas.

Diccionario Histórico y Artístico,
Eduardo Vázquez, catedrático.
Concepción Aguilera y Concepción Olmeda, licenciadas en Historia.

Diseño y maquetación:
Pablo Hidalgo.

Maquetación:
Eduardo López, Miguel Porres.

Documentación:
Museo de América, Museo Arqueológico Nacional, Museo de Arte Contemporáneo, Museo Nacional de Artes Decorativas, Museo Nacional de Etnología, Museo del Prado, María Izard, Susana Sánchez de Ron, Lucía Sánchez-Piñol, Archivos Gráficos de SARPE.

Edita:
SARPE (Sociedad Anónima de Revistas, Periódicos y Ediciones), Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.

Imprime:
ALTAMIRA, S. A.
ISBN: 84-7291-724-X (Obra completa)
ISBN: 84-7291-735-5 (Tomo IV)
Depósito legal: M. 110-1985
Printed in Spain - Impreso en España.

Ilustraciones:
Portada: Estatua ecuestre de Alejandro en la batalla del Gránico (Nápoles, Museo Nacional).
Contraportada: Disco de plata con Pan músico (Nápoles, Museo Nacional).
Páginas 2-3: Alejandro Magno y Diógenes (Roma, villa Albani).
Página 5: Busto de Alejandro Magno, copia de original griego (Roma, Museos Capitolinos).



ALEJANDRO, CUMBRE DEL MUNDO HELENO

El siglo V, en el que Grecia vivió sus años de máximo explendor, bajo el liderazgo de una Atenas deslumbrante, se cerró con los fragores de una tremenda contienda bélica: la guerra del Peloponeso. Atenas y Esparta, a la cabeza de sus respectivas ciudades coaligadas, se trabaron en una lucha sin cuartel poniendo frente a frente dos concepciones distintas de la *polis* y de la organización de la ciudad-estado griega; pero al final, lo que todas las ciudades contendientes pusieron de relieve fue la crisis irreversible de la polis como sistema político sensato para el presente y válido para el futuro.

LAS «POLIS» FRENTE A FRENTE

La grandeza del espíritu griego se compaginaba mal con una estructura política compuesta por multitud de estados minúsculos, que dibujaban un panorama erizado de barreras, a uno y otro lado de las cuales, todos se miraban como enemigos reales o en potencia. La historia de Grecia es un rosario ininterrumpido de choques de intereses de unas ciudades con otras, pese a la conciencia generalizada de que compartían un patrimonio cultural común, la misma lengua, y la hermandad frente al mundo bárbaro exterior. Los cultos y juegos panhelénicos y las anfictionías, suavizaron las fricciones entre las ciudades pero no bastaron para evitar, que a la postre, el desgaste de las mismas fuera insuperable. Este error hubiera sido grave en cualquier caso, pero lo era más teniendo en cuenta el acoso exterior, especialmente del poderoso Imperio persa. La mezquindad de la *polis*, como repetidas veces ha sido denunciado por la historiografía antigua y moderna, alcanzó sus tintes más trágicos cuando, a partir de la guerra del Peloponeso, unas ciudades y otras se disputaron la alianza de Persia para afirmarse frente a sus vecinas. Grecia, que se galvanizó a sí misma por su triunfo frente a los persas, hizo de su enemigo tradicional el árbitro de sus luchas intestinas.

Se hacía imprescindible poner remedio a una situación marcada por la degradación creciente de la *polis*, pero las ciudades griegas carecían de la capacidad de mover los resortes de su propia recuperación, por lo que se haría cargo de ellos una potencia extranjera, Macedonia. Estaba lo suficientemente próxima como para actuar como una potencia griega y lo suficientemente distante como para acabar con los reparos de quienes, desde dentro, seguían viendo en la *polis* la única fórmula política aceptable. Este era el caso de Demóstenes, defensor en Atenas de una actitud entre terca y románticamente idealista, con la que pretendía frenar el acoso de Filipo.

LA ANTORCHA MACEDONIA

Pero no ha de pensarse que la postura de Demóstenes era compartida por la generalidad de los griegos. En el pensamiento de los más selectos había anidado con fuerza la idea de que era necesario acabar con el ciego individualismo del ciudadano y de la *polis* y dar al panhelenismo contenido político, unir a los griegos y hacer frente común al peligro que suponían las potencias extranjeras. Así ocurría en el círculo de los seguidores de Sócrates, entre pensadores de la talla de Platón, Jenofonte e Isócrates. Este último fue el más directo defensor de las esperanzas que despertaba el liderazgo de Filipo. En palabras de Werner Jaeger, «Isócrates vio en la nueva estrella ascendente del rey Filipo de Macedonia, en que los defensores de la *polis* veían un signo funesto, todo lo contrario, la luz de un porvenir mejor, y saludó, en su discurso *A Filipo*, el gran adversario de Atenas como el hombre a quien la *tyché* había conferido la idea de realizar su idea panhelénica. El asumiría ahora la tarea de conducir a los estados griegos contra los bárbaros, que en otro tiempo, en el *Panegírico*, asignara Isócrates a Atenas y a Esparta».

Quedaban establecidas, pues, las circunstancias adecuadas para que fuera factible el plan concebido por Filipo y continuado, tras su muerte, por Alejandro. Inmediatamente se propusieron devolver a los griegos su supremacía, apagando el fuego de las luchas internas y retomando la guerra contra Persia como vehículo de cohesión y engrandecimiento helénicos. La consumación de este proyecto fue la gran empresa de Alejandro, y en ella puso a prueba su rara genialidad.

El panhelenismo cobró con Alejandro dimensiones extraordinarias, no sólo por la asombrosa expansión geográfica de sus conquistas, sino, además, por la puesta en acción de un nuevo concepto de la dialéctica entre lo griego y lo bárbaro. La barrera entre civilización y barbarie se derrumbaba ante los golpes de una mentalidad más abierta, propia de aquellos griegos que, ante la crisis de la *polis*, se asomaron al exterior con actitud más comprensiva y receptiva; no era este el momento de aferrarse a la ponderación de los valores helénicos y tachando de bárbaro todo lo exterior. Alejandro fue adalid de esta corriente, mostrándo-

se condescendiente con los persas, a los que abrió las puertas de la participación en la dirección de su Imperio, cosa que, por otra parte, despertó el recelo de muchos de sus compañeros. En esto se distanció de los consejos que le diera su maestro Aristóteles, según el cual debía imponerse a los griegos mediante la hegemonía, y a los bárbaros, con el despotismo. La buena disposición de Alejandro para con los persas estaba influida por obras como la de Jenofonte, admirador del mundo persa y enaltecedor de sus caudillos, cuyo valor personal en la batalla vendrá a coincidir con la actitud adoptada por Alejandro como conductor de sus tropas.

LA CULTURA GRIEGA CAMBIA DE SIGNO

Más allá del respeto a lo extranjero, Alejandro hizo suyas muchas costumbres ajenas, sobre todo, y en la línea de sus probados reflejos de líder, en aquello que servía a sus propósitos personales. Desde este punto de vista hay que entender la adopción de los rasgos de los soberanos orientales, su divinización. Esto suponía una radical revolución en el concepto que el mundo griego tenía de los líderes, así como de formas externas, por ejemplo, la postración ante el soberano (la *proskynesis)* a que estaban obligados los súbditos. Ello fue motivo lógico de escándalo. Pero la historia ratificaría la audacia de Alejandro, registrando la imitación de tales «extravagancias» por parte de los reyes helenísticos y los emperadores romanos.
Como digno discípulo de Aristóteles, Alejandro demostró con hechos lo que su maestro proclamaba en la *Política:* que los griegos podrían llegar a dominar el mundo si constituían un solo Estado. Así lo hizo, logrando, además, lo que, como subraya Rostovtzeff, había sido durante siglos el sueño de los reyes persas: unificar bajo un solo mando la totalidad de la parte oriental del mundo mediterráneo civilizado.
La trascendencia de la obra de Alejandro fue enorme. La cultura helénica se extendió por vastísimos horizontes, enriqueciéndose al mismo tiempo con el tropel de estímulos de todo tipo que llegaban de los territorios que quedaron bajo la órbita griega. Se pusieron las bases de un mundo cosmopolita y abierto, bien ejemplificado en las ciudades que el mismo Alejandro, o sus sucesores, fundaron por todas partes. Basta pensar en Pérgamo o en Antioquía, pero sobre todo en Alejandría. La gran metrópoli egipcia, donde se reunieron todos los saberes de la época y que se convirtió en epicentro de un mundo vastísimo. Los cambios tecnológicos, las nuevas corrientes del arte, las redes inmensas del comercio, las nuevas inquietudes espirituales, que prepararon el triunfo del monoteísmo; toda una crisis de crecimiento se había puesto en marcha, y tendría como inmediato colorario la implantación de un nuevo orden universal por obra del Imperio romano.

UN LIDER DE TALLA HISTORICA EXTRA

Alejandro Magno traspasó, con justicia, la frontera del personaje histórico para convertirse, desde la Antigüedad misma, en un mito. A ello contribuyó poderosamente su prematura muerte. «Alejandro —decía Hegel— tuvo la fortuna de morir en el momento adecuado; cabe llamar a esto una suerte, pero se trata más bien de un hecho necesario. A fin de que quedara para la posteridad con la imagen de su juventud, era preciso que una muerte prematura lo arrebatara». Fue como un nuevo Aquiles, tocado por los dioses para su gloria y su tragedia. La *Novela de Alejandro,* que un greco-egipcio (el pseudo-Calístenes) escribió en el siglo III d.C., inscribió al rey macedonio en el campo de la fábula literaria definitivamente. Traducida al latín por Julio Valerio —en el siglo IV— y por el arcipreste León —en el siglo X—, llegó a tener versiones en, prácticamente, todos los idiomas y alcanzó difusión universal. Por Oriente y Occidente corrió, en boca de bardos y romanceros, el mito de un Alejandro que descubrió la «Fuente de la Juventud», y llegó en sus expediciones al fondo del mar y subió, en un carro tirado por grifos, al séptimo cielo.
Las artes plásticas han contribuido también, en gran medida, a transmitirnos una imagen de Alejandro llena de atractivo, muestra visible de lo que de él han escrito sus biógrafos. Desde los retratos más verosímiles, obra de Leochares o de Lisipo, su retratista oficial, a los centenares de copias y versiones posteriores, generalmente muy idealizadas, todos ratifican la veneración que el mundo antiguo tributó a su memoria, haciendo que su efigie figurara en templos y lugares públicos al lado de los héroes y los dioses.
Pero aparte de la aureola que el arte o la literatura le otorgan, Alejandro es, en su estricta estatura histórica, un personaje gigantesco. Supo asumir la trayectoria histórica que en su momento se le imponía, y la impulsó con la energía que emanaba de su genial personalidad.

Manuel Bendala Galán
Catedrático de Arqueología
Universidad Autónoma de Madrid



ALEJANDRO EL GRANDE



Según Plutárco (46-120), Alejandro era un hombre cuyo valor «generaba un incontenible anhelo de victoria, que dominaba no sólo a los enemigos, sino también a los lugares y circunstancias». Su obra maestra, *Vidas paralelas,* le dio inmensa fama. Estaba convencido de que la biografía, más que la narración de los sucesos, posibilita el conocimiento de los hombres. Hijo de Filipo II y de Olimpia, de los cuales heredó, además de una extraordinaria inteligencia, una incansable vitalidad, Alejandro tenía alma y aspecto de héroe, ambición ilimitada, curiosidad insaciable, magnífico talento militar, bravura especial y resistencia de atleta.

Análogos juicios expresó Arriano (95-175 p.C.), historiador fidedigno, de seguro oficio y estilo claro y agradable. Este historiador fue autor de la *Anábasis,* donde describe las diversas etapas de las hazañas de Alejandro. Todos los estudiosos que se dedicaron a tratar su figura partieron de los conceptos de estos dos historiadores.

Por otra parte, para dar una medida del valor, de la personalidad y fascinación de Alejandro, que se granjeó desde siempre el sobrenombre de «Grande», es suficiente hacer constar la admiración que suscitó este hombre en los más famosos caudillos de la historia: desde Julio César hasta Napoleón Bonaparte. Admiración más que natural, puesto que la empresa de Alejandr transformó el mundo, cosa que ellos también intentarían. Aparte de los increíbles aspectos militares de sus conquista (basta pensar en las batallas ganadas o en el hecho de que la tropas macedonias recorrieron en ocho años casi 27.000 km. un promedio de aproximadamente 10 por día), existe en realidad una certeza: la conquista macedonia representa el encuentro de dos civilizaciones, la occidental y la oriental, el mund griego civilizado y el de los persas, que Aristóteles mismo n vacilaba en calificar de bárbaro. De este encuentro de cultura y sociedades diferentes nace una tercera civilización, la helenística, que hará sentir su influencia en el mundo antiguo durant varios siglos.

Por otra parte, ni siquiera Alejandro, en el momento de emprender su expedición contra el poderosísimo Imperio persa podía imaginar una victoria tan completa, sobre todo considerando lo que había sido, y era, Macedonia, su tierra de origen. L Macedonia antigua era un vasto territorio que lindaba al su con Grecia; y aun en la Antigüedad bastaba un día de viaj para llegar a la ciudad de Tesalia, o sea, a Grecia septentrional desde Ega (o la moderna Edessa), la primitiva capital macedonia. Pero si, en la práctica, no existía geográficamente ningun



solución de continuidad entre Grecia y Macedonia, desde el punto de vista de la civilización y cultura era como si se tratara de dos continentes distintos.
Es verdad que, en cierta medida, los macedonios estaban emparentados con los griegos, hablaban un dialecto griego, veneraban las divinidades del Olimpo helénico, pero los griegos los consideraban bárbaros, es decir, extraños a su civilización y a su mundo. Y, efectivamente, durante siglos la región de Macedonia se mantuvo apartada, al margen de las grandes civilizaciones mediterráneas.
Es difícil decir cuáles fueron las fases de su evolución antes del siglo VI a.C., e incluso más tarde, hasta la era de Filipo II, son poco conocidas sus vicisitudes. Sin embargo, es cierto que en la Macedonia antigua, la actividad más importante fue la agricultura, practicada en los valles y llanuras (sobre todo el cultivo de los cereales, la vid y el olivo) y la pastoril, desarrollada en las regiones montañosas (cría de ganado vacuno y ovino, con total predominio de este último). Por consiguiente, desempeñaba un papel social de mayor relieve aquel que poseía el mayor número de cabezas de ganado y las más grandes extensiones de tierra para pastoreo, y la organización política del país se correspondía con este estado de cosas.

La asamblea de los hombres libres constituyó el órgano de poder soberano colectivo y allí todas las decisiones competían a quien tenía la responsabilidad (y el interés) de cuidar de la defensa de los pastos. La asamblea de los hombres libres era, sobre todo, un cónclave de personas capaces de armarse y mantenerse durante los períodos de guerra, de combatientes montados a caballo, iguales entre sí, que se llamaban los *etaíroi*, los amigos: los *etaíroi* eran los encargados de escoger el *basileus*, el soberano, un jefe militar que tenía además la misión de lograr para su ejército la colaboración y la ayuda de las fuerzas divinas y que cumplía también funciones sacerdotales. Por ello, el cargo de *basileus* correspondía al jefe de la familia más rica y poderosa entre estos nobles o *etaíroi*.
En consecuencia, la cultura macedonia, en vísperas del advenimiento de Alejandro, presentaba características que recuerdan más el mundo que cantó Homero que la sofisticada evolución que posteriormente sufrieron las ciudades griegas. Lentamente, el poder soberano fue superponiéndose al de la asamblea de *etaíroi* y terminó por transmitirse de padres a hijos.
La estirpe de los Argeadas, a la cual pertenecieron Filipo II (382-336 a.C.) y Alejandro Magno (336-323 a.C.) era una familia, o mejor dicho una tribu que desde su sede de origen, Ega





En la página 9: Detalle del cuadro que representa a Alejandro Magno en el Templo de Jerusalén (1764), realizado por Conca (Madrid, Museo del Prado).

Arriba: Espectacular vista de los montes que marcan el límite entre los estados de Macedonia y de Tesalia.

Izquierda: El valle del río Vardar, al que los griegos llamaban Axios, uno de los principales cursos de agua de Macedonia, que fluye entre altas montañas, en un terreno muy accidentado. Macedonia, región predominantemente montañosa, habitada por rudas poblaciones dedicadas al pastoreo, quedó excluida de la evolución que caracterizó a los «siglos de oro» de la civilización griega.

Derecha: El valle de los Meteoros, en Tesalia. Cuando comenzó el ascenso del reino macedonio, Tesalia fue la primera región griega que se conquistó, con la ocupación de Larisa. Inmediatamente después los macedonios se apoderaron del monte Pangeo, en el que abundaban los yacimientos minerales (oro y plata), que ellos explotaron hábilmente para hacer más poderoso a su reino.



Pavimento de mosaico, entre las ruinas de Pella, ciudad de Palestina al este del río Jordán, que escogió Arquelao (413-399 a.C.) como capital (y que siguió siéndolo hasta la caída del reino), abandonando Ega, antiguo asiento de la dinastía de los Argeadas. Lo que queda de Pella confirma todo lo que narran las fuentes antiguas, o sea, que los soberanos macedonios llamaron a arquitectos, artistas y artesanos griegos para embellecer su capital, transformándola en un centro de cultura y arte helénicos.

(nombre ligado al del ganado ovino que constituía la riqueza de la familia), consiguió extender su patrimonio, consistente en vastas zonas destinadas al pastoreo, hasta abarcar el distrito minero del monte Pangeo, donde abundaban el oro y la plata. La fortuna de la dinastía argeada se inició con Pérdicas I, que se apoderó del territorio llano que bordeaba la costa egea hasta el monte Olimpo. Interpuesta entre griegos y persas, Macedonia entró en la historia griega al producirse las guerras Médicas, cuando Amintas I (540-498 a.C.) tuvo que someterse a Darío, rey de los persas; su sucesor, Alejandro I (498-454 a.C.), se vio obligado a seguir la expedición de Jerjes, pero mediante un diestro doble juego consiguió favorecer a los griegos: la victoria de éstos determinó que Macedonia obtuviera su independencia y la atrajo hacia la órbita cultural helénica. Píndaro, Helénico, Herodoto, frecuentaron la corte de Alejandro I (cuyo sobrenombre fue *Filoheleno*, amigo de los griegos) y la tradición prosigue con Arquelao (413-399 a.C.), que instaló su capital en Pella: esta ciudad se convirtió rápidamente en un centro de cultu ra griega, del que fueron huéspedes personajes de la talla d Eurípides y Aristóteles.

En el curso de estos mismos años se asistió a una transforma ción gradual de la economía macedonia: se intensificó la explo tación de los yacimientos de cobre, oro, plata y hierro, y la agricultura, la cría de caballos y el comercio se agregaron a las tradicionales actividades de pastoreo. La evolución de la pro ducción hacia la agricultura implicó un mayor fraccionamiento de la propiedad territorial y se formaron nuevas clases que in fluyeron en la estructura política: de las primitivas formas triba les se pasó a una organización estatal propiamente dicha, cuyo caudillo era el soberano.

Esta transformación se encontraba en plena fase evolutiva cuando, a la muerte de Pérdicas III (359 a.C.), caído en com bate contra los ilirios, asumió la regencia su hermano Filipo, en nombre del hijo de Pérdicas, Amintas IV. Filipo, a quien los historiadores describen como un soberano bárbaro, amante de las mujeres y del buen vino, fue sin duda alguna hombre resuel to y sin escrúpulos, pero también un soberano dotado de consi derables condiciones para la política y la diplomacia, profundo conocedor de sus congéneres (se jactaba de que podía entrar en cualquier ciudad si llevaba un cargamento de oro para sobornar a sus adversarios), y óptimo general, que probablemente se per feccionó durante los años transcurridos como rehén en Tebas donde asimiló las nuevas tácticas militares de Epaminondas, e jefe más hábil de su tiempo.





Arriba, derecha: Moneda que representa a Filipo, segundo soberano macedonio que llevó este nombre. Asumió el poder a la muerte de su hermano Pérdicas, como regente (359) y tutor de Amintas, su joven sobrino. Filipo II se libró sin escrúpulos de sus rivales en la corte, matándolos o exiliándolos, y fue aclamado soberano legítimo en 356 a.C. Los designios políticos de Filipo, que aspiraba a insertarse como un griego más para adquirir supremacía sobre el mundo helénico, tuvieron a uno de sus más resueltos antagonistas en la persona de Demóstenes, el más grande orador de la Antigüedad, a quien vemos (arriba, izquierda), en un fragmento (Berlín, Staatliche Museen). Jefe del partido antimacedonio en Atenas (otro gran orador, Esquines, fue el conductor del partido favorable a Filipo), Demóstenes luchó ardorosamente entre 351 y 340, denunciando en sus cuatro *Filípicas* (la tercera es una obra maestra de la oratoria griega) las ambiciones macedónicas y la necesidad de afrontarlas abiertamente. Amargado por el triunfo de sus adversarios, se suicidó en el año 322 a.C.



Derecha: Un mosaico del Palacio Real de Pella, donde se ha representado a Dionisos montado en una pantera. A pesar de que los griegos los consideraban bárbaros, los macedonios tenían notables afinidades con sus vecinos más civilizados: hablaban, por ejemplo, la misma lengua y adoraban las mismas divinidades (como lo atestigua este mosaico).

Para la ambición y la personalidad de Filipo no eran suficientes los estrechos confines de Macedonia. El objetivo más cercano, el más lógico e incluso el más seductor, era Grecia, donde la crisis de la *polis*, la ciudad-estado, había creado un enorme vacío de poder. El mundo clásico, la Grecia del siglo de Pericles, giraba inexorablemente hacia el ocaso: la importancia que se daba al individuo, el orgullo de ser ciudadano de una comunidad libre, el espíritu racionalista que consideraba que las estructuras sociales debían estar sujetas a las críticas de la inteligencia individual, chocaban con una crisis económica incontenible. El poder estaba siempre en manos de la aristocracia terrateniente, pero sólo en Atenas existía una clase rica, de origen marcantil e industrial, que ejercía una gravitación determinante en la vida ciudadana. En las otras ciudades griegas, los contrastes entre aristócratas y pueblo adquirían cada día más el carácter de conflictos ideológicos y expresaban la crisis de las relaciones entre terratenientes y población. Por otra parte, la concepción de la *polis* como organismo perfecto se oponía a toda tentativa de unificación: de conformidad con las tradiciones políticas griegas, la única forma de unificación era la que ofrecía la hegemonía temporal de una ciudad sobre otra, en el ámbito de una organización federativa (que de tanto en tanto, se concretaba en diversas leyes) que logró tornarse panhelénica, comprendiendo a todas las ciudades, solamente en ocasión de la lucha contra los persas. En cualquier otra circunstancia, la guerra de todos contra todos, típica de las ciudades griegas, aceleró la decadencia política.

Macedonia se convierte en potencia

Frente a esta Grecia dividida por antiguas rivalidades nacía Macedonia, una nación en ascenso, estrechamente unida en



Arriba: Moneda de oro *(statere)* de Filipo II. La acuñación de monedas (los antiguos no estaban sujetos al cambio, sino que en cualquier país valían por su peso en oro o plata) fue lo que sirvió en gran manera al triunfo de la expansión macedonia.
Derecha: El león de Anfípolis, testimonio del éxito de Filipo en la controversia sostenida en 358-357 con Atenas por la posesión de la ciudad, importante desde el punto de vista estratégico por cuanto aseguraba a los macedonios una salida al mar. La ciudad, importante encrucijada de caminos, fundada sobre el burgo anterior llamado Nueve Caminos, fue largamente asediada por Filipo y resistió con valor, hasta que las facciones partidarias de los macedonios abrieron las puertas al enemigo. Filipo fue magnánimo con los defensores.



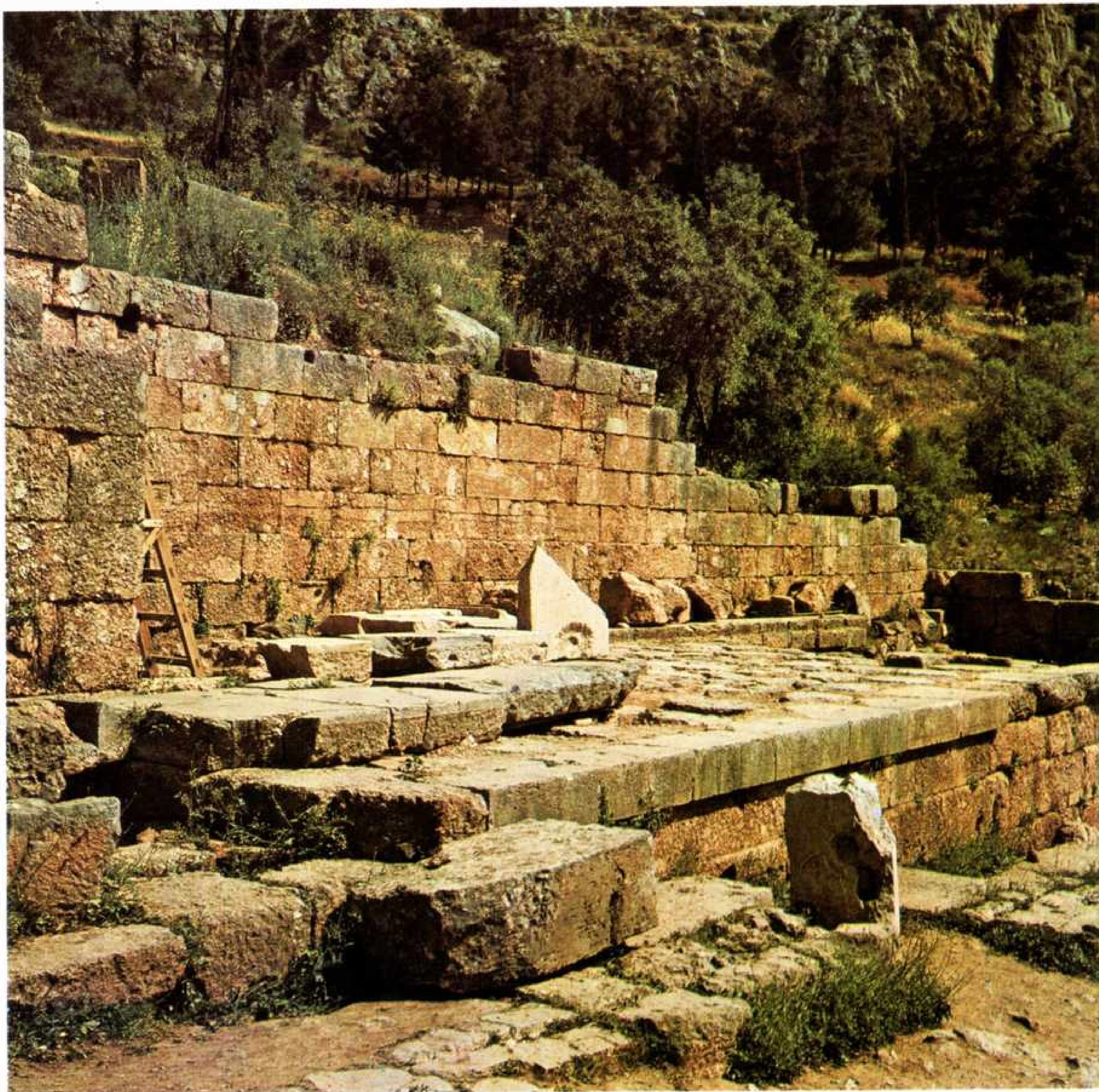
Abajo: El Filipeión de Olimpia. Para los planes de los macedonios era importante poseer su propio monumento en Olimpia, sede del santuario de Zeus y de los juegos, que cada cuatro años reunían a todo el mundo griego.

torno a su soberano; se trataba de un enemigo que no daba la impresión de ser extranjero, no reunía en su contra la oposición de todos, y, así, después de la victoriosa guerra que libró en el 346 enfrentándose a los focenses, entró con plenos derechos en el Consejo de los Estados griegos *(anfictionía)*, que controlaba el oráculo de Delfos. El oráculo mismo, que a menudo fue determinante para las decisiones griegas de orden político, no manifestó hacia Filipo hostilidad alguna. Unicamente Atenas pareció sentir un antagonismo irreprimible hacia los macedonios, alimentado por un partido cuyo máximo esponente fue Demóstenes. «Filipo —sostenía el gran orador— no sólo no es griego, sino que no es afín en nada a nosotros, los griegos; ni siquiera es bárbaro, de esos de hermosa fama; es simplemente un macedonio.»

El antagonismo entre Macedonia y las ciudades griegas hostiles estalló en el 340 a.C. y Filipo resolvió la cuestión con la decisión y oportunidad necesarias: su intento de bloquear los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, por los cuales trasladaban el grano destinado a Atenas y a las ciudades griegas, quedó reducido a la nada mediante la intervención de la flota ateniense que todavía dominaba, indiscutiblemente, en los mares, pero los macedonios, por toda respuesta, invadieron Grecia central por tierra y fue inútil que Atenas formara alianza con Tebas para oponerse a su paso. En el 338, atenienses y tebanos se enfrentaron a los macedonios en Queronea, en Beocia, y fueron derrotados: Alejandro, de apenas dieciocho años de edad, irrumpió con la caballería en las filas tebanas y las arrolló, en tanto que Filipo persiguió y puso en fuga a los atenienses. Una vez más, después de la victoria militar, Filipo demostró su habilidad política: los griegos, vencidos, no fueron humillados y en Corinto se formó una liga de la cual formaron parte todos los Estados helénicos continentales (excepto Esparta) y muchas islas; el poder legislativo, en el ámbito de la alianza, se confió a un consejo de representantes, mientras que se otorgó la hegemonía a Filipo y sus sucesores, jefes efectivos de la alianza. La liga de Corinto marcó el comienzo del predominio macedonio sobre el mundo griego: era un instrumento de paz, que quería garantizar la conservación del nuevo equilibrio político, y, al mismo tiempo, un instrumento de guerra, por cuanto en caso de movilización preveía que cada uno de los confederados suministrara un contingente determinado de tropas. Pero fue algo más: Filipo logró convencer a los confederados de la necesidad de una guerra común contra Persia, en Asia, y logró que lo pusieran al mando de esa empresa. La idea de una expedición a Asia se asociaba con las épicas hazañas de Troya y estimuló el deseo de tomarse una revancha por los estragos que causaron los persas ciento cincuenta años antes. Pero, naturalmente, una decisión de este tipo se fundó también en motivaciones estrictamente políticas y económicas. Restablecido su dominio en Fenicia y Chipre, reinstaurando su control sobre las colonias helénicas de la costa del Asia Menor, Persia amenazaba la libre circulación por el mar Egeo, sobre todo en la ruta que corre a lo largo de las costas de Anatolia, y que aprovecha la corriente que impulsa a las naves desde Egipto hacia el Bósforo y el mar Negro. En la práctica, la política de Filipo había alcanzado sus objetivos, pero, de pronto, Macedonia se sintió atraída por el pensamiento, la cultura, la filosofía y el arte griegos, conquistados en el plano espiritual al pueblo vencido en el plano militar. Muy pronto comenzaron a afluir hacia Pella, asiento de la corte de Filipo, los literatos, artistas y filósofos griegos. Y cuando hubo que elegir un maestro para el heredero del trono, el joven Alejandro, hijo de Filipo y de la princesa Olimpia, oriunda de Epiro, se llamó a Aristóteles, el máximo pensador del mundo antiguo, para que se trasladara a Macedonia. Es, por tanto, obvio que la espiritualidad de Alejandro fue griega, como lo testimonian su amor por los clásicos (se dice que dormía con *La Ilíada* bajo la almohada, y que soñaba con emular a Aquiles) y su interés en las discusiones filosóficas, las investigaciones cien-



Arriba: Una de las caras de una moneda en la que se puede apreciar la efigie de Alejandro Magno.



Derecha: El llamado templo de los macedonios, sobre la Vía Sacra, en Delfos, sede del santuario de Apolo. Este santuario fue también la sede de la *anfictionía*, la más importante liga sagrada, de la cual formaban parte doce pueblos de Grecia central. Sus representantes se reunían todos los años, en dos sesiones (una en primavera, otra en otoño). Esta liga ejerció una gravitación muy considerable en las decisiones del mundo helénico, sobre todo después del fin de las hegemonías, en las que se vio prevalecer sucesivamente a Atenas, Esparta y Tebas. Para Filipo constituyó un gran triunfo lograr que se le admitiera en la *anfictionía*, donde, sin embargo, sólo consiguió ser aceptado como representante de Tesalia conquistada, pero de ningún modo como macedonio.

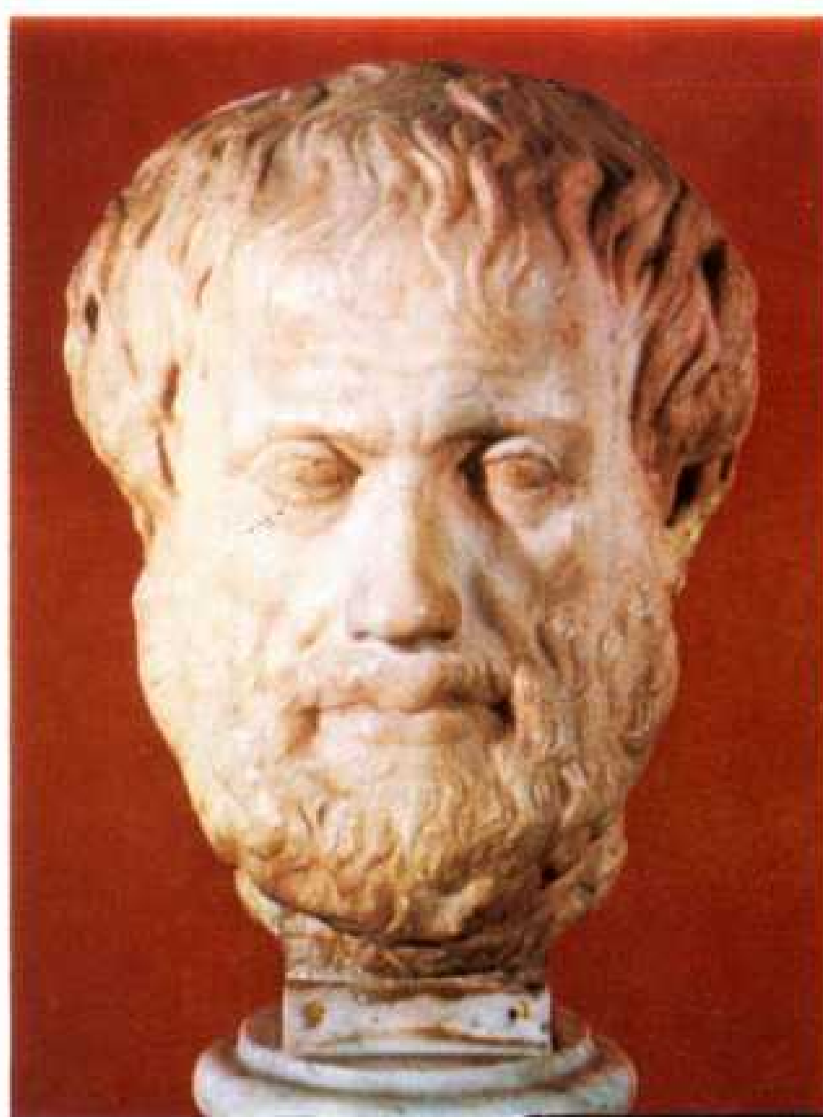
LA PERSONALIDAD DE ALEJANDRO

Hijo de Filipo de Macedonia y de Olimpia (356-323 a.C.) fue el más famoso capitán de la Antigüedad. Conquistó Tracia e Iliria, derrotó a los tebanos en la batalla de Queronea y destruyó Tebas. Posteriormente venció a Darío, rey de los persas; invadió Egipto y fundo la ciudad de Alejandría. ¿Quién era en realidad Alejandro? Hay acuerdo entre los historiadores en lo que respecta a la apariencia física del joven soberano, quienes lo consideran bastante parecido a las estatuas de Lisipo, de las cuales todavía existen vestigios y copias. En ellas Alejandro se nos presenta más bien alto, bien proporcionado, atlético, de cabellos lacios, mirada dulce dirigida hacia lo alto, cabeza algo inclinada a la izquierda, piel blanca y lisa.

Menos fácil es la reconstrucción de su personalidad, porque se puede pensar que su irresistible encanto tal vez indujo a los historiadores a dar testimonios parciales. Plutarco, por ejemplo, escribe: «Desde que era mozo se manifestó su sobriedad en cuanto a los placeres del cuerpo: se mostraba ardiente e impetuoso en todas las cosas, pero se dedicaba con moderación a los placeres del cuerpo; en sus sentimientos dominó siempre el deseo del honor, y éstos fueron elevados y magnánimos, más de lo que podía esperarse de su edad.» También fue, por cierto, generoso, leal con sus amigos, muy audaz, valeroso hasta la temeridad, de una inteligencia extraordinaria, una incansable vitalidad y una curiosidad insaciable. Su padre fue su primer modelo; sus maestros: Leónidas, Lisímaco y, finalmente, Aristóteles.

Pero en los hechos se manifestó autoritario, ambicioso hasta la exageración, obstinado, poco propenso a admitir sus errores, presa frecuente de los vapores del alcohol y de la cólera violenta, sobre todo cuando se le contradecía.

Murió tras un baño en las frías aguas del río Cicno con treinta y tres años de edad.





Arriba: El filósofo griego Aristóteles. Considerado el más grande erudito de su tiempo, Aristóteles fue llamado a Pella por Filipo, cuando Alejandro cumplió los trece años de edad, y fue recibido en la corte con todos los honores. Filipo ordenó que se reconstruyera la ciudad de Estagira, patria del filósofo.

Arriba, derecha: Alejandro y Diógenes. Según la tradición, Alejandro, de visita en Corinto, se dirigió a la morada de Diógenes, que vivía en un gran tonel y le preguntó qué deseaba de él. «Que te apartes —respondió el filósofo—, pues me quitas el sol.»

Abajo, izquierda: Fragmento tomado de un sarcófago helenístico que representa a uno de los jóvenes príncipes macedonios que acompañaban a su coetáneo, Alejandro, cuando iba de cacería por los alrededores de Pella.

Abajo: Alejandro doma a Bucéfalo, espléndido corcel que nadie había logrado amansar. Para lograr su intento, Alejandro lo puso siempre de cara al sol porque el animal se espantaba de su propia sombra. Alejandro estuvo muy ligado a este caballo que lo acompañó durante gran parte de su expedición a Asia. A su muerte, fundó varias ciudades a las que dio el nombre de Bucefalía.

Derecha: Espléndido retrato de Alejandro (actualmente en el Museo Arqueológico de Estambul).







Pavimento de mosaico, proveniente del Palacio Real de Pella, capital del reino desde 413 hasta 168 a.C., donde se ha representado la caza del león. Particular interés reviste la técnica de estos mosaicos: en lugar de los trocitos de mármol habituales, los artistas locales utilizaron guijarros de los ríos, de distinto tamaño y diferente colorido, así como líneas de plomo o terracota, para marcar los contornos.

tíficas, la medicina, la zoología y la botánica. Este interés queda patente, ya que muchos científicos seguían a los ejércitos macedonios en Asia. A pesar de este desarrollo en el plano cultural, la corte de Pella, en muchos aspectos, seguía siendo semejante a la de un rey bárbaro: nadie estaba a salvo de las iras del soberano, que podían estallar hasta en medio de un banquete, después de una borrachera más fuerte que de costumbre, y la presencia, en el séquito del rey, de representantes de las familias macedonias más nobles alimentaba envidias e intrigas, que frecuentemente desembocaban en siniestros delitos. Para dar testimonio de este clima, los historiadores consignan muchos episodios: el exilio voluntario de Olimpia, en Epiro, su tierra de origen, después de una enésima unión de su marido con una joven de la nobleza macedonia; el violento altercado entre Alejandro y su padre, durante las bodas de Filipo con Cleopatra, que no terminó en sangriento duelo sólo porque este último, ebrio, tropezó



(y su hijo comentó, irónico: «¡He aquí el rey que quiere pasar de Europa a Asia, y cae cuando quiere ir de una cama a otra!»); el asesinato de Filipo que llevó a cabo un noble macedonio, crimen del cual Olimpia no parece ser del todo ajena y acaso el propio Alejandro, que quizás estuviera al corriente de la conjuración. Sea como fuere, este último acontecimiento hizo que, en el año 336, cuando contaba solamente veinte años de edad, Alejandro ocupara el trono y diera comienzo a un reinado que dejaría una marca indeleble en la historia de la humanidad.

Alejandro, rey

La situación que debió afrontar el joven Alejandro no fue ciertamente de las más favorables. Plutarco la sintetiza así: «Los bárbaros de los confines no soportaban la esclavitud y deseaban organizarse formando reinos independientes; por otra parte, una vez conquistada Grecia con sus huestes, Filipo no había tenido tiempo de someterla y avasallarla porque, después de haber cambiado y modificado profundamente el orden de las cosas, la dejó: a continuación y, a raíz de la novedad de la situación, todos se sublevaban.» Pero Alejandro dio plenas muestras de su carácter y de su voluntad extraordinaria, logrando el sostén de todo su ejército y el apoyo incondicional de aquellos amigos en quienes más confiaba, ante todo el general Parmenio.

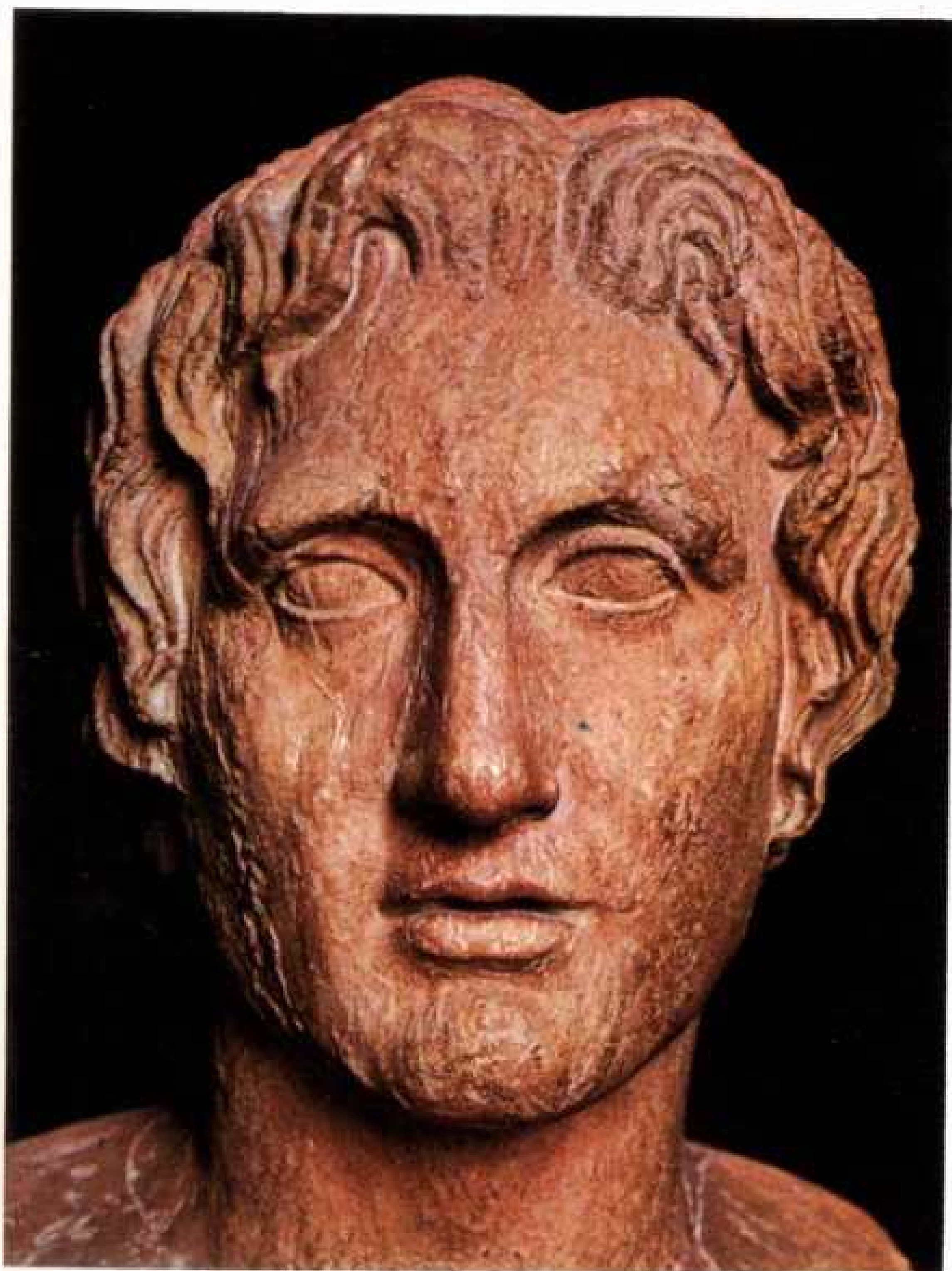
Mediante una feroz represión eliminó a todos sus adversarios en la corte, reforzando su posición en el interior del reino. Inmediatamente después se volvió contra los griegos, que procuraban aprovechar la crisis en la corte macedonia para recobrar la independencia, llegando al punto de tratar una alianza con los persas. En el otoño del año 335 Alejandro cayó como un rayo



MACEDONIA
Pella
MAR NEGRO
Gránico
Gordión
Sardes
Ancira
Aspendus
Tarso
Isos
ARMENIA
MAR CASPIO
MAR MEDITERRÁNEO
Alejandría
Nicefório
Gaugamela
Arbelas
Tápsaco
MESOPOTAMIA
Tigris
Eufrates
Tiro
Alejandría
Menfis
EGIPTO
Nilo
MAR ROJO
Babilonia
Susa
SUSIANA
Ecbátana
Rages
Ecatompilo
Zadrakarta
Alejandrópolis
Susia
Artacoana
Alejandría de Margiana
Bactra
Samarcanda
BACTRIANA
Alejandría Escate
Alejandría
Alejandría del Cáucaso
Kabul
Taxila
Bucefalia
Nicea
Idaspe
Alejandría
PARTIA
Alejandría de Aracosia
PERSIA
Pasárgada
Persépolis
Alejandría
Alejandría Proftasia
ARACOSIA
GOLFO PÉRSICO
Alejandría
GEDROSIA
Pura
Alejandría
Pattala
Indo

Itinerario de Alejandro
Itinerario de Crátero
Ruta de Nearco
● Ciudades fundadas por Alejandro

Célebre retrato de Alejandro, en mármol (París. Louvre); se trata de una copia de una escultura en bronce que ejecutó Lisipo cuando siguió a Alejandro en la expedición a Asia.



LA LARGA MARCHA DE ALEJANDRO

La expedición de Alejandro en Asia constituye una empresa extraordinaria desde todo punto de vista. En todas las épocas, el aspecto más celebrado (incluso porque para los historiadores griegos representó la gloriosa culminación de las alternativas no siempre felices de las guerra Médicas) es sin duda el de la victoria obtenida sobre el imperio aqueménida y la conquista del predominio en un territorio de ilimitada extensión, pero merecen destacarse otras facetas interesantes de la expedición: la distancia recorrida, que los estudiosos calculan que cubrió más de 27.000 kilómetros de territorio, a menudo montañoso o desértico; el descubrimiento de civilizaciones casi desconocidas hasta entonces en Occidente, por ejemplo la que se desarrolló en el valle del Indo; la excepcional duración de la expedición, desde la primavera del año 334 hasta febrero de 324 a.C.; los aspectos estratégicos de la empresa (batallas casi siempre victoriosas, sitios, solución de los enormes problemas ligados al aprovisionamiento y acuartelamiento en los meses invernales); la fundación de numerosas ciudades; la notable contribución efectuada a los conocimientos científicos del mundo griego, puesto que Alejandro, sensible a los problemas de la investigación científica merced a su maestro Aristóteles, fue seguido por geógrafos, astrónomos, botánicos, geólogos y estudiosos de toda clase.
Las motivaciones que impulsaron al joven Alejandro a intentar una empresa que parecía superior a sus fuerzas son oscuras, en gran parte, y motivo de discusiones entre los historiadores. Algunos, siguiendo las opiniones de los hagiógrafos griegos de este conductor, sostienen que fue un hecho natural, inevitable, atacar a los bárbaros, a los que se consideraba como una raza inferior, cada vez que fuese posible. Otros afirman, en cambio, que Alejandro partió en realidad con la idea de restringir su empresa a la conquista del Asia Menor, y que ésta prosiguió al penetrar en el corazón del imperio aqueménida, en tierras que hasta entonces habían sido totalmente desconocidas para el mundo griego, sólo con el objeto de destruir definitivamente a un enemigo que, de lo contrario, pronto habría reaparecido en escena. Unida a estas razones, más o menos lógicas, se destaca la necesidad fundamental de satisfacer su anhelo de experimentación y conocimiento, vinculada con la psicología de Alejandro y la educación recibida de Aristóteles. No se explicarían de otro modo los largos meses pasados en las exploraciones de las ásperas tierras de Bactriana, su incursión en los territorios más allá del río Indo, la decisión de dividir en dos la expedición, haciendo que Crátero volviera por una ruta y guiando personalmente a otro contingente de guerreros por un itinerario distinto, y la organización de una expedición naval confiada al mando de Nearco para explorar las costas del océano Indico y del golfo Pérsico.
El mapa indica el desarrollo global de la empresa de Alejandro, que abarca un vastísimo territorio de una extensión superior a cinco millones de kilómetros cuadrados y con una variedad de situaciones climáticas y ambientales (desde el calor tórrido de Egipto hasta el frío de los altos pasos de Afganistán) que jamás ejército alguno había afrontado ni superado. Otros mapas más detallados ofrecerán un detenido análisis de las distintas fases de la expedición.
Tras sofocar la rebelión de Atenas, Tebas y el Peloponeso y destruir Tebas comienza la campaña de Persia en 334. Se trata de una guerra de venganza para los griegos y de conquista para el ejército macedonio, con 30.000 infantes y 5.000 jinetes. Tras cruzar el Helesponto consigue la victoria de Gránico sobre los sátrapas persas del Asia Menor. En 333 tiene lugar la batalla de Isso y la victoria de Alejandro sobre los persas mandados por Darío III.
Posteriormente somete a Siria, Egipto y Mesopotamia. En el oasis de Siwa los sacerdotes del santuario de Zeus Ammón le acogen como hijo del dios.
En el año 331 tiene lugar la batalla de Gaugamela en la que Alejandro consigue una gran victoria cuando Darío huye abandonando incluso a su familia y es proclamado rey de Asiria.

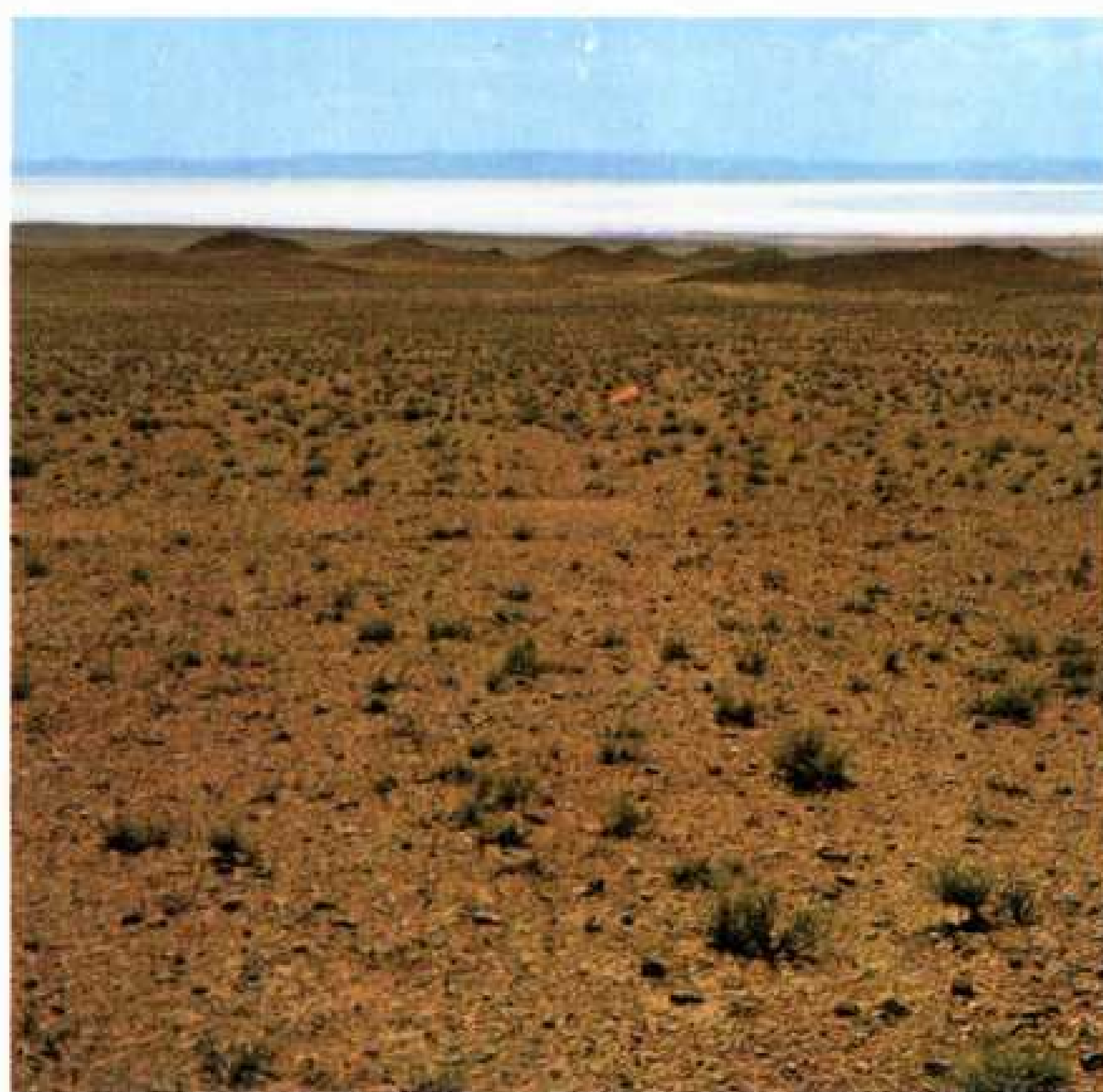






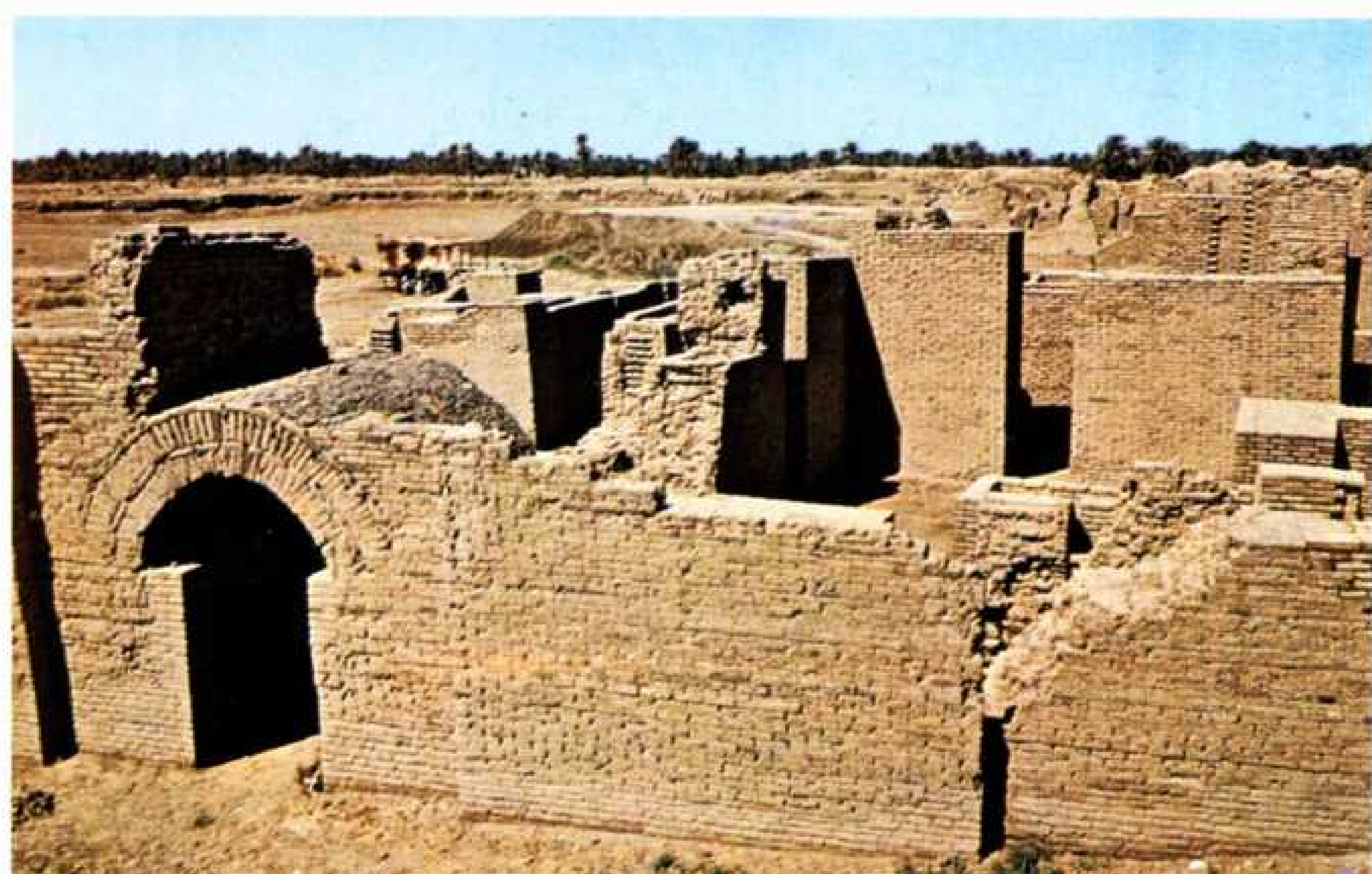


Etapas más significativas de la larga marcha de Alejandro en Asia (arriba, izquierda). De izquierda a derecha, y de arriba abajo: El estrecho de los Dardanelos; la cadena de montañas del Tauro, baluarte entre las ciudades costeras y el interior de Asia Menor; una estatua de Alejandro, vestido de faraón; el Eufrates, el gran río mesopotámico que le abrió el camino a Babilonia; un lago salado del desierto persa; el valle rocoso de Oxus (Amu Daria); la costa del golfo Pérsico; las murallas de Babilonia.













Arriba, izquierda: Mapa de la primera fase de la expedición de Alejandro, del paso del Helesponto, en la primavera del año 334, hacia la conquista de Tiro, que cayó en julio de 332 a.C., después de un largo sitio.
Arriba, derecha: Vista de la acrópolis de Assos, uno de los centros principales de la civilización de Troya, habitado por gentes de origen jónico. Según la tradición, Alejandro se detuvo en esta región antes de comenzar su grandiosa campaña en Asia, para rendir homenaje en la tumba de su héroe, Aquiles, y de otros guerreros griegos que habían caído bajo las murallas de Troya muchos siglos atrás.

Abajo: Un aspecto del macizo de Tauro, habitado por bravías poblaciones. Para evitar acechanzas en este territorio, la estrategia de Alejandro se basó en la ocupación de la faja costera, donde se alzaban las ricas ciudades jónicas. Ocupándolas, Alejandro se hizo dueño de las bases indispensables para la flota persa.
Derecha: Restos de Priene, importante ciudad jónica, situada en las laderas del monte Mícale, Alejandro garantizó la autonomía administrativa a sus habitantes como hizo, en general con todas sus conquistas asiáticas, asociándolos a ella y eximiéndolos del tributo que pagaban al rey de Persia.



sobre Tebas, antes de que la ciudad de Beocia pudiera recibir la ayuda prometida por otras de Grecia, la conquistó, la arrasó y vendió como esclavos a sus habitantes. Es sabido que el rey quiso respetar la casa de Píndaro, poeta a quien tenía en alta estima, pero probablemente este gesto sirvió también para demostrar a los otros Estados griegos que reconocía y honraba el predominio cultural helénico. La determinación de Alejandro de reprimir totalmente las rebeliones y su condescendencia con respecto a algunas peticiones por parte de Atenas, anularon cualquier otra veleidad.
Entonces tuvo a sus pies a Grecia entera; ya ningún obstáculo le impedía encaminarse a Persia.
El audaz conductor que fue Alejandro logró este resultado brillante con un comportamiento que osciló, según las ocasiones, entre una inconmovible crueldad y un hábil uso de la clemencia y la tolerancia.

Un coloso de pies de arcilla

El mismo año que Alejandro accedió al trono, 336 a.C., el reino de Persia tenía también un nuevo soberano: Darío III Codomano, el último de la dinastía de los aqueménidas. Los dominios de Darío se extendían a lo largo de un vastísimo territorio (desde las riberas del Indo, en Oriente, hasta Egipto y Cirenaica, en Occidente y las costas del mar Egeo) y comprendían un conjunto heterogéneo de pueblos diferentes: persas, medos, asirios, babilonios, sirios, fenicios, hebreos, árabes, curdos, armenios, sármatas, lidios, carios, y aun otros; pero precisamente en estas inmensas posesiones, que en apariencia los hacían inexpugnables a los asaltos que procedían del exterior, residía también la debilidad de su estructura, debido a sus amplias y extensísimas dimensiones y a la gran cantidad de fraccionamientos que como consecuencia tenían lugar.

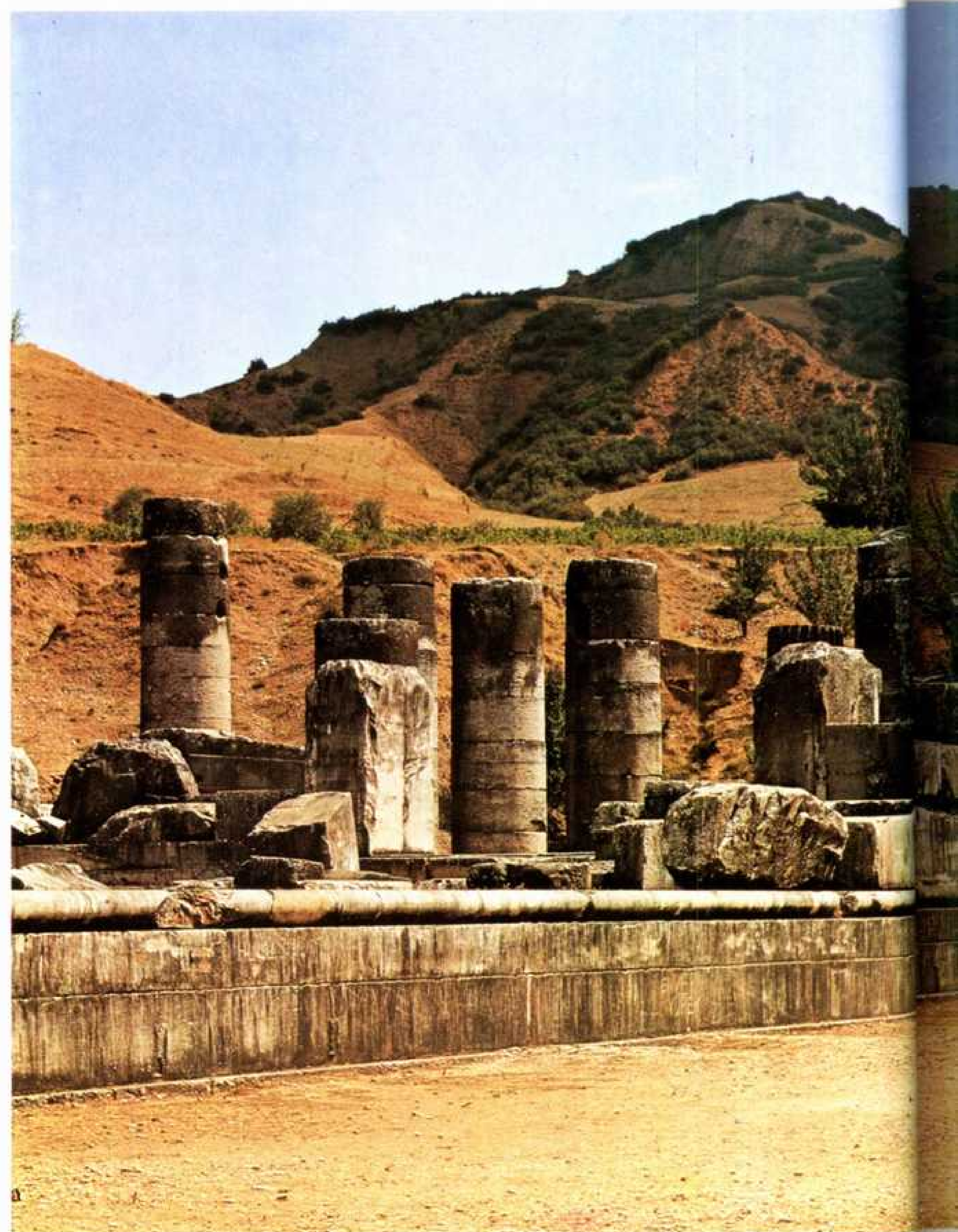
Aunque poderoso y riquísimo, el Imperio persa se había ido transformando progresivamente en un Estado de policía, que se mantenía unido por el uso de la fuerza en su forma más oprimente con el fin de resistir el empuje de las fuerzas centrífugas y autónomas. Los fundadores del reino aqueménida habían procurado gobernar respetando las tradiciones de los pueblos subyugados y crearon una serie de provincias, las satrapías, que tenían al frente un gobernador o sátrapa, de origen persa, y, por lo tanto, fiel al gobierno central. Pero con el transcurso del tiempo, los sátrapas habían adquirido cierta independencia, habían creado su propio ejército y constituían auténticas potencias muchas veces nada pequeñas en cuanto a su extensión y poder que limitaban y a veces se oponían a la autoridad del rey: en consecuencia, el rey de reyes (tal era el título de los soberanos aqueménidas) dependía de un sistema de delegación del poder a las satrapías que era la razón de ser de su debilidad. Por otra parte, las enormes distancias entre la capital y las provincias periféricas hacían indispensable la creación de poderes locales, que pudieran representar a la necesaria autoridad y controlar las diversas poblaciones.
Se debe atribuir a estas causas críticas la relativa independencia de las grandes ciudades del mar Egeo, las antiguas colonias griegas, poderosísimas, dueñas de infinitos privilegios, que eran asiento del tráfico mercantil, siempre sublevadas contra las imposiciones fiscales del poder central y ligadas, por lo menos ideológicamente, a la madre patria griega. Por último, el ejército implicaba una tercera razón de debilitamiento: es cierto que el soberano aqueménida podía movilizar ingentes huestes, pero también es verdad que se trataba de fuerzas habituadas a combatir de distinto modo, sin coordinación alguna, y los mercenarios griegos, venidos de las ciudades de Asia Menor, eran las únicas tropas con las cuales Darío podía contar, de hecho, para sus necesidades bélicas.
Por todas estas razones, la monarquía persa era bastante más

LA BATALLA DEL GRANICO

Tras asegurar el dominio macedónico sobre tracios e ilirios, sofoca la rebelión de Tebas, Atenas y el Peloponeso, destruyendo Tebas y reduciendo a sus habitantes a la esclavitud.
En el año 334 comienza la campaña de Persia y cruza el Hedesponte. Desembarcado en Asia Menor, Alejandro tomó la decisión de reanudar inmediatamente el combate, y se dirigió después a Frigia para cercar las fuerzas persas que estaban al mando de Memnon. La primera de las legendarias batallas que libró la expedición de Alejandro se desarrolló junto al río Gránico (últimos días de mayo - primeros de junio, en 334 a.C.). La pesada caballería persa, fuerte por su gran superioridad numérica, trató de romper las filas macedonias centrales y se produjo de pronto un duelo directo entre un jefe persa y Alejandro, que fue herido. Con la intrepidez que lo caracterizaba, Alejandro se lanzó nuevamente a la contienda y se salvó gracias a la intervención de su amigo Clito el Negro, quien se interpuso librándolo del ataque de un persa. La tentativa persa de quebrar el centro aún no se había logrado, y la caballería de Alejandro, constituida por macedonios y tesalios agrupados en las dos alas, cargó a su vez, y convergió hacia el centro, cercando a los persas. Memnon, sabiendo que la caballería macedonia y tesalia era muy poderosa, había intentado vencerla en su propio campo, confiando en su superioridad numérica. Pero la caballería persa se hallaba integrada por un conjunto heterogéneo de escuadrones, poco unidos entre sí, ya que pertenecían a diversos pueblos que no constituían una fuerza coherente. El historiador Diodoro Sículo habla al respecto de jinetes tracios, armenios, libios, escitas, sogdianos, capadocios, sirios, bactrianos, iranios y paflagonios.
De ahí que la batalla del Gránico puso súbitamente de relieve algunas características técnicas de esa extraordinaria máquina de guerra que fue el ejército de Alejandro, así como su habilidad de comandante valiente e impetuoso que explotó todos los recursos potenciales para la maniobra. La batalla concluyó, en realidad, en las murallas de Mileto, donde en su huida se había refugiado Memnon. Y allí el bien pertrechado y versátil ejército de Alejandro organizó un brillante asedio combinado, por tierra y por mar, apoderándose de la ciudad.
Después de la batalla del Gránico, Alejandro estuvo en condiciones de moverse sin contratiempos en el Asia Menor occidental, apoderándose, una vez más, mediante campañas hábiles y que destacaron por su estrategia militar, de las ciudades más importantes. Para destacar el carácter de su empresa, que conducía en nombre de toda la civilización helénica, envió como ofrenda a Atenas, al templo de la diosa Atenea, una parte considerable del botín obtenido en la batalla.

Estatua ecuestre de Alejandro, en la batalla del Gránico (Nápoles, Museo Nacional).

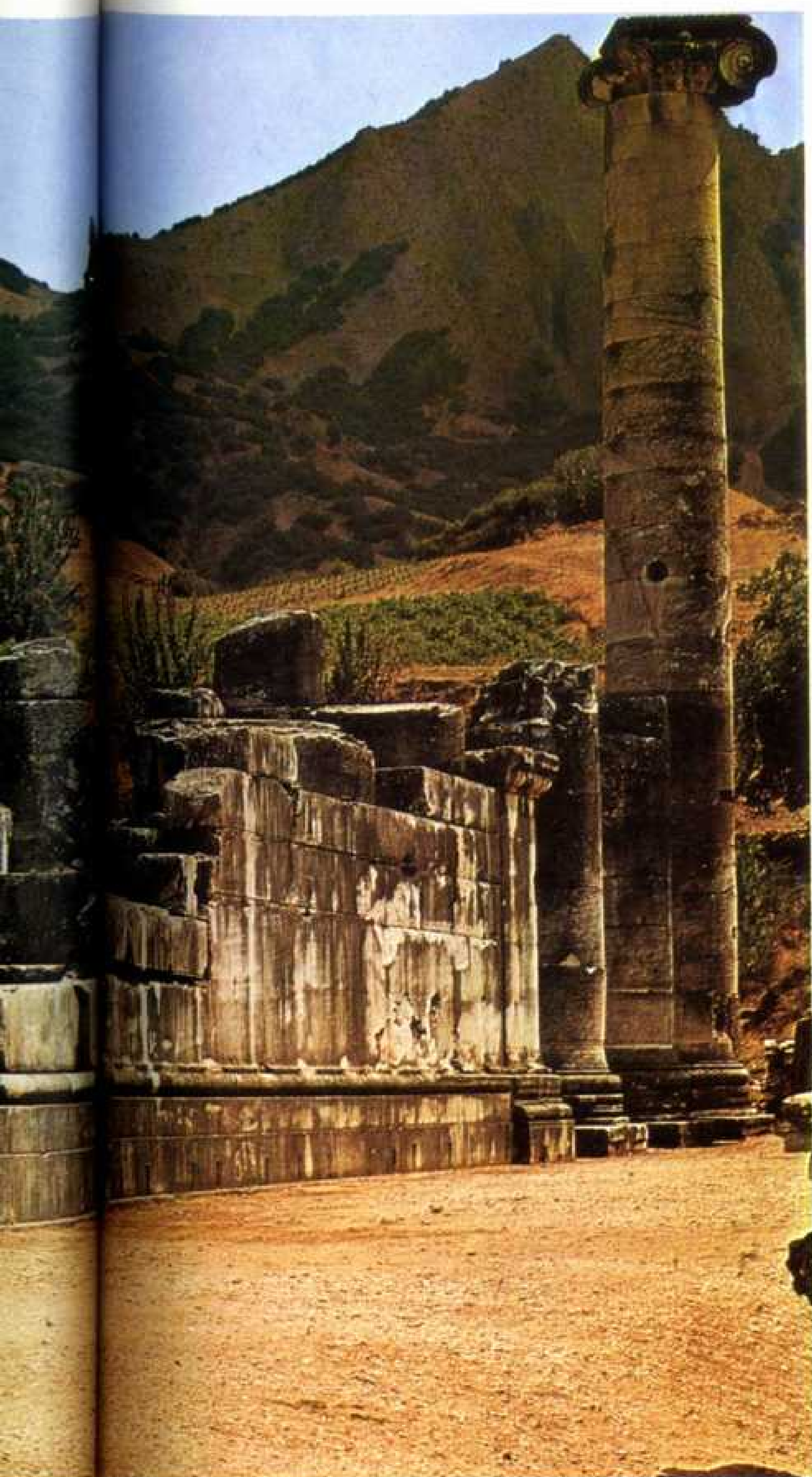




débil de lo que parecía a primera vista: más allá de la mitología y de la exaltación de las empresas de Alejandro, queda en pie el hecho de que Persia no se hallaba en condiciones de prevenir con la fuerza, ni mediante medidas diplomáticas, un desquite que el mundo griego preparaba desde hacía tiempo. Las abortadas tentativas de proponer a Alejandro un matrimonio que frenara su hostilidad, constituyen una demostración de lo muy inseguros que se sintieron los persas ante el poder militar de los griegos por lo cual intentaron unirse a ellos.
Y no faltó quien avanzara la hipótesis de que el asesinato de Filipo II fue hábilmente urdido en la corte aqueménida, con la finalidad de retardar la invasión macedonia que era ya inminente, como ocurrió realmente.

La invasión de Asia

Oficialmente, los historiadores griegos presentaron la gesta de Alejandro como el coronamiento de la revancha sobre los bárbaros, preparada desde más de ciento cincuenta años atrás. Pero los historiadores modernos subrayan las motivaciones políticas (la fuerza en ascenso de Macedonia y la crisis persa), económicas (control del comercio en el Egeo y con Oriente) y personales (la ilimitada ambición del joven Alejandro, ese anhelo de dominio que lo llevará a conducir sus ejércitos hasta la India, pese a increíbles dificultades). Sea como fuere, en la primavera de 334 Alejandro atravesó el estrecho de los Dardanelos, acompañado de un ejército de aproximadamente 35.000 hombres, completamente reorganizado, pues su conductor llevó adelante, perfeccionándolas, las novedades tácticas y estratégicas que ideara Filipo y que habían otorgado ya a los macedonios la victoria sobre los griegos, en Queronea.
El primer elemento de esa recomposición fue la creación de una poderosa caballería que podía contar con ocho escuadrones



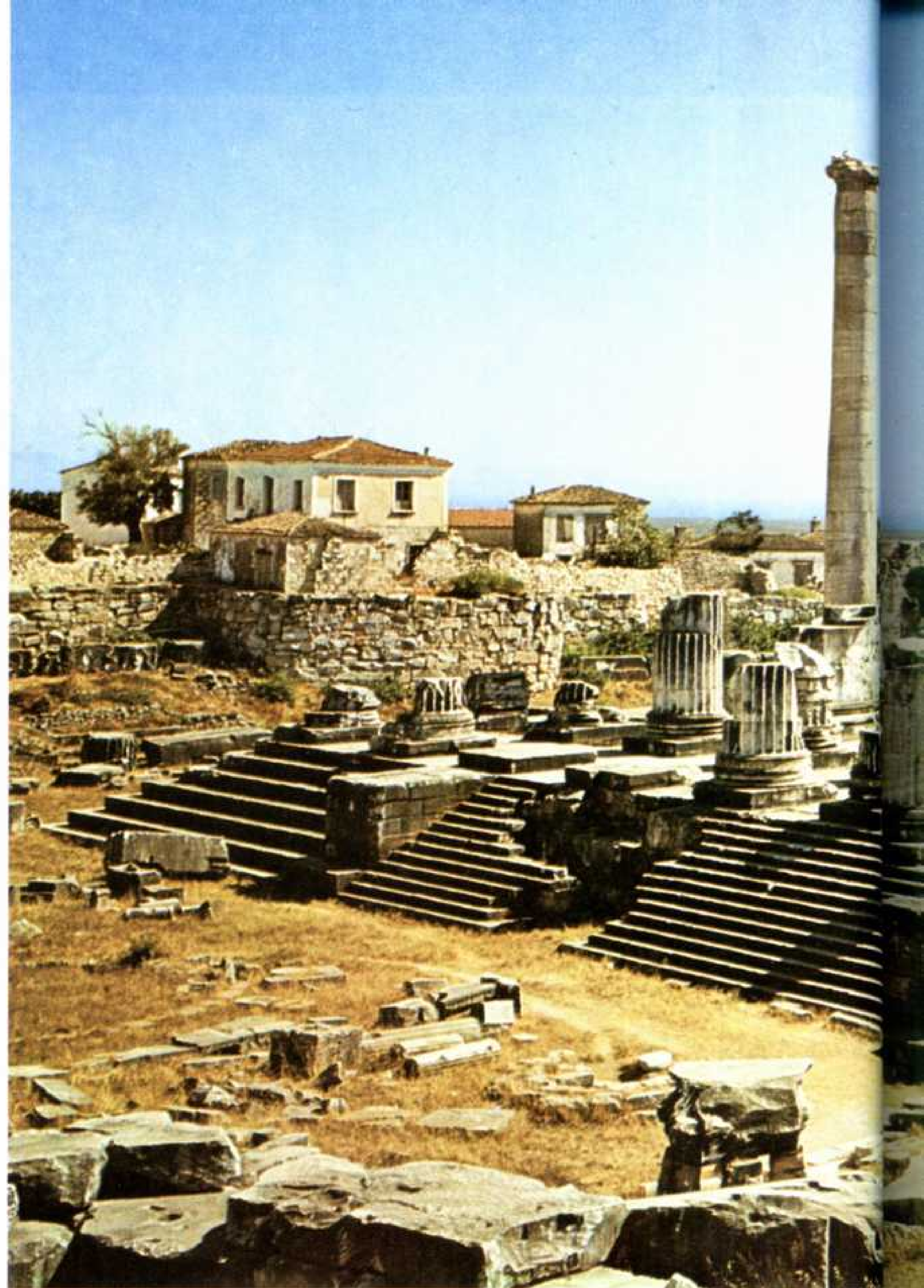
Centro: Vista de las ruinas de Sardes, ciudad del Asia Menor situada en el valle del río Páctolo (junto a la confluencia de éste con el Ermo), que corresponde a la moderna Sart (Turquía). El muro meridional del templo de Artemisa, el monumento jónico más renombrado de la ciudad, está bien visible. Sardes, que ya en tiempos de Creso era la capital del reino de Lidia, después de la muerte de éste (546) se convirtió en sede de la satrapía más importante del Imperio persa, así como en punto de llegada del Camino real, que unía Susa a las ciudades jónicas del Asia Menor. Después de una serie de alternativas, pasó a manos de los romanos (133 a.C.).
Abajo: Capitel del templo de Artemisa, con las volutas características del estilo jónico.





Imagen del río Meandro (Menderes, hoy día), que fluye desde Frigia hasta el Egeo, con un curso tan tortuoso que ha dado origen a la palabra homónima «meandro» (amplia y profunda sinuosidad que forma un río en la llanura y su curso serpenteante). El Meandro nace en la altiplanicie de Anatolia, tiene 450 km. de largo y pasa cerca de la antigua Mileto. Los depósitos aluvionales han modificado considerablemente sus riberas. Una vez que partió de Sardes, Alejandro, antes de proseguir el Camino real, se dirigió al sur, hacia Celene: ahí dejó 1.500 hombres, al mando de Antígono Monoftalmo, para asegurar la posesión del valle del Meandro y las comunicaciones con la costa del mar Egeo, al sur de Efeso, que, mientras tanto, había caído.

(o *ile)*, cada uno de los cuales tenía de 200 a 300 jinetes: se trataba de la fuerza de trabajo, el grupo de asalto del ejército macedonio, puesto que sus miembros, armados de yelmo, coraza, quijotes, lanza de choque y espada, tenían la misión de lanzar el ataque decisivo sobre los flancos del enemigo y sobre los puntos débiles de sus tropas; al mismo tiempo, la caballería cumplía una función política, de cuerpo de élite, por cuanto allí militaban los *etaíroi*, los compañeros del rey, los representantes de las antiguas tribus y de las familias nobles.
Los expertos en asuntos militares que han analizado a fondo los aspectos tácticos de las conquistas de Alejandro, concuerdan en destacar que la creación de una potente caballería fue, sin duda, uno de los elementos decisivos del triunfo en las batallas contra el ejército persa. La experiencia hecha cerca de setenta años antes por los diez mil *hoplitas*' griegos, empeñados en la batalla de Cunassa (401 a.C.), que el historiador Jenofonte, que había participado en ella, transmitió a la posteridad, dejó entrever claramente que la compacta infantería pesada griega nada tenía que temer de un enfrentamiento con la infantería persa correspondiente, evidentemente inferior por su armamento, disciplina, coordinación y capacidad táctica. Pero también era manifiesta la inferencia de que, para los fuertes guerreros griegos, las dificultades principales podían provenir de un rápido rodeo por parte de la caballería enemiga (la caballería constituía uno de los puntales del ejército persa), sobre todo si conseguía atacar a las fuerzas helénicas por el lado izquierdo, el del escudo, impidiendo así el choque de las largas lanzas. En consecuencia, tal como lo intuyó Alejandro, una caballería de la misma fuerza que la persa ofrecía ciertas garantías a los macedonios. El núcleo del ejército macedonio, la parte numéricamente más sólida, era la falange, compuesta por seis (posteriormente, siete) batallones de 1.536 hombres, subdividido cada uno de ellos en tres unidades tácticas de 512 guerreros, distribuidos en dieciséis filas de treinta y dos: se trataba de una infantería dotada de una pesada armadura, de un yelmo poderoso, de escudo, de una larga espada de combate y de una pica, la *sarisa*, de cuatro a siete metros de longitud, que ofrecía a los macedonios la ventaja del primer golpe (las lanzas de los *hoplitas* griegos y de los persas medían por término medio 2,50 metros). La misión de la falange, que formaba un orden de batalla oblicuo, avanzando con el ala más fuerte (la izquierda, defendida por el escudo) y con la otra cubriéndole el flanco, consistía en atacar al grueso del ejército adversario, permitiendo que la caballería y la infantería ligera batieran al enemigo rodeándolo por los flancos.
Otra innovación macedonia fue el refuerzo de la infantería ligera, los *hypaspistes*, cuerpo de guerreros muy ágiles en virtud de su armadura de cuero y de instrumentos bélicos más livianos, un escudo pequeño, una espada y una especie de azagaya. Además, se sabe, por testimonios que han llegado hasta nuestros días, que en las filas de la expedición macedonia iban incluidos hábiles carpinteros, ingenieros y expertos en la construcción de las embarcaciones, los puentes y las máquinas de guerra que debían utilizarse en caso de un asedio.
Se ponía particular cuidado en un sector vital, el de los aprovisionamientos: en cada territorio conquistado se tomaban los víveres necesarios para alimentar al ejército y se creaban reservas utilizables en caso de que fuera necesario acampar en territorios montañosos y áridos. Grupos de exploradores y de adscritos a la información (los llamados *bematisti*, precursores de los adscritos modernos al espionaje y el contraespionaje militar) cumplían la tarea de recoger toda información útil respecto de la magnitud y el desplazamiento de las fuerzas enemigas, así como acerca de las características geográficas del territorio que debía atravesarse (presencia de pozos o manantiales, tipo de caminos existentes, lugares aptos para acampar u ofrecer batalla, puntos peligrosos o en los cuales era posible una emboscada enemiga).
Estas innovaciones en la organización del ejército habrían sido, no obstante, de menos relevancia sin la genial dirección de Alejandro, maestro sobre todo en el arte, desconocido hasta entonces por los generales, de manejar sus fuerzas con perfecta





Restos del *Didimeo*, célebre templo y oráculo de Apolo Filesio. El santuario se alzaba en Dídime, ciudad de Caria a 15 km. de distancia de Mileto. Allí floreció el culto del dios profético, bajo el gobierno de la familia sacerdotal de los Bránquidas hasta el año 494 a.C., cuando los persas quemaron el templo. Resurgido después de la conquista de Alejandro Magno, el culto que se practicaba en el nuevo templo, que era el más grande del mundo griego, perduró hasta el siglo III de nuestra era, bajo la administración de magistrados anuales, nombrados directamente desde Mileto.



Una columna del templo de Apolo, en Dídime (izquierda), y fragmento que representa la cabeza de una Gorgona (derecha). La Gorgona era una figura femenina de la mitología griega, de aspecto monstruoso. Según la tradición más común, tenía garras y alas de bronce, ojos llameantes, dientes larguísimos, serpientes en lugar de cabellos y ostentaba colmillos de jabalí. Además, tenía el poder de convertir en piedra a los hombres a quienes miraba.



coordinación: mientras la falange aguantaba el choque enemigo, los escuadrones móviles (desde la caballería hasta la infantería ligera) explotaban su facilidad de movimientos para concentrarse con perfecta precisión de tiempo donde la formación de los enemigos parecía más débil, y así destrozar totalmente las líneas enemigas.

Alejandro, al disponer de esta perfecta máquina de guerra, inició confiado su expedición a Asia: su primer objetivo, que persiguió insistentemente en los primeros tres años de campañas bélicas, fue debilitar el comercio del Imperio persa y hacer lo propio en las zonas donde éste reclutaba a los mercenarios, que eran el nervio de su ejército; para conseguirlo, fue necesario ocupar todas las ciudades portuarias, desde Asia Menor hasta Egipto, para impedir el arribo de la flota persa, que en ese momento dominaba en el mar.

Para desbaratar este plan, Darío envió un fuerte ejército, al mando de un caudillo de Rodas llamado Memnón. Este elaboró un plan inteligente que tenía la finalidad de hacer regresar a Alejandro, obligándole a interrumpir su empresa: si esto quería lograrse, era menester evitar el combate abierto, hacer que las tropas macedonias pasaran hambre, incendiando las tierras a su alrededor, aprovechar la superioridad de los persas en el mar

Vista de las ruinas de Efeso, una de las ciudades portuarias más ricas, que abrió las puertas a los macedonios, sin ofrecer resistencia. La llegada de Alejandro, que por lo habitual traía la abolición de la oligarquía filopersa y el acceso al poder de los democrática, fue motivo de desórdenes entre los propugnadores de ambas facciones. Entonces, Alejandro, para castigar a la facción democrética, decidió mantener el pago del tributo que se abonaba al sátrapa persa, y ordenó que se aplicara a la reconstrucción del templo de Artemisa.

para desembarcar en Macedonia (donde Alejandro había dejado a Antípatro, con un contingente de tropas). Pero Darío y sus consejeros rechazaron el plan de Memnón: hay quien dice que esto se justificó por el temor de que, evitando el encuentro a campo abierto, Persia perdería su prestigio, pero más realista es pensar que, quemando las tierras en torno de Alejandro, los persas habrían provocado una inmediata reacción en las zonas costeras, habitadas por estirpes helénicas, tales como Misia y Lidia; los políticos persas tenían perfecta conciencia de la debilidad estructural del Imperio, a causa de la multitud de poblaciones que lo integraban y, en este caso, dudaban de la fidelidad de las ciudades de la costa del Asia Menor. Por lo tanto, se impartió a Memnón la orden de presentar batalla.





Otra etapa de la expedición de Alejandro a lo largo de las costas de Asia Menor fue Halicarnaso (arriba, detalle de la decoración del célebre Mausoleo); la ciudad se rindió después de un prolongado asedio. Desde Panfilia, Alejandro se replegó hacia el interior y volvió a tomar el Camino real (en Gordión). Allí el caudillo cortó con su espada, de un solo tajo, un intrincado nudo que, según la tradición, sería desatado por el que se hiciese dueño de Asia. Por último, bordeando las ásperas montañas de Capadocia (abajo), desciende hacia el sur, a través de las puertas Cílicas, hasta Tarso.







En las páginas anteriores: Detalle del mosaico romano (Nápoles, Museo de San Martín), dedicado a la batalla de Isos. Izquierda: Alejandro se encuentra frente a frente con Darío III.

LA BATALLA DE ISOS

Acaso por la fecha tan fácil de recordar (333, el número más fácil de la historia) o quizás por haber sido maravillosamente inmortalizada en uno de los mosaicos más espléndidos de la antigüedad, la batalla de Isos es conocida incluso por aquellos que sólo tienen nociones mediocres acerca de la historia antigua.
En cambio, son menos conocidas algunas singulares circunstancias de esta batalla. Empezando por los prolegómenos. En efecto, el primer día (era a principios de noviembre) los dos ejércitos, que marchaban, respectivamente, el macedonio hacia el este, y el persa hacia el oeste, se habían pasado casualmente el uno al otro, sin encontrarse. Sólo las retaguardias entraron en contacto, al azar, cerca de Isos, donde se levanta actualmente la ciudad de Alejandría, y tocó a los macedonios la peor suerte. De manera tal que, para disponerse las tropas unas frente a otras, los dos ejércitos debieron ejecutar una complicada maniobra de atrás hacia adelante. Con todos los riesgos que esto podía implicar, sobre todo para una formación lenta y embarazosa como la persa, que (y he aquí otra circunstancia curiosa) estaba constituida esencialmente por griegos.
Por consiguiente, el gran choque entre civilización y barbarie enfrentaría a griegos, por un lado, con griegos, por otro. Pero mediaba una diferencia considerable: guiaba a los griegos invasores un joven genial, dinámico, valeroso hasta la temeridad; los griegos mercenarios se hallaban agrupados al mando de un soberano mediocre, vacilante, miedoso hasta lindar en la cobardía. No obstante, la estrategia superior de Alejandro no resultó decisiva para la victoria macedonia. Antes, tras algunas horas de furiosas refriegas, los mercenarios griegos que estaban al servicio de los persas lograron introducirse en el centro de las filas macedonias, y Alejandro, que se encontraba a la izquierda, a la cabeza de la caballería, debió acudir velozmente para taponar la brecha. Pero al hacerlo dejó desguarnecido el flanco izquierdo, que corrió el riesgo de ser arrollado por los persas.
Fue en este momento cuando, inesperadamente, se produjo el vuelco decisivo. Presa del pánico, el rey Darío, que estaba venciendo y no esperaba este cambio de suerte, decidió salvarse dándose a la fuga de una manera tan precipitada que olvidó en el campamento a su familia entera, inclusive a su esposa e hijos.
Al quedar sin jefe, el orden de batalla persa se deshizo literalmente, y los macedonios hicieron estragos en él. Sólo los mercenarios griegos conservaron la sangre fría y se replegaron ordenadamente, poniéndose a salvo.
La batalla de Isos facilitó el camino a la conquista de Alejandro, demostrando que era el más fuerte y también el más afortunado por haber encontrado un enemigo de tan poco mérito y que tan fácilmente le había resultado vencer.

El ejército persa, muy superior en número, aguardaba en formación en las márgenes escarpadas del río Gránico, con la caballería en la delantera y la infantería, constituida por mercenarios griegos, en la retaguardia. Al llegar de improviso, Alejandro se dio cuenta del error táctico del enemigo y decidió atacar y abrirse paso, aunque estaba anocheciendo. El mismo se puso a la cabeza del ala derecha, formada por la caballería macedonia y la infantería ligera, y del centro, constituido por la falange, atravesó el río y se lanzó sobre el ala izquierda y el centro de los adversarios, mientras Parmenio, que también lo había vadeado, al frente de la caballería aliada al ala izquierda, atacaba a las fuerzas opuestas del ala derecha enemiga. Después de una lucha encarnizada, quebrado el frente de la caballería y puestos en fuga los persas, Alejandro renunció a seguirlos y se arrojó con la falange y la caballería sobre los mercenarios griegos, a los que se consideraba traidores a la causa panhelénica, y que fueron objeto de una terrible matanza, en tanto que los pocos sobrevivientes se enviaban a trabajos forzados en las minas.
La estruendosa victoria de Alejandro obligó a Memnón a replegarse a marchas forzadas (una marcha de 300 kilómetros) y a encerrarse en Mileto. Gracias a esta primera gran victoria, Alejandro avanzó en las regiones abandonadas por los persas y tomó las medidas necesarias para reorganizarlas administrativamente: nombró en Frigia un nuevo sátrapa, entró en Sardes, otorgando amplia autonomía a la ciudad, llegó finalmente a



Un persa moribundo, esculpido en Pérgamo, en el siglo III a.C. Según los estudiosos, los persas que sucumbieron en Isos fueron aproximadamente 3.000 y hubo cerca de 8.000 prisioneros. En cambio, los macedonios perdieron solamente 450 guerreros.

Mileto y la conquistó (mientras Memnón apenas tuvo tiempo de escapar, antes de que cayera en manos de los enemigos). En lo que concierne a Mileto, como a las otras ciudades costeras del Asia Menor, la política de Alejandro fue previsora: sabía que necesitaba adueñarse de ellas para proteger sus espaldas y trató de obtener su apoyo. Las ex colonias griegas bajo el gobierno persa, cuyos representantes eran los sátrapas, se hallaban sujetas al pago de un tributo, el peso del cual recaía sobre los ciudadanos más ricos, entre los que se repartía la obligación de pagarlo; a cambio de ello, estos contribuyentes, terratenientes y comerciantes, gozaban de honores y protección y estaban en libertad de ejercer su dominio en la vida ciudadana. Obviamente, las clases más desposeídas soñaban con alguna forma de democracia, en la que la burguesía y el pueblo participaran en el gobierno de la urbe, como sucedía en Atenas, terminaron por sentir el influjo de los ámbitos democráticos griegos e identificaron la democracia con la liberación del yugo persa. Alejandro usó como medio esta rivalidad, y se dedicó a abolir la antigua oligarquía, invirtiendo el equilibrio ciudadano a favor de las clases media y popular, que tendrían mucho que temer si regresaban los persas, y exigió a cambio la adhesión de la ciudad a la alianza panhelénica (cuyo jefe era él mismo) y la consiguiente ayuda militar.

Posteriormente, Alejandro, buscando la conquista de las ciudades costeras, penetró en Efeso y asaltó más tarde a Halicarnaso, gran ciudad marítima poderosamente fortificada, situada frente a la isla de Cos, cuya defensa era conducida personalmente por Memnón y Orontopates, sátrapa de Caria. Después de un duro

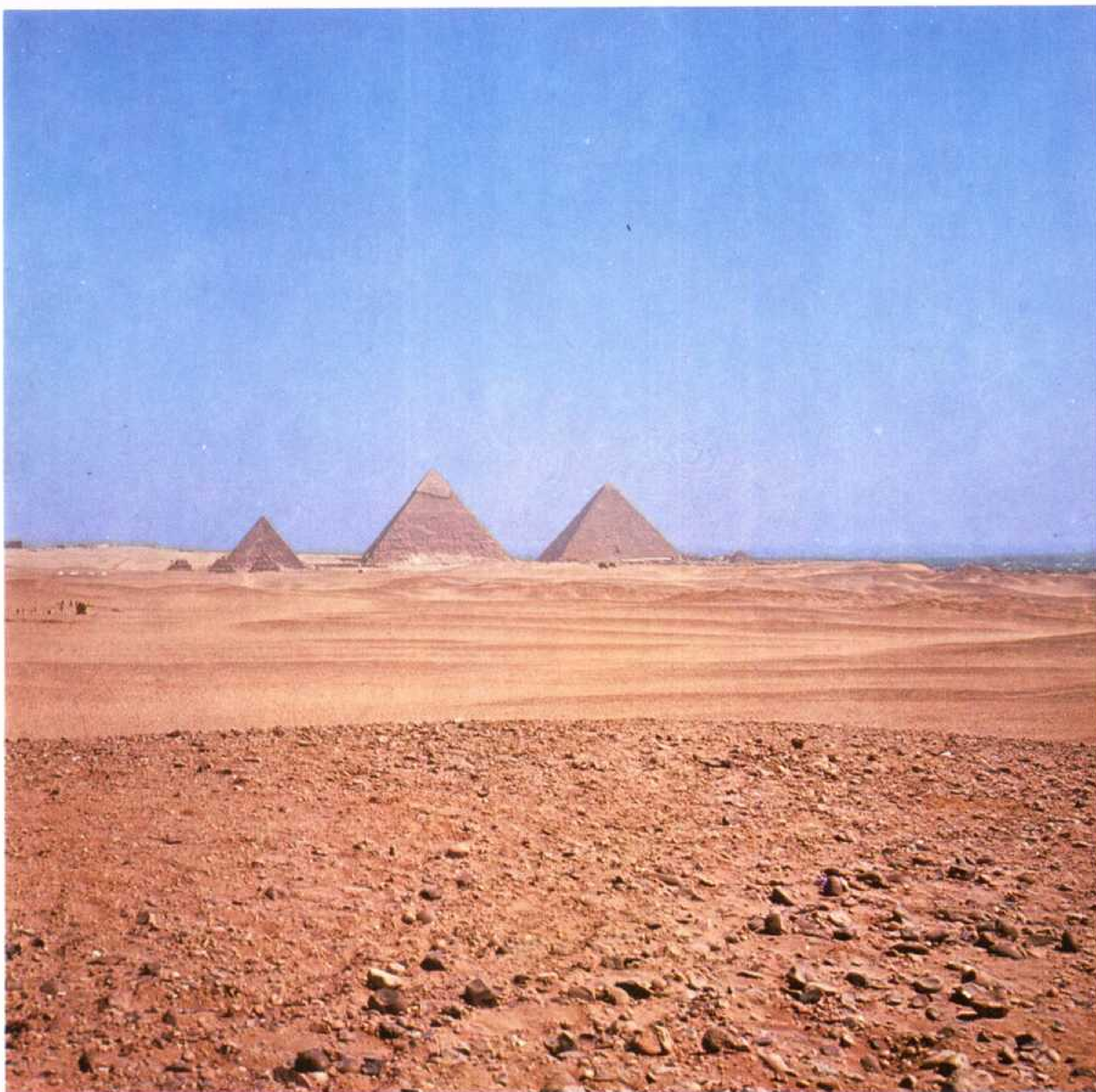


Llevando adelante su estrategia, Alejandro, después de Isos, decide conquistar Fenicia. Biblos (derecha, el templo de los Obeliscos) y Sidón le abrieron sus puertas: Tiro (abajo) fue conquistada sólo después de un largo asedio. Alejandro ordenó el saqueo de la ciudad e hizo deportar a sus habitantes.

asedio, durante el cual los macedonios demostraron encontrarse a sus anchas, aun en el uso de las máquinas de guerra (las torres, los arrietes y las catapultas que podían lanzar piedras de 25 kilos), Halicarnaso fue conquistada y Memnón debió huir, una vez más, por vía marítima. Poco más tarde cayeron las otras ciudades de Licia (Aspendo, Xanto, Patara, Mira y Faselide), donde Alejandro se acuarteló en el curso del invierno. Las disposiciones que adoptó el caudillo macedonio durante los meses de descanso forzoso constituyen otro testimonio más, entre tantos, de su agudeza: por un lado, envió a su patria a algunos contingentes de las tropas (entre ellos a los soldados más jóvenes y recién casados), por otro, se preocupó de asegurar sus espaldas con breves campañas que realizó contra los montañeses de Licia y Pisidia; la organización de expediciones de este género en los meses fríos llegó a ser habitual para Alejandro, tanto por razones tácticas (el frío y la nieve obligaban a las tribus montañesas a descender al valle, y, por lo tanto, a combatir en condiciones menos favorables) como para evitar que un ocio muy largo hiciera perder combatividad a sus tropas y para prepararlas a retomar las operaciones militares, cosa que se cumpliría puntualmente, apenas mejorara el tiempo.
La campaña de la primavera-verano del año 333 debía iniciarse cuando se uniera a los guerreros que habían seguido a Alejandro el otro contingente macedonio que había permanecido en Sardes, capital de Frigia, en el curso del invierno, bajo el mando de Parmenio. El punto de encuentro fue Gordión, ciudad situada sobre el Camino real, que unía a Susa con Sardes (en la cual Alejandro cortó con un fuerte golpe de espada un intrincado nudo geográfico, el llamado «nudo gordiano», que según la leyenda sería desatado por quien estuviera destinado a hacerse dueño de Asia).
Entre tanto, en Babilonia, Darío III reclutaba un enorme ejército y se preparaba a tomar directamente el mando del mismo, pues Memnón había muerto repentinamente. En el próxi-



Mapa en el que figura el recorrido de la expedición de Alejandro en territorio egipcio. Los macedonios llegaron a Menfis, la capital, en noviembre del año 332 a.C., y destituyeron al sátrapa persa. El pueblo egipcio, que toleraba mal el dominio aqueménida, aceptó de buen grado a Alejandro, quien tuvo la sagacidad de cautivar la simpatía de la poderosa clase sacerdotal, devolviéndole sus privilegios y ofrendando sacrificios a los dioses egipcios. En ese sentido debe interpretarse la visita del soberano al templo de Amón, en el oasis de Siwa, al que llegó después de una fatigosa marcha por el desierto.





Arriba: Estela funeraria pintada que representa a un caballero macedonio (Museo Egipcio). Izquierda: Las pirámides, símbolo del poderío de Egipto parte del imperio de Alejandro. Derecha: Relieve del templo de Luxor, donde se ve a Alejandro ofrendando sus dones a Amón. La consecuencia más concreta de la presencia macedonia en Egipto fue la fundación, en la zona del delta, de Alejandría, nueva y gran ciudad portuaria. Con esta fundación (331 a.C.), Alejandro quiso dar a Egipto una nueva capital, y a Grecia mediterránea y el Oriente un puerto que sustituyera a Tiro y que acogiera el intercambio comercial de tres continentes. Muy pronto se reveló la genialidad de su intuición y la feliz elección de su emplazamiento. Alejandría se convirtió, efectivamente, en una floreciente ciudad cosmopolita.

mo encuentro se empeñarían a fondo las fuerzas militares de Persia y el honor de su rey.

No obstante, era necesario aguardar al otoño para que el encuentro tuviera lugar: en efecto, Alejandro se había apostado al sur, atravesando las Puertas Cílicas, pero tuvo que encerrarse en Tarso porque enfermó gravemente después de haber tomado un baño frío en las aguas del río Cidno. (A esta circunstancia se refiere un episodio, que retomó Plutarco, según el cual el joven soberano bebió la poción que le preparó su médico Filipo, a pesar de que en una carta anónima se acusaba a éste de haberse vendido a Darío y de querer envenenarlo.) Por su parte, Darío necesitó muchas semanas antes de poder partir de Babilonia hacia Siria, con su gran ejército.

La batalla se libró finalmente en la zona del Isos, y una vez más concluyó con la victoria macedonia. Darío huyó, dejando en manos enemigas a su madre, su esposa, sus hijas, su tienda y grandes riquezas en vajilla, monedas, carruajes y armamento. Alejandro dio pruebas de su gran magnanimidad, concediendo a las regias prisioneras todo lo que habrían tenido en el palacio real de Darío.

Llegado este momento, Alejandro habría podido dirigirse hacia Asia Central, pero, coherente con la estrategia que se había trazado y que tendía a asegurarse las espaldas y aniquilar el predominio persa en los mares, prefirió volverse contra las ciudades de la costa fenicia. Biblos y Sidón cayeron fácilmente, pero Tiro, principal ciudad naval, resistió por espacio de casi siete meses. Después de atacar Tiro en julio del 332 (en este caso el soberano macedonio se mostró despiadado y autorizó a sus hombres a que saquearan la ciudad y vendieran como esclavos a los defensores sobrevivientes), Alejandro decidió continuar rumbo a Egipto y halló en su camino cierta oposición por parte de la ciudad fortificada de Gaza. Superado también este





Mapa con otra parte del recorrido de los macedonios en Asia. Alejandro retornó a Tiro en la primavera del año 331 a.C., y decidió avanzar hacia el corazón de Persia, atravesó el Eufrates en Tapsaco, reemprendió la marcha por el Camino real y en la llanura entre Gaugamela y Arbelas tuvo lugar el último y decisivo encuentro con Darío III: la batalla, librada sobre todo por la caballería, marcó el fin de la resistencia persa. Darío, seguido por los *eteri* a través de Media y Bactriana, fue asesinado en julio de 330. A partir de ese hecho, estaba abierto el camino hacia Bactriana.

Los dos grandes ríos que limitan la Mesopotamia, una de las cunas de la civilización, son el Eufrates (arriba) y el Tigris (abajo). La Mesopotamia (cuya civilización se remonta al VI milenio a.C.) pasó por las manos de muchos dominadores; los persas habían sido los últimos. Cuando Alejandro cayó sobre ella, Persia aún mantenía allí firmemente su poder. Alejandro, atravesó los dos ríos y avanzó por sitios hasta los cuales ningún europeo había llegado en son de guerra. En realidad, la posesión de Mesopotamia y la conquista de Babilonia dejó sin posibilidad de defensa a los centros vitales del Imperio aqueménida y a su capital Persépolis.

obstáculo, en noviembre de ese mismo año el ejército macedonio entró en Egipto, sin encontrar casi resistencia alguna. La clase sacerdotal, que en la antigua estructura de la sociedad egipcia había sido el sostén principal del faraón (y también el centro de los privilegios), resolvió apoyarlo, a tal punto, que fue coronado en Menfis como faraón del Alto y Bajo Egipto.
En esa ocasión, Alejandro reveló no sólo ideas muy abiertas, sino también una actitud devota hacia las divinidades locales (es famoso el viaje en el desierto, hasta el oasis de Siwa, casi sobre el límite libio, para honrar al dios Amón, de quien era hijo Alejandro en calidad de nuevo faraón, según la tradición egipcia). Durante su permanencia en Egipto, Alejandro, obedeciendo una orden divina que, de acuerdo con la leyenda, le fue impartida mientras dormía, decidió fundar una ciudad portuaria en la orilla occidental del delta del Nilo: el arquitecto Dinócrates concretó la obra, y creó Alejandría, que se convirtió en el puerto comercial más importante del Mediterráneo y en el centro cultural más famoso del mundo helénico. La permanencia de Alejandro en Egipto fue una clara demostración de cuál iba a ser su política interna frente a los pueblos sometidos: liberalismo en sentido religioso y con respecto a las tradiciones locales; creación de nuevos centros comerciales; aspiración de transformarse en soberano de todos sus súbditos (incluyendo a macedonios y griegos), sin ningún privilegio para los suyos, con el propósito de evitar el resentimiento de los pueblos subyugados. Pero este deseo (unido a la tendencia a transformarse en soberano oriental, divinizado) trajo como consecuencia el rencor de sus compañeros y alimentó intolerancias e incompresiones.
En la primavera del año 331 Alejandro partió de Egipto para volver a Tiro, resuelto a proseguir hacia la Mesopotamia septentrional, para derrotar definitivamente a Darío. Por su parte, los persas preparaban la venganza y reclutaban en los alrededores de Babilonia un gran ejército. Sin embargo, una vez más, Darío III habría de afrontar el encuentro decisivo en condiciones de superioridad numérica pero de absoluta inferioridad desde el punto de vista estratégico. Ya no podía disponer de los mercenarios griegos, sus tropas mejores, y la infantería con que contaba era heterogénea y estaba formada por guerreros de estirpes diversas; se habían reunido en Babilonia fuertes contingentes de caballería venidos de todos los rincones del Imperio, pero aun en lo concerniente a estas tropas subsistían dudas acerca de su eficacia en la batalla; la única esperanza verdadera de Darío era emplear contra las compactas filas de la falange los *carros falcados,* cuyas ruedas y tiros se armaban con grandes hoces, mortíferas, cuando el vehículo se lanzaba a toda velocidad contra el enemigo, que era arrollado y hecho pedazos. Sin embargo, resultaba difícil preparar conductores que supieran manejar ordenada y disciplinadamente estos medios. El *carro falcado* siguió en uso hasta el siglo II de nuestra era, pero los romanos jamás lo utilizaron. La mayor posibilidad de maniobra de la caballería y la dificultad de emplear estos medios en terrenos accidentados marcaron el fin del carro de guerra.
El 1 de octubre del año 331 ambos ejércitos se enfrentaron en la llanura que se extiende entre Gaugamela y Arbelas. La eficacia de los *carros falcados* fue mínima, pues los afrontaron los *hyspaspistes* (la infantería ligera, sumamente móvil, que se abría a su paso), así como la falange compacta, y nuevamente los macedonios pusieron en fuga al enemigo.

Alejandro, soberano absoluto

Dado el victorioso encuentro de Arbelas (o de Gaugamela), Alejandro continuó bordeando el Tigris, atravesó el Eufrates y llegó a Babilonia. El sátrapa Mazeo le entregó la ciudad y a cambio de ello obtuvo la administración de la región, protegido por una guarnición macedonia con su comandante: una vez más, Alejandro impresionó favorablemente a una población sometida por su liberalidad y sus medidas, acaso demagógicas pero eficaces, como la de restablecer las costumbres indígenas, que le granjearon el favor de la clase sacerdotal (por ejemplo, la reconstrucción del templo dedicado al dios Marduk, destruido por los persas).
La etapa decisiva se cumplió en Susa, donde el sátrapa local acogió a Alejandro, según las mismas condiciones acordadas para que Mazeo le abriera las puertas de Babilonia. Por último, los macedonios, que habían recibido nuevas tropas de su patria, al mando de Amintas, llegaron a Persépolis, donde hasta el tesoro de Darío cayó en sus manos: 180.000 talentos (un talento equivalía aproximadamente a treinta y siete kilos) de oro y monedas, platos y vajillas preciosos, joyas, elefantes, camillos, paños, una riqueza increíble para un hombre educado según las costumbres griegas.
Alejandro permaneció en Persépolis alrededor de cuatro meses, durante los cuales se incendió el palacio real, cosa que, según la leyenda, se produjo cuando en medio de un festín, Thais, una cortesana, incitó a los jefes macedonios a vengar así el incendio de Atenas provocado por los soldados de Jerjes. Es probable que esta leyenda no tenga fundamento, pero también es posible que, justamente en el curso de su estancia en la capital del Rey de Reyes, se haya realizado esa mutación del carácter de Alejandro y de su modo de pensar que lo llevó a convertirse en soberano orientalizante.
Ciertos historiadores atribuyen la iniciación de ese cambio a un episodio ocurrido algunos años antes: después de la batalla de Isos, Alejandro había entrado a la tienda de Darío, que formaba parte del botín, y encontró allí vasos de oro, finísimas vesti-

de

ra
p-
e,
o-
s,
o-
s-
os
ue
s-
n-
o,
as
ra
ge
es
i-
n
n
ro
os
a
t-

a
a
r-
u
-

LA BATALLA DE GAUGAMELA

El 1.° de octubre del año 331, los dos adversarios, Alejandro y Darío III, volvieron a encontrarse en un último enfrentamiento que se produjo en Gaugamela, cerca de Arbelas, uno de los centros comprendidos en el Camino real. Alejandro había reorganizado los territorios conquistados y visitado Egipto; Darío había procurado aglomerar en el corazón del Imperio todas las fuerzas disponibles para formar un nuevo gran ejército y así derrotar finalmente al altivo macedonio, que había rechazado desdeñosamente sus ventajosas ofertas de paz.
Con el fin de obtener la victoria, Darío, que no tenía ya la posibilidad de sumar a su infantería pesada a los mercenarios griegos y oponerlos a la invencible falange, pensó en recurrir a un arma secreta, los *carros falcados*, macizos vahículos de guerra que llevaban afiladísimas cuchillas fijas en las ruedas y en el tiro de los caballos, causando terribles efectos en la infantería a la que arrollaban cuando los carros se lanzaban a gran velocidad. Pero no había tenido tiempo para adiestrar bien a un número suficiente de conductores.
Alejandro dispuso sus fuerzas haciéndolas describir una U, y ordenó que no fuera la falange la que avanzara contra los carros, sino la infantería ligera, los arqueros y los lanzadores de jabalina, con el propósito de descompensar las filas enemigas, poner fuera de combate a un número considerable de conductores y evitar el choque. Un asalto combinado de la falange y la caballería macedonia, justamente en el sector donde la línea de infantería persa revelaba sus puntos débiles, decidió la batalla, y así, cuando Alejandro consiguió acercarse a la guardia de corps de Darío, éste no tuvo otra alternativa que hacer girar su carro y escapar. Por consiguiente, la batalla concluyó con la persecución tenaz, antes de que cayera la noche, de las fuerzas persas derrotadas.
Ya no quedaba obstáculo alguno en el camino de Alejandro: el que conducía a Babilonia, Susa y Persépolis estaba abierto.
Alejandro es aclamado rey de Asiria y hace su entrada triunfal en estas ciudades. Tiene lugar el saqueo del tesoro persa, equivalente a cincuenta mil talentos.
Posteriormente introduce el ceremonial cortesano persa de la *proskynesis* (postración) pese a la oposición total de su séquito greco-macedonio que ve en ello una adopción de las costumbres persas en vez de una dominación total sobre ellos y que desaprueba la deificación del rey.

Relieve tomado de un sarcófago helenístico que representa a Alejandro en la batalla.





duras, ungüentos preciosos; se dio después un baño, y exclamó sonriendo: «¡Amigos míos, esto es lo que significa ser rey!» Sea esta anécdota fidedigna o no, el hecho es que la decisión de Alejandro de dominar a los pueblos avasallados, haciéndoles aceptar la presencia macedonia, respetando sus costumbres y enseñándoles a apreciar el mundo griego, tendió a crear un imperio de cultura y usos unitarios, mezclando a griegos y bárbaros, favoreciendo los matrimonios mixtos, cediendo muchos cargos administrativos a consejeros persas y admitiendo en la corte a representantes de los pueblos subyugados.
En otras palabras, Alejandro se consideró el heredero, más que el vencedor, de la dinastía aqueménida. Transformó su vida y la institución de la monarquía que asumió características teocráticas, desconocidas en la realeza griega. Se convirtió en rey supremo, encarnación viviente de la divinidad y alrededor de su persona creó un mito donde confluían los temas dionisiacos y los ritos persas. Por último, pretendió de los suyos la *proskýnésis*, gesto típico de la adoración oriental, que los griegos consideraban una manifestación bárbara e indigna de ciudadanos libres. Por desgracia, este plan no se cumplió satisfactoriamente: los propios compañeros de Alejandro fueron los primeros en combatirlo, en no entender por qué se rodeaba el rey de gente extranjera, que quedaba estupefacta y se sentía envidiosa ante las manifestaciones exteriores de la realeza, contrarias al espíritu griego. Alejandro logró, por lo menos en parte, fusionar en el plano cultural los componentes griegos y persas orientalizantes y legó al mundo la rica herencia espiritual del Helenismo.

Hacia los confines de la India

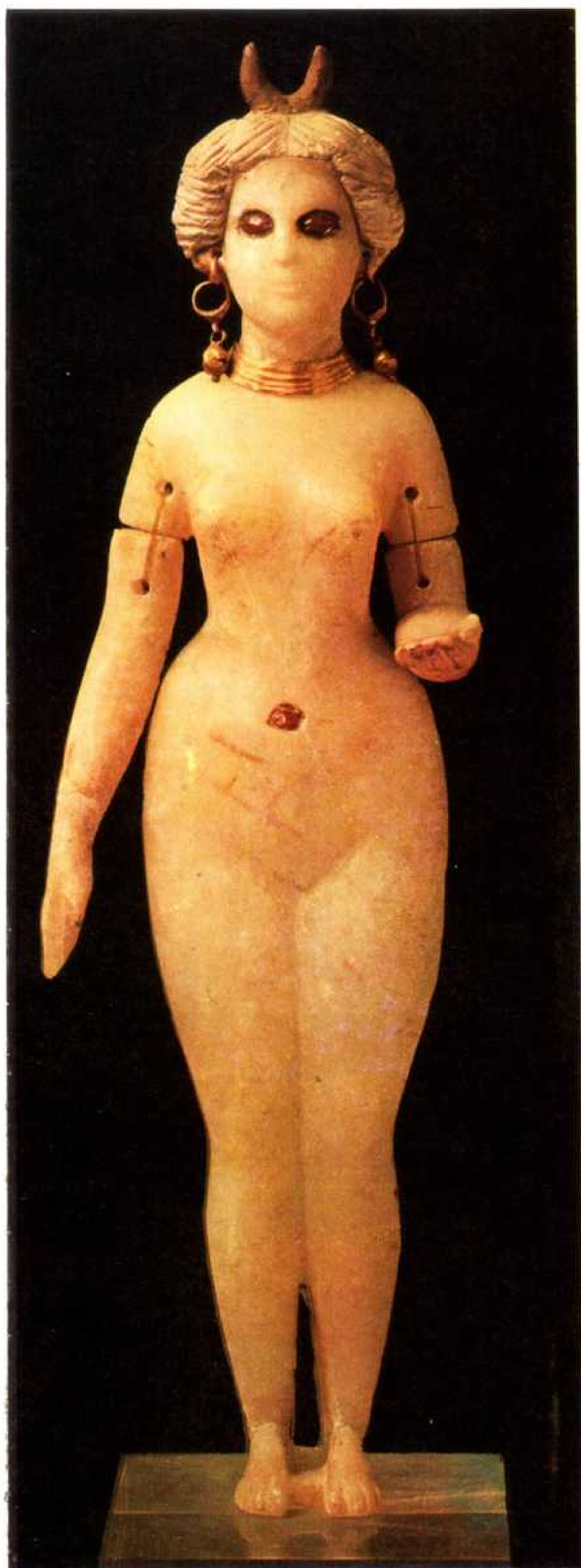
En el verano de 330 Alejandro se enteró de que Darío, con la ayuda de algunos sátrapas de Persia oriental (Besso, Barsaente y Nabarzane), intentaba reclutar un nuevo ejército, y resolvió pasar a la acción: después de marchar sobre Ecbátana, persi-

Arriba: Anfora helenística pintada, del siglo III a.C., que reproduce a Alejandro persiguiendo a caballo el carro de Darío. El soberano aqueménida, después de la derrota de Arbelas, se refugió en Ecbátana, donde se le unió Besso, sátrapa de Bactriana, y otros gobernadores que permanecieron fieles a él. Sin embargo, cuando Alejandro decidió ir tras su rival para hacerlo desaparecer definitivamente de la escena, Besso y los demás sátrapas no encontraron nada mejor que asesinar a Darío, con el fin de granjearse el reconocimiento de los macedonios. En lugar de esto, Alejandro los hizo ajusticiar como traidores.
Derecha: Rostro de persa moribundo.



guió a los persas en retirada, hasta las «puertas» del Caspio; sin embargo, se detuvo antes de alcanzarlos, pues recibió la noticia de la muerte de Darío II, apuñalado por sus propios cortesanos. Alejandro hizo sepultar a Darío con todos los honores, porque deseaba que la muerte del último soberano aqueménida se destacara con el fausto debido, para hacer que su triunfo fuera indiscutible.
Desde ese momento, quiso que lo llamaran Señor del Asia y su rostro apareció en algunas monedas del reino. La última parte de la empresa de Alejandro, que llevó a los macedonios hasta Afganistán y más allá del río Indo, a los confines del mundo desconocido por aquel entonces, fue motivo de grandes conflictos entre el soberano y sus generales, que satisfechos por las conquistas logradas, no parecían dispuestos a seguir sacrificándose en aras de los sueños de grandeza de su joven conductor. La expedición atravesó regiones sumamente ásperas y montañosas, habitadas por poblaciones desconocidas y hostiles como Drangiana, Gedrosia y Aracosia. Allí donde era posible, Alejandro fundó nuevas ciudades y dejaba guarniciones macedonias. Para penetrar en la Bactriana debió trasponer en una memorable marcha la cadena del Hindú Kush, sobre el río Issarte (Sir Daria), levantó una ciudad a la que dio el nombre de Alejan-

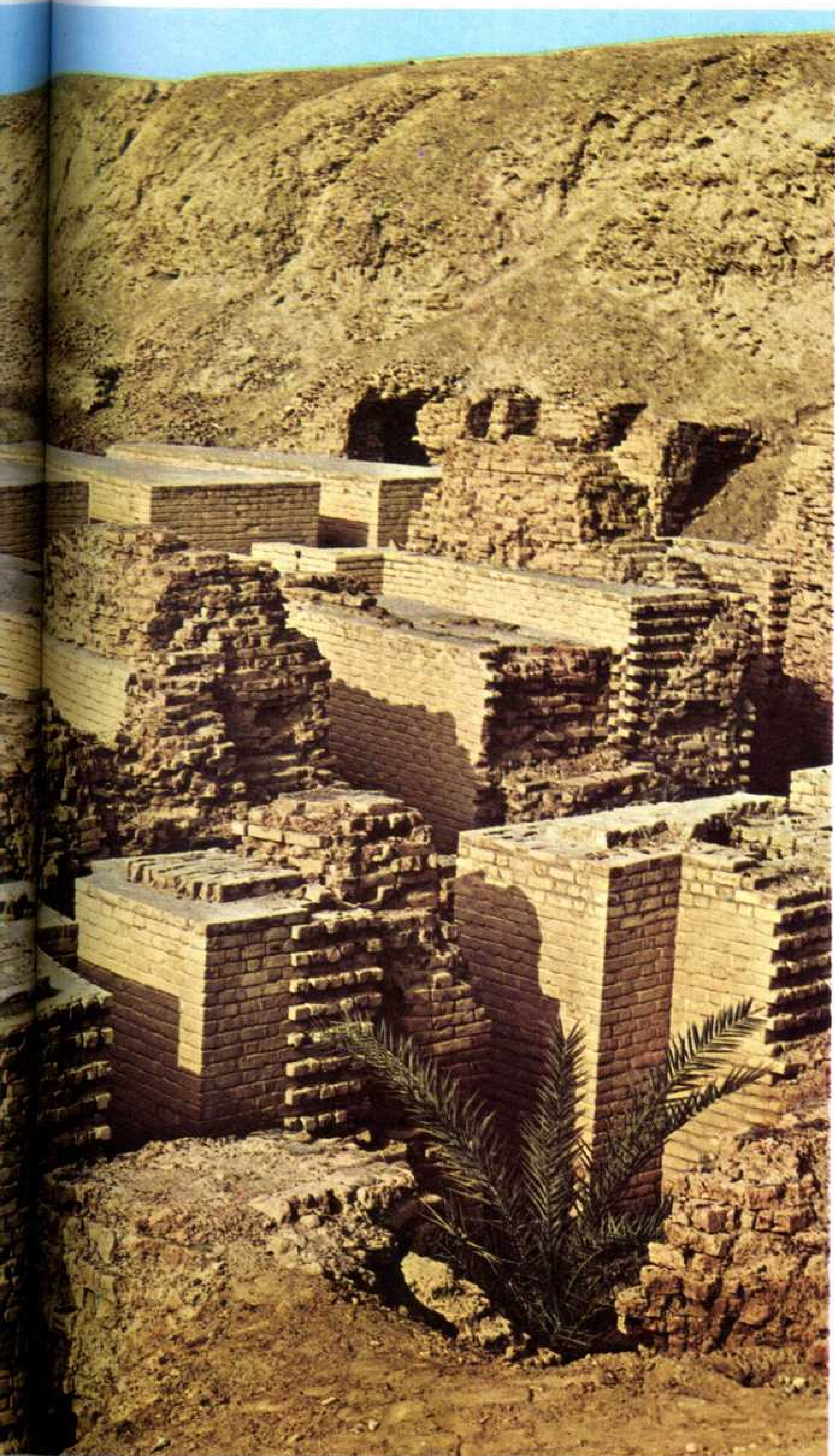
dría Escate (o sea, «última»; hoy Tashkent) para indicar que había alcanzado una de las metas finales. Pero la moral del ejército se había desmoronado, las discordias entre Alejandro y sus compañeros eran día a día más frecuentes: por otra parte, se descubrió incluso que Filotas, hijo de Parmenio y amigo de la infancia de Alejandro, conspiraba contra él, y la dura represión (condena a muerte de Filotas y orden de ajusticiar a Parmenio aun antes de que se enterara del trágico fin de su hijo) no tranquilizó ciertamente los ánimos. Narra Plutarco al respecto: «Alejandro pareció enloquecer de dolor: mandó cortar las crines de todos los caballos y mulas, en señal de luto e hizo derribar todos los parapetos de las ciudades vecinas. Ordenó que se crucificara al desgraciado médico y prohibió que sonaran las flautas y todo género de música en el ejército durante largo tiempo, hasta que le fue comunicado el oráculo de Amon que mandaba honrar a Hefestión y ofrecerle sacrificios como un héroe.» Entonces el caudillo decidió invertir diez mil talentos de oro (más de 370.000 kilogramos) en el monumento fúnebre. La contradicción entre los fines con que se había iniciado años antes la expedición contra Persia y las ambiciones personales de Alejandro, su sed de conquista, estalló inevitablemente. El soberano, cada vez más aislado, pero progresivamente más poderoso y autoritario, resolvió no obstante avanzar todavía hacia la cuenca del río Indo y sus afluentes. Para reforzar sus espaldas ordenó al fiel Hefestión que construyera en Bactriana, entre los ríos Oxo y Margo, un dispositivo de defensa que habría de anticipar la fundación de Alejandría de Margiana. Y allí, a lo largo del río Oxo, narra el historiador Plutarco que «afloraba ¡un extraño líquido, graso y denso, un aceite raro, en una región desprovista de olivares, muy inflamable... muy semejante al petróleo!» Si se considera que desde la muerte de Darío habían pasado tres años de múltiples campañas en tierras lejanas y desconocidas como Kazachistán, Uzbekistán, Afganistán, se puede entender la importancia que asignaba Alejandro a la paz y seguridad en el noreste, antes de dirigirse decididamente a la India. Y, a pesar de los románticos relatos que se han tejido en torno al acontecimiento, es preciso ver bajo esta luz la decisión de desposar a Roxana, hija de Oxiartes, sátrapa de Bactriana. Por otra parte, son muy dudosas las tendencias románticas de Alejandro (el propio Plutarco afirma que se «dedicaba al bello sexo con moderación»), mientras que son conocidos sus arrebatos de furia cuando se hallaba bajo los efectos del alcohol. Precisamente en este período, durante un banquete y hallándose ebrio llegó a dar muerte a su gran amigo Clito que le había

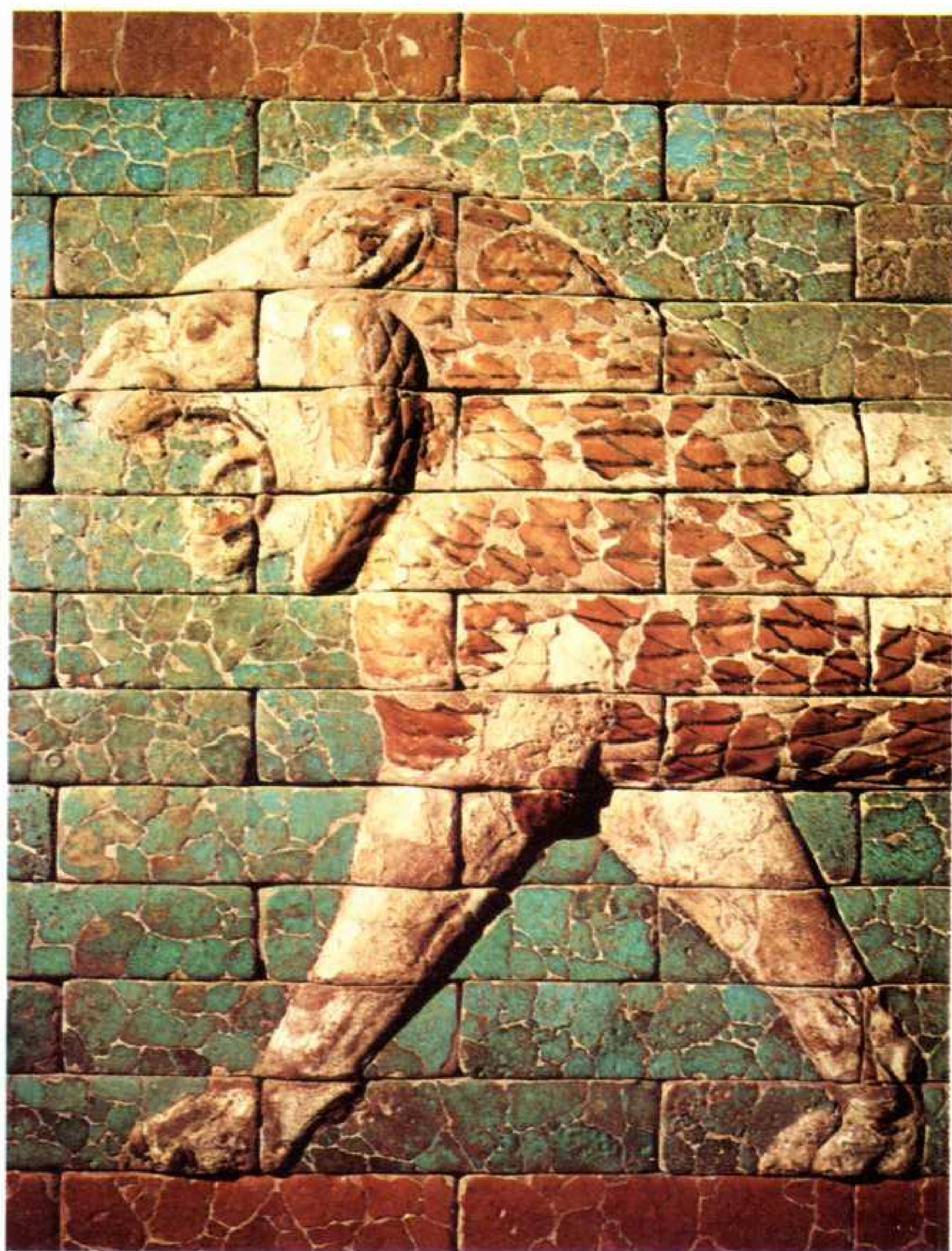


salvado la vida en la batalla del Gránico. Cuentan los historiadores que Clito se había burlado de que Alejandro hubiese adoptado costumbres orientales y se hiciera adorar como un dios; quizá no ocurrió exactamente de esta manera, pero el hecho es que Alejandro atravesó con su espada el corazón de su amigo. Este episodio, después del ajusticiamiento de Parmenio y Filotas, constituye un nuevo testimonio de cuáles eran entonces sus relaciones con la nobleza macedonia que lo seguía con tanta rebeldía. Los motivos que habían originado las disputas eran objeto de constantes críticas de los griegos, que no toleraban que Alejandro pretendiese igualarlos a los asiáticos, exigiendo que también ellos se prosternaran (la *proskýnésis)* frente a él, como ante un dios epífanes; esto había debido hacerse solamente en tiempos de Ciro, Cambises y Darío, cuando en las procesiones del día de año nuevo estaban obligados a inclinarse frente al «gran rey». Alejandro daba muestras de no hacer ya distinciones entre los suyos y los asiáticos. Otro episodio trágico simboliza bastante bien esta divergencia de ideas. Esta vez se trató de Calístenes, discípulo y pariente de Aristóteles, el que habría de escribir la *Anábasis* de Alejandro, condenado a muerte acusándole de haber conspirado con los pajes reales. Fue éste un grave golpe para los griegos y la escuela de Aristóteles y a ellos hay que atribuir, en los ambientes intelectuales más democráticos de Atenas, el retrato de un Alejandro cruel, animado cada vez más de un enfermizo despotismo.

Cuando estaba ya avanzada la primavera del año 327 a.C., Alejandro se aprestaba a atravesar el paso Khyber, en Gandhara, donde se desciende a Peshawar, en Pakistán, el último mercado de la India antigua hacia Occidente. Objetivo necesario de la expedición era buscar la seguridad de la cuenca del Indo (Punjab), la región de los cinco ríos que confluían volcando sus aguas en aquél, de gran caudal. Cerca de la actual Jalalpur, sobre el río Idaspe, Alejandro debió combatir con el dinasta local, Pauratqka, a quien los griegos llamaban Poro. Las tropas indias emplearon elefantes, pero éstos, en la confusión, se precipitaron directamente sobre su propia infantería. Alejandro fundó dos guarniciones de soldados para asegurarse los frutos de la victoria de Idaspe: Nicea y Bucefalia; ésta última en recuerdo de su legendario corcel Bucéfalo, muerto en la batalla.

Todavía no están claras las razones que impulsaron a Alejandro a continuar su empresa, a toda costa, avanzando todavía más hacia Oriente por tierras de la India. La geografía de Asia Central, tan conocida en nuestros días, era totalmente desconocida para los griegos. Por lo tanto, se ha pensado que el conductor





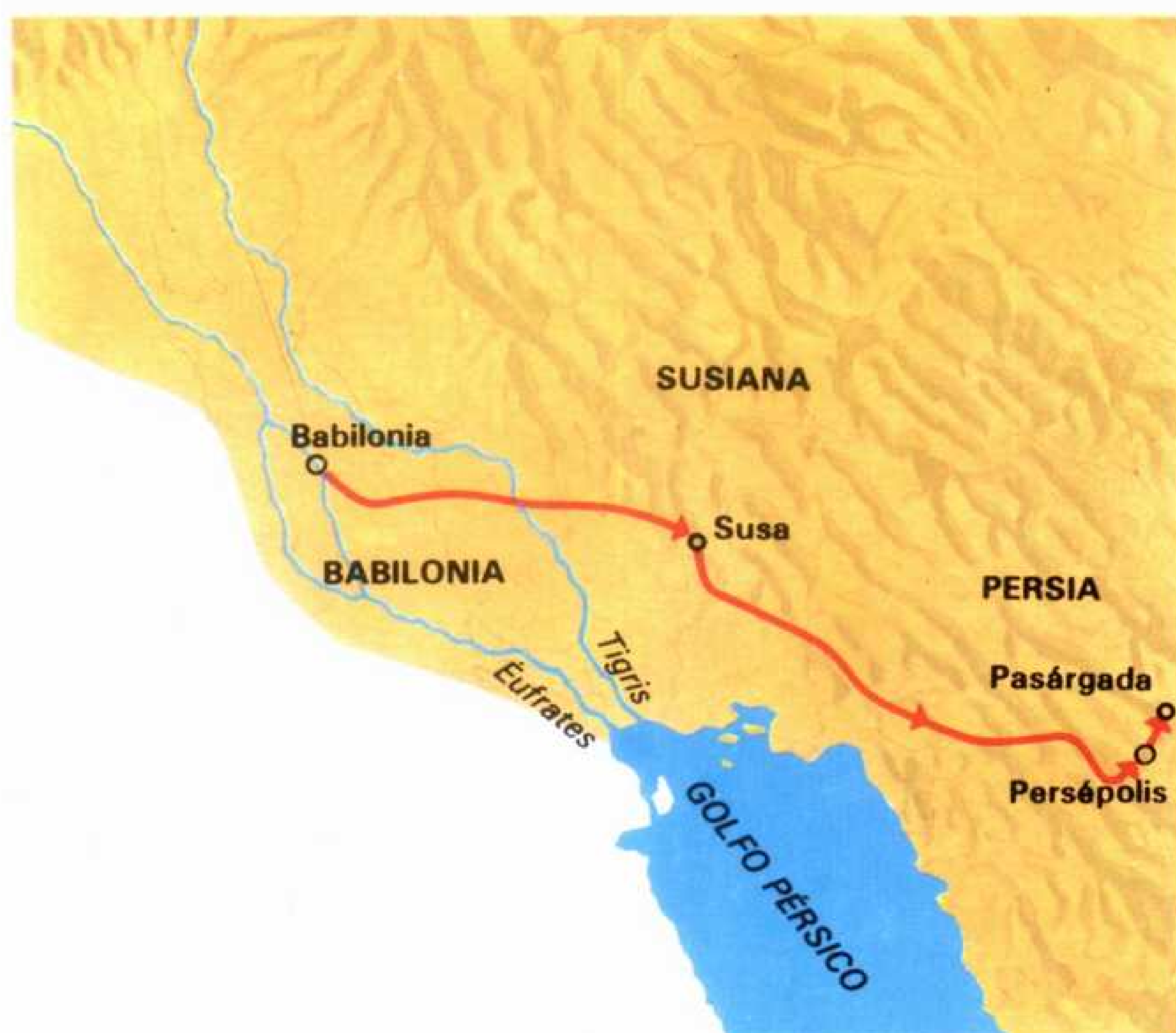
La entrada a Babilonia constituyó un triunfo para Alejandro y sus hombres. El cerco de murallas de la ciudad, dañado en tiempos de Jerjes, y jamás reconstruido, no podía resistir un asedio: el sátrapa Mazeo ofreció a Alejandro la ciudad.
Arriba: Uno de los leones que adornaban los muros de la ciudad, cubierto de planchitas de metal esmaltado de diversos colores.

Izquierda: Imagen de la diosa Ishtar, antigua divinidad babilónica, Alejandro respetó las tradiciones religiosas locales, y ordenó entre otras cosas, reconstruir el templo del dios Marduk.

Centro: Vista de los jardines colgantes de Babilonia, que antaño se consideraron una de las Siete Maravillas del mundo.







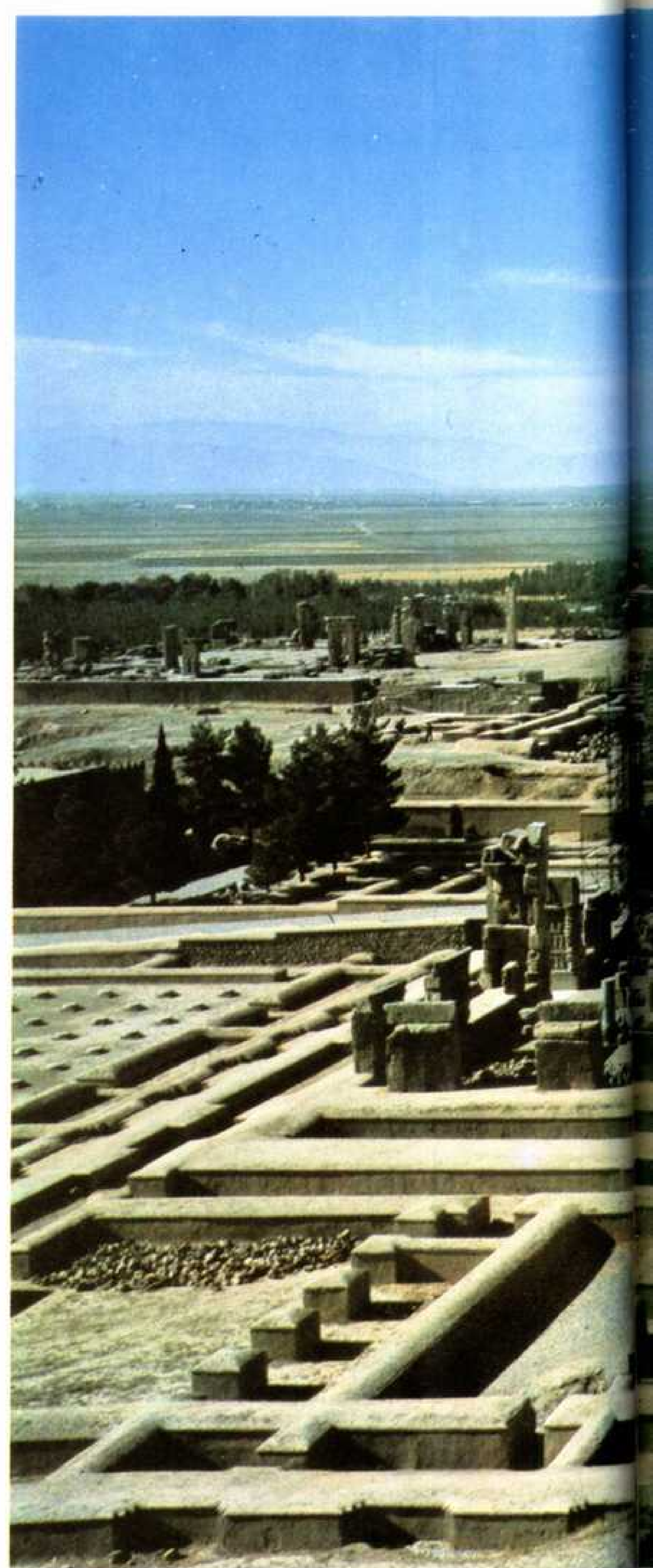
macedonio deseaba superar las fronteras del imperio aqueménida de Darío I, que según Jenofonte limitaba al Este con la India y el océano oriental, para resolver el problema geográfico de la existencia de un océano oriental y de la relación entre los territorios indios y las costas africanas de Egipto, tanto más cuanto que precisamente en ese período llamó a Nearco a su lado, con intención de nombrarlo comandante de la flota; esta hipótesis se corroboraría por la presencia, testimoniada en muchas fuentes históricas, de carpinteros fenicios y chipriotas (con el fin de poder construir rápidamente las naves) entre los hombres que participaron en la marcha por el valle del río Indo. Sin embargo, en esta fase, la larga expedición de Alejandro tropezó con obstáculos insuperables: día a día aumentaban las di-

Izquierda: Mapa con la zona central del recorrido de la expedición de Alejandro. Cuando partió de Babilonia, el soberano macedonio conquistó Susa, Persépolis y Pasárgadas, marchando a través de la región del Fars, tierras desérticas (páginas precedentes), y montañosas (abajo).
Derecha: Alejandro, que sostiene el rayo de Zeus, es coronado por Nike. El joven macedonio aceptó la costumbre oriental de hacerse divinizar.



ficultades de relación con las belicosas poblaciones indias que, instigadas por sus sacerdotes brahmanes y por los *giaina* (los *gimnosofistas*, los «sabios sin ropas», como los llamaban los griegos), se mostraban hostiles a los extranjeros venidos a su país. Así, una vez llegados al río Ifasi, estalló una sublevación de las tropas que se negaron a seguir más allá (326 a.C.). En plena estación de las lluvias, Alejandro se vio obligado a ceder, renunciando a avanzar más lejos, en tanto que se levantaban grandes altares a los dioses griegos, en recuerdo del punto más oriental de esa extraordinaria empresa.
Entretanto, al este del Indo surgía el gran caudillo Ch ndruguputa, de quien fue nieto el gran Asoka, el «Constantino del budismo», la figura más relevante de la India antigua. Con una flota integrada por embarcaciones incautadas en parte a las poblaciones locales y en parte construidas expresamente, Alejandro inició el descenso del Indo y se propuso buscar una vía de comunicación acuática entre el océano Indico y el mar Rojo: la eterna búsqueda de una ruta para el traslado de las especias y de las mercaderías de altísimo precio entre la India y el Mediterráneo, e inconvenientes mínimos, que se prestaban a las grandes especulaciones mercantiles.
Cuando llegaron al estuario del Indo, Alejandro cedió a Nearco el mando de la flota, encomendándole que abriera una ruta Indo-Eufrates, a través del golfo Pérsico, y que remontara el Eufrates. A su vez, Alejandro prosiguió para buscar una vía de comunicación terrestre meridional y cruzó el desierto de Gedrosia, en una terrible marcha en la que perdieron la vida millares de soldados. Otro contingente, al mando de Crátero, tomó en cambio el camino más largo, pero más fácil, a través de Persia, y en noviembre del año 325 la expedición que había llegado a los confines del mundo conocido se reunió y descansó en Pura, y llegó desde allí a Babilonia.
Los últimos meses de la vida de Alejandro, en la residencia real de Babilonia, fueron los de un auténtico soberano oriental, más los de un dios a quien debía adorarse que los de un hombre reverenciado. Y las diversas representaciones de Alejandro en las que aparece como un Zeus, confirman esta tendencia. La ruptura entre el soberano y sus antiguos compañeros macedo-





nios, irritados ante el espectáculo de los bárbaros adorando al rey, que antes había sido de menor importancia en el gran ejército asiático, fue definitiva. El episodio más resonante de esa ruptura se produjo con motivo de los funerales de Hefestion, las celebraciones que exaltaron a Hefestion y Alejandro como «nuevos dióscuros», héroes semidivinos, repugnaron al espíritu democrático griego, y el temor de un viaje de Alejandro a Grecia para recibir un triunfo divino reforzó la hostilidad que ya había en su contra.

Al regresar a Babilonia, la necesidad de organizar de alguna manera el vastísimo imperio causó probablemente nuevas fricciones, tanto más cuanto que Alejandro no parecía abrigar la intención de conceder excesivos privilegios a sus viejos compañeros macedonios frente a los otros nobles de la antigua corte persa que se hubieran distinguido igualmente a su servicio; sin embargo, al parecer, Alejandro no estaba dispuesto a dedicar mucho tiempo a esta cuestión: en efecto, siguiendo su instinto de indomable luchador, el soberano proyectaba una expedición al territorio de la península arábiga, aún excluida de sus dominios, ignorando el hecho de que se trataba de una «caja de arena» y que, más allá del desierto, no había mar alguno que ofreciera su atracción de confín extremo e inexplorado del mundo. Mientras estudiaba en unión del fiel Nearco y de otros generales los detalles de esta empresa, acometió a Alejandro una fuerte fiebre y su estado se agravó irremediablemente. Los médicos que fueron llamados urgentemente a su cabecera no tardaron en darse cuenta de que los modestos medios de que disponía su profesión eran impotentes contra el mal. Sólo restaba confiar en la ayuda de los dioses, pero esta vez los habitantes del Olimpo, pródigos en el pasado en signos de benevolencia hacia el joven soberano macedonio, se mostraron completamente insensibles a los sacrificios, a las invocaciones y a las preces que se les dirigían desde todas partes. Alejandro, postrado por la fiebre, fue transportado al Palacio Real que muchos siglos antes había ordenado construir Nabucodonosor, y allí transcurrieron sus últimas horas, mientras los veteranos macedonios desfilaban, en silencio, ante el hombre que les guiara victoriosamente a la conquista del imperio más grande de aquellos días. En el ocaso del 13 de junio de 323 a.C. se extinguió la vida de Alejandro, tras doce años y ocho meses de reinado, y antes de cumplir los treinta y tres años de edad.

Precisamente el hecho de desaparecer a edad tan temprana ayudó a construir el mito que fue y que perduró en la historia durante los siglos.

La tradición, que Plutarco retomó, afirma que fue envenenado con una sustancia potente, probablemente con arsénico, que Jolla, un hijo de Antipatro, llevó a Babilonia, encerrada en una pezuña de asno, «único recipiente capaz de contenerla, porque rompe todo, fría y fuerte como es». En realidad los estudiosos han comprobado que el envenenamiento por arsénico tiene síntomas parecidos a los de una fiebre malaria grave, y en su *Historia de Grecia,* Tovar y Ruipérez afirman que Alejandro murió a causa del paludismo contraído al explorar los canales de la puerta de Babilonia. Todas estas cuestiones revisten relativa importancia: el hecho es que Alejandro murió en la cumbre de la gloria, sin poder demostrar si estaba en posición de organizar

Arriba, izquierda: Un arquero medo, proveniente de la rica decoración formada por multitud de planchitas multicolores, del Palacio Real de Susa.

Arriba: Vista de las ruinas de Persépolis, capital persa que mandó edificar Darío I, cuya construcción se inició en el año 518 a.C. (continuada después por Jerjes I y Artajerjes I y III), pero que jamás se terminó. Durante la estancia de Alejandro en la ciudad, el palacio de Jerjes fue destruido por un incendio: no obstante, parece legendaria la tradición según la cual el incendio fue provocado por los mismos macedonios, ebrios, durante un festín, incitados por las palabras de la cortesana Thais, que pretendía vengar así el incendio de Atenas, en tiempos de las guerras persas.



Derecha: La tumba de Ciro I, principal artífice del poderío del imperio aqueménida, en Pasárgadas. Esta tumba es una especie de casa cuadrangular con techo a dos aguas, construida sobre una base escalonada.



Izquierda: Mapa del recorrido de la última fase de la expedición de Alejandro, en cuyo transcurso las tropas macedonias avanzaron hasta Afganistán, escalaron la cadena del Himalaya y vadearon el río Indo, dejando rastros de su presencia en estas regiones. Durante el viaje de regreso hacia Babilonia, la expedición se dividió en tres grupos: el primero, guiado por Crátero, atravesó Aracosia y Drangiana; el segundo, al mando de Alejandro, siguió un itinerario más o menos paralelo a la costa, pero encontró increíbles dificultades geográficas, con grandes desiertos y peligrosas zonas cenagosas; por último, el tercer grupo, confiado a Nearco, siguió a bordo de las naves las costas del golfo Pérsico.

Abajo: Vista del valle de Bamyan, en Afganistán, situado entre las estribaciones occidentales del Hindu-Kush y el Kuh-i-Baba. Era un centro muy frecuentado en la ruta que conducía desde China a Occidente, cosa que favoreció mucho la difusión del budismo.



políticamente, en forma duradera, el imperio que había conquistado a fuerza del valor de sus milicias.

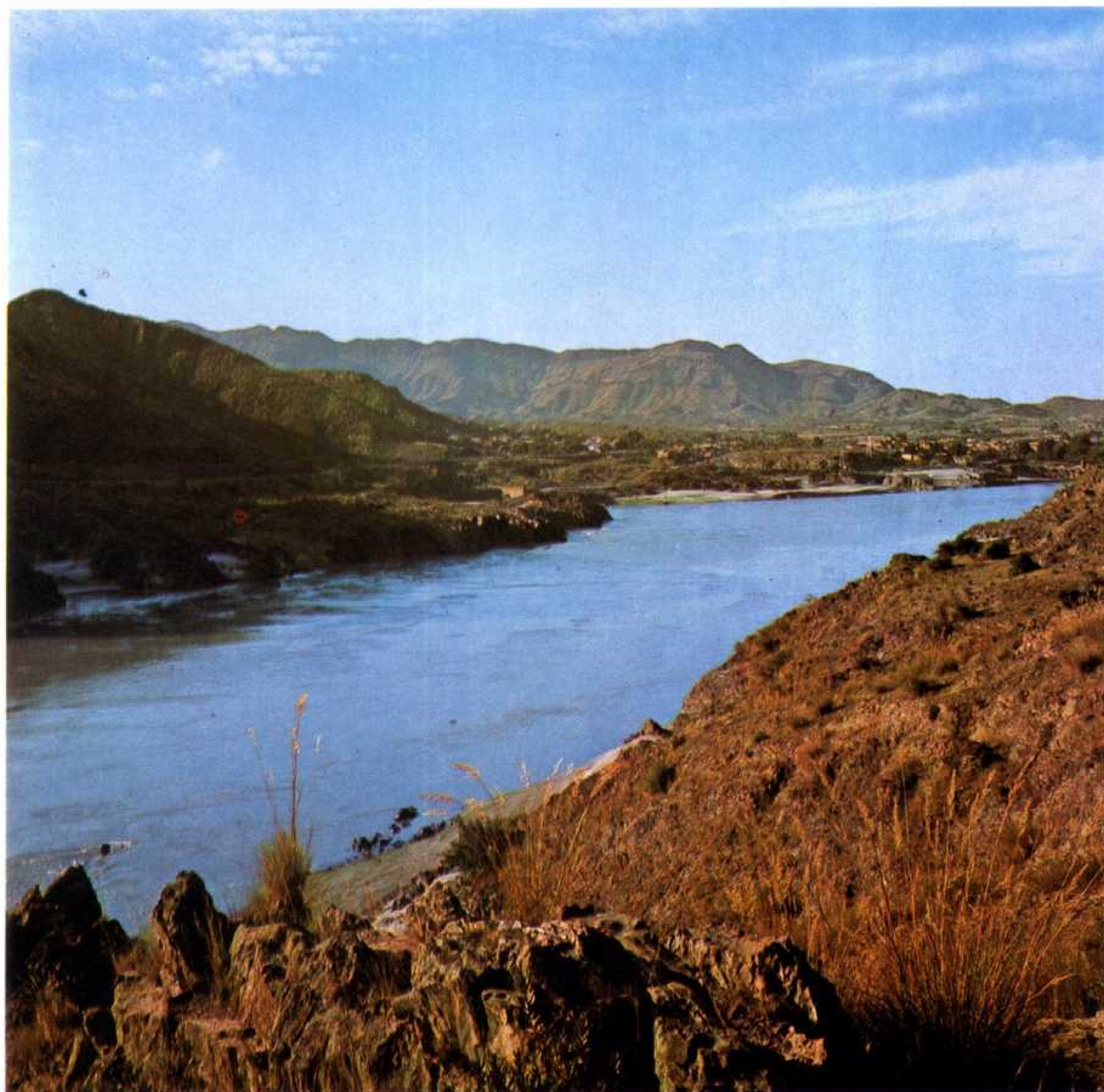
División de un imperio

La leyenda de Alejandro, héroe de una epopeya sobrehumana, dominador de gentes y países, doblegado únicamente por la ciega Moira, el destino mortal que trastorna y nivela todo, se encuentra ligada más de lo que se cree a la muerte prematura que liberó al conquistador de la tarea de organizar sus conquistas. Compromiso más difícil, en cierto sentido, que las conquistas mismas y seguramente menos sujeto a la exaltación de la gloria. Se trataba de unificar inmensos territorios, dispersos sobre tres continentes, poblados por un mosaico heterogéneo de gentes y naciones poco dispuestas, sobre todo en Occidente, a dejar que se las integrara en un imperio único. Este imperio comprendía a Macedonia, Egipto y una gran parte de Asia, situada al sur de la línea que se extiende entre el Cáucaso y el Caspio, desde el Egeo hasta el Punjab. Las ciudades griegas de Asia eran libres, pero estaban unidas a Alejandro por vínculos de alianza, en tanto que la Liga de Corinto regulaba las relaciones con las urbes de Grecia antigua. Por consiguiente, ésta era una creación artificial, de carácter puramente militar, en la cual no cabe duda que las fuerzas de disgregación eran superiores a los ele-

Arriba: Bajorrelieve proveniente de la región del Hadda (Afganistán), que reproduce una escena de combate. Alejandro y sus hombres pasaron muchos meses en ese territorio que hoy forma parte de Afganistán y Turquestán, y que, en aquel entonces, se hallaba subdividido entre Bactriana y Sogdiana, para conseguir, no sin grandes fatigas, el sometimiento de las belicosas tribus nómadas que lo habitaban.



Derecha: Paisaje del Hindu-Kush, la cadena montañosa de 600 kilómetros de extensión entre el noroeste de Afganistán y Pakistán Occidental. Salvaje y árido, el Hindu-Kush es de difícil acceso y deja prácticamente aisladas a las llanuras que se extienden a sus pies. A principios del verano del 327 a.C., Alejandro abandonó Bactriana, atravesó esta zona montañosa (probablemente por el paso de Kaoshan, a una altitud de alrededor de 4.300 metros) y se alejó hacia el sur, decidido a explorar y conquistar la India misteriosa, de la que le habían hablado las poblaciones locales.



Izquierda: El río Indo que, desde el Tibet hasta el mar Arábigo, recorre aproximadamente 3.400 kilómetros, marcando el límite occidental del subcontinente indio. Alejandro halló un valioso aliado en Taxiles, soberano de la región de Taxila (Pakistán actual), que puso a su disposición un ejército y muchos elefantes para la campaña contra Poros, monarca de la región del Pundjab, entre los ríos Hidaspes (Jhelam) y Atesinos (Chenab). En una batalla campal sobre el Hidaspes como lo testimonia, por otro lado, el decadracma (abajo), moneda que se acuñaba solamente en casos especiales, en la cual vemos a Alejandro a caballo en persecución del elefante de sus rivales, los macedonios derrotaron, no sin graves pérdidas, a los nativos y se hicieron dueños de la región del Indo. No obstante, al llegar al río Hífasis, las tropas de Alejandro se negaron a seguir avanzando.

mentos cohesivos. Había que inventar totalmente la unidad de este complicado organismo. Preciso es reconocer que, en lo que a esto respecta, Alejandro abordó, con cierto éxito, el camino más radical, que era el de la fusión étnica entre vencedores y vencidos. Tal es el sentido de los enlaces matrimoniales masivos entre los nobles macedonios y las hijas de la aristocracia persa, celebrados en Susa en el 324, por voluntad de Alejandro, como premisa de una integración más amplia que habría convertido a persas y macedonios en un solo pueblo dominador del mundo. Fue también el propósito de su propio casamiento con Statira, hija de Darío: de esta forma su dinastía habría fusionado, incluso en la sangre, la realeza grecomacedonia con la oriental. Hallamos otra prueba más de este proyecto de Estado supranacional que Alejandro tenía en mente en la actitud que adoptó de hecho hacia los pueblos del enorme imperio. Respetó e hizo respetar por los suyos las culturas distintas de la griega, veneró a los dioses egipcios, babilonios, persas y dio muestras de consideración por las tradiciones nacionales de los grupos étnicos sometidos. Esta actitud que convirtió en un método de gobierno le sirvió en tiempos de la conquista para congraciarse con los pueblos que avasallaba. Un gobierno inspirado en este principio de tolerancia religiosa que posteriormente constituyó la base del sincretismo helenístico, o sea, de una espiritualidad abierta a la influencia de las corrientes filosóficas y religiosas más variadas, y capaz de fusionarlas en una síntesis original.
No obstante, el respeto por la realidad cultural multiforme del imperio tenía como contrapeso la exigencia de una rigurosa centralización del poder con el fin de resistir el empuje centrífugo. Tolerante en materia de religión y costumbres, Alejandro no lo era en modo alguno cuando se trataba de autoridad política. Bajo esta luz ha de verse su pretensión de ser rodeado de honores divinos según la tradición oriental, bajo esta luz deben juzgarse iniciativas de dudosa conveniencia, como la imposición de la *proskýnésis* (la prosternación como acto de homenaje) a los

Derecha: Bajorrelieve en el que se ha representado un combate entre los griegos y las amazonas. Una tradición, que también cita Plutarco, narra que, en su peregrinaje por las montañas del Hindu-Kush, Alejandro combatió con una tribu de mujeres-guerreras, de costumbres semejantes a las de las amazonas míticas. El soberano habría concertado con su reina una alianza, coronada por el matrimonio. Pero existe casi la absoluta certeza de que se trata de puras fantasías.





macedonios: un poder absoluto de origen divino corre menos riesgos que una autoridad humana, por grande que sea.
Es, naturalmente, ocioso conjeturar qué habría pasado si la muerte no hubiese impedido a Alejandro llevar sus proyectos a una plena realización. La historia se hace con los hechos, no con las hipótesis. La verdad es que la desaparición de Alejandro privó al imperio del único hombre dotado del prestigio necesario para mantenerlo unido. La colosal construcción se derrumbó y esto demuestra que era demasiado frágil para sobrevivir a su artífice, pero nadie pensó en un fácil retorno a la situación anterior, lo que prueba que la acción de Alejandro transformó profundamente las características de los países sometidos a su gobierno. Los años que siguieron a la desaparición del conquistador transcurrieron en la afanosa búsqueda de las condiciones para un nuevo equilibrio político, en el marco de una realeza imperial ya aceptada por todos. En ese momento pocas decenas de miles de macedonios y griegos detentaban el poder sobre una inmensa extensión de territorios y sobre decenas de millones de hombres. El ejército representaba el elemento de fuerza y unidad en el interior del imperio, con su hereditaria devoción a la dinastía macedonia. Por lo tanto, el poder efectivo se hallaba en manos de un grupo restringido de generales y ministros estrechamente ligados a la corte y en situación de hacer aprobar sus propuestas por el ejército.
En Macedonia y Grecia las personalidades más relevantes eran: Antipatro, en Asia Menor; Antígono Monoftalmo, sátrapa de Frigia; Ptolomeo, en Africa, sátrapa de Egipto; el ministro Pérdicas y el general Seleuco, en Babilonia. Estos fueron los verdaderos herederos de Alejandro, los *diádocos,* como les llamaron los historiadores griegos, o sea, los sucesores. Frente a ellos, los miembros de la familia de Filipo y Alejandro, los herederos legales, siempre tuvieron un papel secundario.
Un hijo ilegítimo de Filipo, que fue proclamado rey con el nombre de Filipo III, jamás ejerció poder alguno: débil y enfermizo (sufría de epilepsia), fue asesinado en el año 317 a.C. Roxana y el pequeño Alejandro, nacido pocos meses después de la muerte de su padre, fueron asesinados a su vez, en el 310 a.C., y Cleopatra, la hermana del conquistador, corrió la misma suerte. La lucha de los *diádocos,* empeñados en repartirse el reino de Alejandro, duró cerca de cuarenta años, y en ella se sucedieron distintas alternativas, batallas, traiciones y asesinatos. Por otra parte, este tipo de contingencias fue característico de todo el período helenístico, así como la larga lista de dinastías, conjuraciones, intrigas y guerras que trabaron una comprensión real y coherente del giro que tomó la edad helénica. Se trata de un largo período de la historia humana, en el cual se desarrolló una evolucionada y ardiente vida cultural, científica y técnica, y tuvieron lugar profundas renovaciones religiosas, grandes evoluciones económicas y sociales, inéditas soluciones urbanísticas y un nuevo y amplio sistema de educación. Esta fue una civilización que continuó en Occidente merced al Imperio romano, quien la divulgó aún más allá de las estrictas fronteras del imperio, matriz del concepto histórico y geográfico de Europa y Occidente.

EL ARTE GRECO-ORIENTAL DE GANDARA

La difusión de la cultura helenística fuera de sus estrechos límites geográficos y la perduración de su influencia en la población local es un complejo fenómeno que tiene diversos orígenes y aspectos. Las zonas donde se registra este fenómeno con mayor frecuencia, son las regiones de Afganistán actual, la de Gandara, en la India noroccidental, y la de Mathura, también en la India.
En todos estos territorios, la cultura oriental tradicional, impregnada de los aportes de la doctrina budista, se fusiona con una tradición griega que se ha propagado milagrosamente en el curso del tiempo, dando lugar a una singular producción de objetos artísticos.
Es difícil entender cómo fue posible esto: el gran florecimiento del arte de Gandara se remonta, en efecto, a la época en que gobernaban en la región los soberanos Kushana, o sea, entre los siglos I y IV de nuestra era. Pero recientes estudios arqueológicos realizados en Afganistán han permitido identificar los rastros de una ciudad indogriega que acaso pueda individualizarse y sea Alejandría Oxiana, lo cual explicaría cómo pudo sobrevivir la cultura helenística en este territorio durante tanto tiempo.
Los rasgos distintivos del arte greco-oriental parecen evidentes, sobre todo en la escultura, donde, además, se registra una importante innovación iconográfica: la representación de Buda, puesto que, por espacio de siglos, después del nacimiento del Iluminado (el indio Sakiamuni) y afirmada su religión, esa figura se representaba en forma alusiva, exclusivamente mediante símbolos, como la rueda o el turbante. Sin embargo, el tratamiento del rostro, de facciones regulares y expresión serena, y el manto de pliegues concéntricos recuerdan evidentemente el tipo apolíneo de las estatuas griegas más que a los modelos indios.
Al lado del clásico tema de la divinidad, se tomó como elemento de inspiración la figura humana; su cuerpo está cubierto de ropajes drapeados, o sea de pliegues que subrayan la imagen, en tanto que la elaboración de los adornos y el tocado no responden a las normas de la tradición oriental. En los bajorrelieves hay también muchos motivos derivados de Grecia: hojas de palmera, capiteles corintios, amorcillos. Pero se encuentran asimismo los temas clásicos de Buda, de los *bodhisattvas* y de los soberanos que aparecen frontalmente y en actitud estática.
En resumen, coincidiendo plenamente con los cánones de aquel gran crisol de lo griego y lo oriental que fue el mundo helenístico, el arte de las regiones más alejadas del imperio de Alejandro constituye el resultado del encuentro de dos mundos.





Cuatro aspectos típicos del arte greco-oriental.
Arriba: Una cabeza de estuco pintado, probablemente de una divinidad.
Derecha: Una estatua de Minerva en esquisto verde. Ambas proceden de Gandara.
Las otras dos (derecha, arriba), halladas en Hadda, son una cabeza de divinidad y el busto del llamado «genio de las flores».



Derecha: Panel labrado, encontrado en Hadda, con escena dionisíaca de baile. Derecha, en el extremo: Relieve proveniente de Begram que representa el mito de Ganímedes. Sobre todo en la primera obra, se descubre una sensible influencia helenística en detalles como el drapeado y el ánfora, mientras que otros detalles, como la frontalidad de las figuras o la faja que, desde el hombro izquierdo, pasa por debajo del vientre, son orientalizantes. Además, en ambas obras es característica la evocación de personajes de la mitología griega.






En efecto, precisamente en la edad helenística se abrió paso el concepto de un *oikuméne* o mundo habitado, entendido como una totalidad, poseída conjuntamente por los hombres civilizados que hablaban una variante de griego internacional que se conoce con el nombre de *koiné* o lengua común que usaban incluso muchos asiáticos y que durante siglos fue la lengua de la cultura occidental. Desde Marsella hasta el Indo, desde el Caspio hasta las cataratas del Nilo, cada hombre fue griego porque sabían que la cultura griega era un bien de todos y que todos debían adquirir.

Las grandes potencias helenísticas

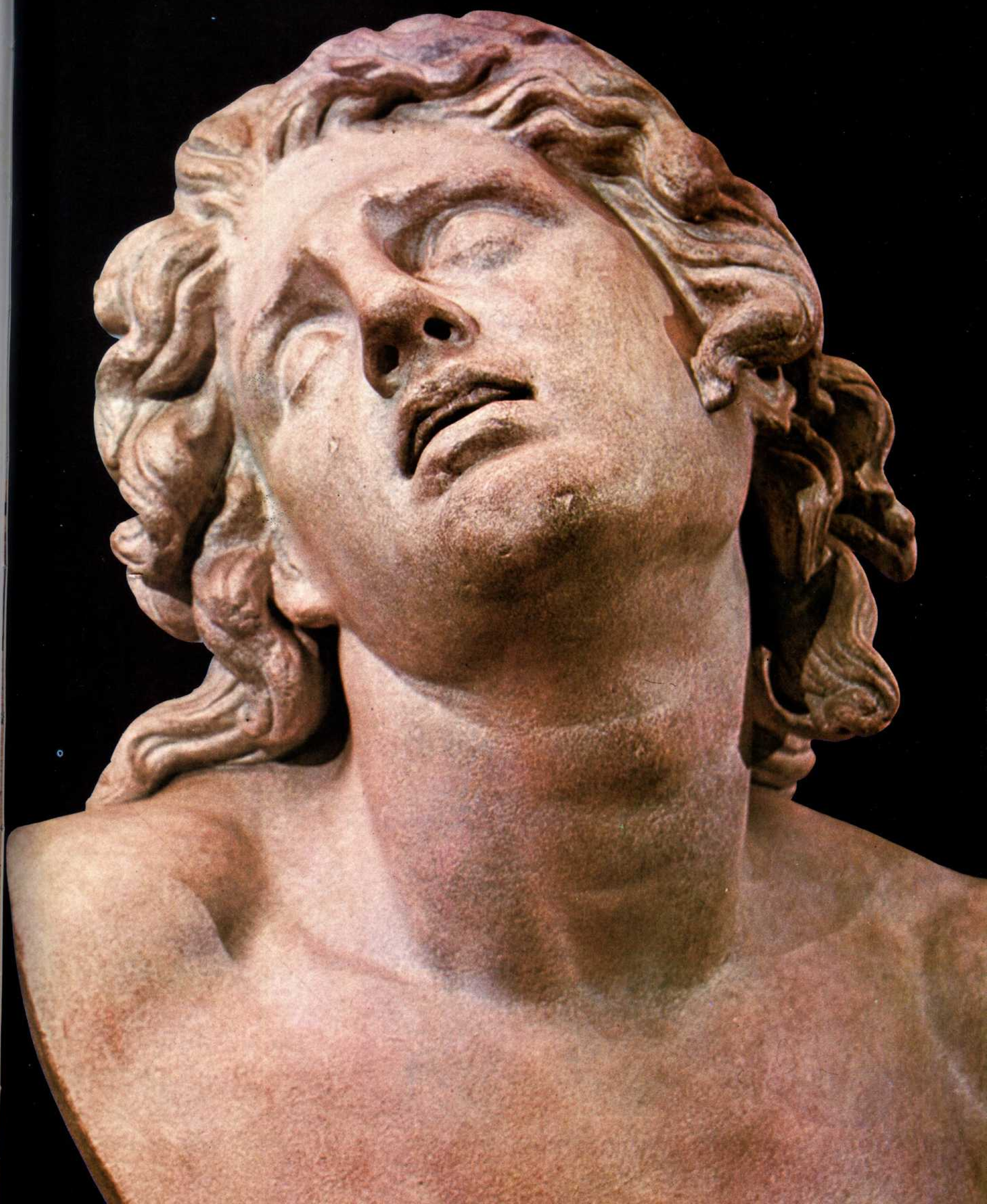
El momento culminante de las guerras de los *diádocos* se produjo en el 301 a.C., con la batalla de Ipso, en la cual el más notable de los generales de Alejandro, Antígono Monoftalmo (junto con su hijo Demetrio Poliorcetes), fue vencido por una coalición en la que sobre todo se destacó Seleuco; éste, señor del territorio que se extendía desde Siria hasta el Indo, continuó persiguiendo el milagro de Alejandro, de un dominio universal, hasta que fue asesinado en el año 280 a.C. La aparicidn de los celtas (aquellos a quienes los griegos llamaban *galatai* y habitaban Galitzia, la región histórica ruso-polaca que se extendía desde los Cárpatos hasta el Vístula), que siguiendo el curso del Danubio llegaron a la frontera de Macedonia y, a través de los Dardanelos, penetraron después en Asia Menor, obligó a Antíoco, hijo de Seleuco, y a Antígono Gónata, nieto de Antígono Monoftalmo, a concertar una paz que permitió a Antíoco derrotar a los galatai en el 275 a.C., dando lugar a un período de tregua relativa. Aproximadamente en esta fecha se perfilaron las dinastías macedonias que dominaron en el mundo helenístico hasta el encuentro decisivo con la potencia romana.

El reino más rico y poderoso fue el egipcio, que fundó Ptolomeo I Soter, el salvador, el más grande, prudente e inteligente de todos los *diádocos*. La dinastía de los Ptolomeos (o lagidas, de Ptolomeo Lagos, padre de Ptolomeo I) gobernó en Egipto hasta el año 30 a.C., cuando Cleopatra, tras su célebre relación con Antonio, suicidándose, puso fin a la última dinastía macedonia. Asia Menor, Siria y Mesopotamia quedaron en poder de los descendientes de Seleuco, y la disnastía de los seléucidas conservó Siria hasta el año 64 a.C. Este reino fue más inestable que el de Egipto, con el cual estuvo en permanente conflicto por el control de Palestina y Fenicia (región que, en aquel período, se



Izquierda: El sarcófago de Alejandro, del Museo de Estambul, enteramente esculpido con escenas inspiradas en la vida y las hazañas del conquistador macedonio, uno de los temas preferidos de los escultores helenísticos.

Derecha: Alejandro agonizante. Alejandro murió en Babilonia en el palacio que había pertenecido anteriormente a Nabucodonosor, en el 323 a.C., a los treinta y dos años de edad, mientras llegaban embajadores de todas partes del mundo para rendir homenaje al nuevo amo del universo conocido hasta entonces. Le acometieron las fiebres en el curso de un banquete, uno de los tantos con que se recibía a las delegaciones, mientras proyectaba ya otras empresas fabulosas. Esto es lo que se comunicó oficialmente. Pero examinando desde el punto de vista científico la relación de su agonía, son muchas las sospechas de que la causa de su muerte fue un envenenamiento con arsénico.





LOS SUCESORES DE ALEJANDRO

A la muerte de Alejandro, acaecida en el año 323 a.C., se presentó repentinamente el grave o casi insoluble problema de la sucesión: aspiraban al trono Filipo Arrideo, hijo ilegítimo de Filipo II (de hecho, hermanastro de Alejandro por la línea paterna), y el hijo póstumo de Alejandro Magno, que, Roxana dio a luz tras la muerte del conductor, al que dieron el nombre de Alejandro IV. Poco antes de morir, Alejandro había nombrado regente a Pérdicas, que a su muerte asumió el poder en representación del hermanastro de Alejandro y su hijo póstumo, hasta que quedase esclarecido a quien le correspondía el trono.
También llevó a cabo el reparto de las funciones administrativas entre los incondicionales de Alejandro: a Antípatro le correspondió Macedonia y Grecia; a Antígono, Frigia y Lidia; a Ptolomeo, Egipto, y a Lisimaco, Tracia.
Por consiguiente, en ausencia de un sucesor, los generales de Alejandro Magno decidieron adoptar una solución aceptable: los dos más influyentes, Pérdicas, *hipparco* (o sea jefe supremo de la caballería), que se encontraba en Babilonia, y Antípatro, a quien Alejandro había confiado Macedonia, asumieron las funciones de regentes de los dos aspirantes al trono (que, por otra parte, terminaron siendo asesinados al cabo de pocos años) y se propusieron mantener unido el imperio, resistiendo las tendencias separatistas de los otros generales o de los diversos sátrapas. Entre éstos figuraban, en primer lugar: Meleagro, antiguo jefe de la falange; Poro y Taxiles, sátrapas de las regiones orientales; Leonatos, Seleuco y Ptolomeo, que en esos momentos conducían las tropas macedonias en los alrededores de Babilonia; Lisímaco, que se encontraba en Tracia; Eumenes de Cardia, que gobernaba Capadocia; Crátero, gobernador de Cilicia; Peitón, sátrapa de Media, Antígono Monoftalmo, sátrapa de Frigia, y otros.
Pero pronto se demostró que esta situación era incontrolable, por cuanto entre todos estos generales y sátrapas se tramaban coaliciones que, con un complicado juego de alianzas en cambio continuo, llevaron a una serie de guerras que terminaron desmoronando el imperio.
Con la muerte de los regentes Pérdicas (en el 321) y Antípatro (en el 319, aunque su hijo Casandro ocupó su lugar y continuó su política con menos prestigio), y la desaparición de Leonatos y Eumenes de Cardia, entró en escena, alrededor del año 315, un grupo más restringido de pretendientes a la sucesión de Alejandro: Antígono Monoftalmo (que controlaba Frigia, Persia y Media, ayudado por su hijo Demetrio Poliorcetes), Ptolomeo (que se estaba creando un reino autónomo en Egipto), Casandro (que dominaba en Macedonia y Tesalia), Seleuco (sátrapa de Babilonia) y Lisímaco (que gobernaba Tracia, territorio relativamente pequeño, pero importante porque controlaba el paso del Bósforo).
La situación política aún seguía siendo complicada y se caracterizó por rápidas variaciones e imprevistos cambios de alianza durante los quince años posteriores, en cuyo transcurso se registró en los enfrentamientos entre los rivales un cierto predominio de Antígono Monoftalmo.
Antígono se proponía dividir a sus adversarios para derrotarlos por separado y anexionar sus dominios, hasta reconstituir la unidad del imperio de Alejandro, cuya mayor parte ya controlaba; pero esta política no dio resultado, pues sus enemigos, aunque desunidos por ásperas rivalidades, se apoyaron recíprocamente con oportunas alianzas, con el propósito de salvar los dominios donde cada uno de ellos estaba construyendo su propio reino particular.
Desde 315 hasta 301 tiene lugar la guerra de los *diadocos* que se disputan el trono de Alejandro hasta que en 306 se lleva a cabo la disolución del Imperio y se forman cuatro reinos.
En el 301, Antígono fue vencido y muerto por los rivales coligados en la batalla de Ipso, y, de hecho, esa fecha marcó el fin del sueño imperial de Alejandro y sus sucesores. Así puede afirmarse que, desde ese año, se inició la historia de tres grandes reinos; Egipto, regido hasta la conquista romana por Ptolomeo y sus sucesores; Macedonia, en la que reinaba Antígono I Gónatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, y el Imperio seléucida, que en tiempos de Seleuco I ocupaba un vasto territorio, desde las costas mediterráneas de Asia Menor hasta las tierras del Indo, que unidos a la madre patria, Grecia, todavía influyente aunque dividida en el orden político, dominaron el mundo helenístico.



Arriba: Mapa en el que figura la situación de los *diádocos* y de los generales y sátrapas más importantes de Alejandro, al producirse la muerte de éste.
Derecha: Tres monedas, donde se ha reproducido a Lisímaco, Filipo III Arrideo y Demetrio.
Página siguiente: Proa de una nave sobre una moneda macedonia de la época de Demetrio (arriba); busto de Antíoco III (centro); sarcófago de la época ptolemaica (abajo).

277-168 a.C.
Reino de Macedonia





Los líderes
Demetrio I Poliorcetes (307-283) / Antígono I Gonatas (283-239) / Demetrio II (239-229) / Antígono II Doson (229-221) / Filipo V (221-179) / Perseo (179-168).

Acontecimientos civiles
El reino de Antígono I Gónatas fue, para Macedonia, un período de prosperidad; el soberano transformó la capital, Pella, en un activo centro cultural adonde afluían los filósofos de la escuela estoica, como Perseo y Bion de Boristenes, historiadores como Jerónimo de Cardia y poetas de la talla de Arato.
Aunque sacudido por las guerras contra los romanos, también el reinado de Filipo V fue un período próspero.

Acontecimientos militares
En el año 264, Antígono derrotó a una coalición antimacedonia de ciudades griegas, encabezada por el espartano Areo y el ateniense Cremónidas (de ahí que se diera al conflicto el nombre de guerra Cremónica), reafirmando la hegemonía macedonia en Grecia. En el año 222, los macedonios vencieron en el sitio de Selasia a la Liga Aquea.
El choque con la potencia romana provocó una serie de conflictos (guerras Macedónicas): el primero concluyó en 205, con la paz de Fenicia; el segundo terminó en 197 a raíz de la victoria romana en Cinoscéfalos; inmediatamente después, los macedonios, derrotados, debieron renunciar a todo dominio en Grecia, ceder su flota y pagar un fuerte tributo; por último, el tercero concluyó en 168, en Pidna, donde los romanos obligaron a capitular a Perseo, haciéndolo prisionero, y transformaron a Macedonia en una provincia, desmembrada en cuatro distritos de constitución republicana, entre los cuales se hallaban prohibidas las relaciones comerciales e incluso los matrimonios.

305-64 a.C.
Imperio seléucida

Los líderes
Seleuco I Nicátor (305-304-281) / Antíoco I Sóter (281-261) / Antíoco II Theos (261-246) / Antíoco Ierace (246-227) / Seleuco II Callinico (246-226) / Seleuco III (226/225/223) / Antíoco III el Grande (223-187) / Seleuco IV Filopátor (187-175) / Antíoco IV Epífanes (175-164) / Antíoco V Eupator (164-162) / Demetrio I Sóter (162-150) / Alejandro I Balas (150-145) / Demetrio II (146-140) / Antíoco VI Epífanes (145-142/141) / Trifón (141-138, usurpador) / Antíoco VII (138-129 y 129-126) / Alejandro II Zabina (126-122) / Seleuco V (125) / Antíoco VIII Gripos (125-96) / Antíoco IX (116-95) / Seleuco VI (96-95) / Demetrio III (95-88) / Antíoco X (94-83) / Filipo I Epífanes (94-83) / Antíoco XI (94) / Antíoco XII (87-84) / Tigranes (84-69) / Antíoco XIII (69-64) / Filipo II (67-64).

Acontecimientos civiles
Fundación, en 301, de Antioquía, capital del Imperio seléucida, que toma su nombre de Antíoco. Con Seleuco II se independizaron de los seléucidas vastas regiones de Oriente, como Bactriana y Partia. También en Pérgamo se independizó la dinastía de los atálidas. Antíoco III acogió en la corte a Aníbal, él indujo al sirio a tomar las armas contra Roma, pero éste fue vencido y debió firmar la paz de Apamea (188).

Acontecimientos militares
En la batalla de Ipso, del año 301, Seleuco I, aliado a Lisímaco, derrotó y mató a Antígono Monoftalmo, el más poderoso de los diádocos, que aspiraba al dominio en todas las conquistas asiáticas de Alejandro. Victoria de Seleuco I sobre Lisímaco, rey de Tracia, en Curupedio, en el 281. Serie de conflictos entre seléucidas y Ptolomeos de Egipto por el control de Fenicia (Celesiria). Con breves intervalos, las hostilidades se prolongaron desde 274 hasta el 168 y se concretaron en seis guerras, llamadas siríacas, que concluyeron con la adquisición por parte de Siria de dicho territorio. Gran expedición a Oriente que cumplió Antíoco III, quien, entre los años 212 y 204, sometió a Bactriana y Partia a la autoridad seléucida. Antíoco III se enfrentó a la potencia romana y fue derrotado en las Termópilas en 191 y en Magnesia el año siguiente. La paz de Apamea concertada en 188, obligó a Antíoco a renunciar a sus fines expansionistas en Asia Menor, e impuso estrechos límites a su potencial bélico. A partir de este momento, los seléucidas debieron tolerar la injerencia de los romanos, quienes sistemáticamente, apoyaron las rebeliones de los vasallos y de las poblaciones autóctonas y se entrometieron en las cuestiones dinásticas. Tigranes, rey de Armenia, invadió Siria en el año 83. La intervención de los romanos liberó de Tigranes al país, pero lo privó de su independencia. Después de la muerte de Demetrio I se multiplicaron las disputas dinásticas.





305-30 a.C.
Egipto Ptolemaico





Los líderes
Ptolomeo I Sóter (305-285) / Ptolomeo II (285-246 / Ptolomeo III (246-221) / Ptolomeo IV (221-204/203) / Ptolomeo V (204-203-181) / Ptolomeo VI (181-164 y 163-145) / Ptolomeo VII Evergetes (170-163 y 145-116) / Ptolomeo VIII Neo Filopator (145-144) / Ptolomeo X Sóter (116-107 y 88-81) / Ptolomeo XI Alejandro (107-88) / Ptolomeo XII (80) / Ptolomeo XIII Dionisos (80-85 y 55-51) / Berenice IV (58-55) / Cleopatra VII (51-30).

Acontecimientos civiles
Ptolomeo I enriqueció a Alejandría con un faro monumental, una valiosísima biblioteca y un museo. Ptolomeo II terminó el canal entre el Nilo y el mar Rojo. Ptolomeo XII, en el año 80, dejó Egipto en herencia al pueblo de Roma.

Acontecimientos militares
Egipto se enfrentó a los seléucidas de Siria en una serie de guerras Ptolomeo IV venció a Antíoco III en Rafia, en 217. En cambio, su sucesor, Ptolomeo V, fue derrotado en Panión, en el año 200, por el mismo Antíoco III, con lo cual Egipto perdió todas sus posesiones asiáticas. Ptolomeo XIV, obligado por César a compartir el trono con Cleopatra, se rebeló contra los romanos en el 47.




conocía con la denominación global de Celesiria), dando lugar a una larga serie de guerras que se llamaron siríacas. Estas luchas debilitaron a los seléucidas en Asia Menor, a tal punto que Armenia, Capadocia, el Ponto y Bitinia se desligaron pronto, prefiriendo someterse al gobierno de reyes indígenas, aunque helenizados.

Uno de los Estados independientes más importantes fue Pérgamo, donde floreció, también en virtud del apoyo de Roma, la dinastía de los atálidas. Filatero y sus sucesores, Eumenes I y Atalo I (que reinaron desde el 241 al 197 a.C.), aprovecharon el eclipse del poder de los seléucidas para obtener gran prestigio en Asia Menor. Combatiendo contra los *galatai* y defendiendo con éxito la parte central y meridional del país, acrecentaron su territorio. Incluso el Asia Central se separó más tarde de los seléucidas; Bactriana, país helenizado sólo superficialmente, fue conquistado en el 248 a.C. por los partos, pueblo seminómada de estirpe irania que, bajo la dinastía de los arsácidas, también consiguió arrebatar Babilonia a los seléucidas, el año 129 a.C., y desde entonces el control efectivo de estos últimos quedó reducido solamente a Siria.

Otra gran dinastía se consolidó en Macedonia y Grecia durante el reinado de Antígono Gónatas. La dinastía de los antigónidas perduró hasta el 168 a.C., afianzada en Occidente por el pequeño pero sólido reino independiente de Epiro. Precisamente fue Pirro, rey de Epiro, quien debió encarar el primero de los muchos conflictos que, en el curso de los siglos siguientes, fueron imponiendo progresivamente a Roma sobre las monarquías helenísticas. A esta situación se debe agregar el enfrentamiento en Macedonia de las dos ligas de ciudades-estados que se formaron en Grecia por aquellos días, es decir, la Liga Aquea, al norte del Peloponeso, y la Liga Etolia, al noroeste de Grecia. Sus esfuerzos por conquistar un territorio más extenso ocasionaron frecuentes guerras, contra los Estados por separado y entre ambas ligas, y los antigónidas utilizaron hábilmente estos choques interviniendo en apoyo de una o de otra parte. Estas luchas continuas permitieron que la isla de Rodas lograra afirmarse en calidad de potencia independiente, merced a su poderosísima flota y a su posición, a caballo entre las vías marítimas de Oriente y Occidente. A lo largo de toda la era helenística, las grandes potencias le reconocieron tácitamente el cometido de combatir la piratería y salvaguardar la seguridad de la navegación en el Egeo. Una ley de su creación, que acataron todos los Estados helenísticos, regía los asuntos del comercio y la navegación internacionales, y los romanos, al absorberla, la convirtieron en fundamento de aquel derecho marítimo internacional cuyos principios siguen teniendo vigencia aún en nuestros días. Así, poco a poco, se fue desarrollando en el mundo helenístico una situación política muy compleja que no era fácil de encuadrar, basada en un sistema de potencias independientes y semiindependientes, cada una de las cuales vigilaba celosamente los movimientos de sus vecinas. Cualquier tentativa de un Estado individual de extender su territorio a expensas de los otros tropezaba con una enérgica oposición, porque indefectiblemente se formaba una coalición de otros Estados con la manifiesta intención de neutralizar ese propósito. Así, pues, se producía una especie de equilibrio de fuerzas que hacía imposible que alguna de estas potencias mantuviera una larga hegemonía.

El mosaico de Estados característico del mundo helenístico, además de las tres grandes potencias, Siria, Macedonia y Egip-

Izquierda: Tres monedas egipcias con Ptolomeo I (arriba), fundador de la dinastía de los Lagidas; Ptolomeo III (centro) y la cornucopia de los Ptolomeos (abajo), uno de los símbolos más comunes, grabados sobre las monedas de esta dinastía.
Derecha: Restos del conjunto de edificios dedicados a Hathor, en Kom Ombo, antigua Nubit. Esta ciudad del Alto Egipto, a escasa distancia de Assuan, sobre la orilla oriental del Nilo, fue uno de los centros más renombrados del arte egipcio tardío.
Los únicos vestigios, visibles aún, son un templo grecorromano, doble edificio consagrado a Sebek, el dios cocodrilo, y a Horus, un *mammisi* (edificio anexo al santuario donde se desenvuelven los misterios del nacimiento del dios), y una capilla dedicada a Hathor.





Izquierda: Busto que representa a Ptolomeo II Filadelfo. Este soberano reforzó el reino, combatiendo en el exterior contra los otros monarcas helenísticos (Antíoco I Sóter, de Siria; Antígono I Gonatas, de Macedonia; Antíoco II Theos, de Siria, y Antígono) y logró conservar sus posesiones en Asia Menor y en el Egeo. Además se ocupó de crear bases de apoyo al comercio a lo largo de las costas de Arabia y Africa oriental. En el orden interno, fue un continuador de la obra organizadora de su padre, dispuso la construcción, restauración y conclusión de grandes obras públicas (el Faro, la Biblioteca, el Museo de Alejandría, un canal entre el Nilo y el mar Rojo) y protegió y fomentó las artes y ciencias. Por último, instituyó el culto dinástico, que hizo tributar a sí mismo y a su esposa Arsinoé.

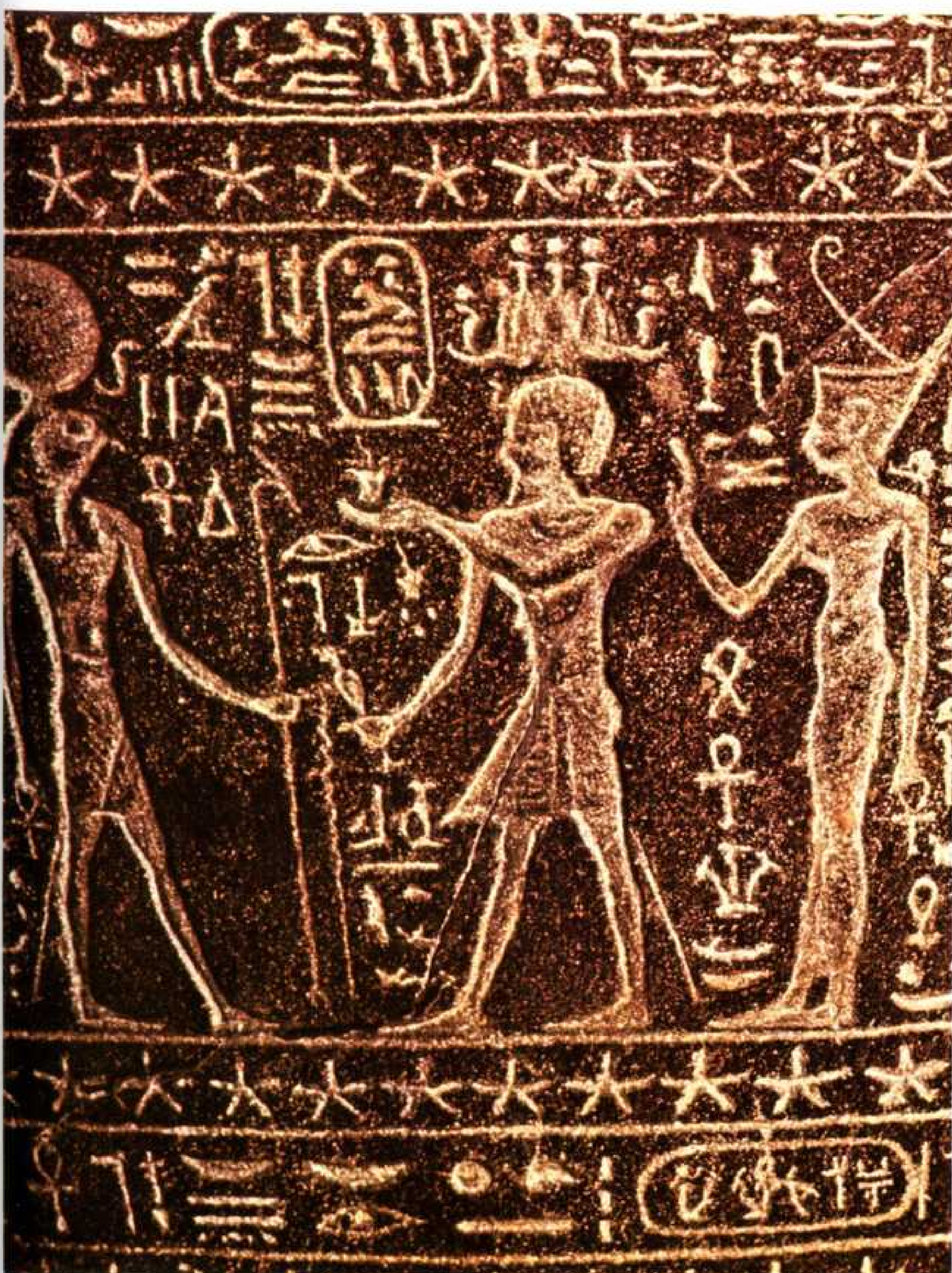
Derecha, arriba: Pilastra del templo dedicado a Horus, uno de los mejor conservados de la época ptolemaica, en Egipto, que se encuentra en Edfú. El nombre actual de la localidad, que los antiguos llamaban Edbo, recuerda un vocablo que indica el bajel que usaban los habitantes del Nilo para cazar con sus arpones a los hipopótamos que poblaban sus orillas y dañaban los cultivos.
La planta de la construcción repite el esquema clásico del templo egipcio, la decoración es exuberante y fastuosa. La actual construcción data de 240-210 a.C., en tanto que la parte decorativa se realizó desde el 170 hasta el 42 a.C. Horus, el dios de la ciudad, que según la tradición fue el creador del mundo, que construyó su nido sobre un bajel que emergió del primer océano, era adorado bajo la apariencia de un halcón que llevaba la corona del Reino del Sur.
Derecha, abajo: Otro retrato de Ptolomeo II, haciendo ofrendas a una divinidad (de un fragmento de vaso egipcio).

to, comprendía aproximadamente otra docena de pequeñas monarquías griegas o semigriegas: Epiro, en la península balcánica; Pérgamo, Bitinia, Ponto, Armenia, Capadocia y Galacia, en Asia Menor; el reino de los partos y Bactriana, en Asia Central; el reino del Bósforo, en Crimea actual; Cirene y el reino de Nubia, en Africa, y también muchas ciudades-estados independientes, además de las dos ligas griegas. En los confines de este mundo griego e influidos por él, en cierta medida, se habían constituido o estaban en vías de constituirse los bloques nacionales destinados a irrumpir en un futuro próximo en el mundo griego y a convertirse en protagonistas de los siglos siguientes. Se trataba de los diversos Estados tracios y celtas en la parte septentrional de la península balcánica, del reino escita y de los diversos reinos de los sármatas en las estepas de Rusia meridional, en tanto que, en Occidente, además de los griegos de Sicilia, las potencias más fuertes se hallaban representadas por Cartagena, sobre la costa africana; la confederación de las tribus galas o célticas, en la moderna Francia e Italia septentrional, y por la liga de las ciudades latinas en continua expansión bajo el poder de Roma. El juego de las tensiones de estas fuerzas determinó, esencialmente, el grandioso capítulo de la historia en los siguientes siglos.

Las ciudades fueron los vehículos principales de la cultura helenística, o sea, de la cultura entendida en sentido griego como sistema político, social, económico, científico y artístico. No es casual que la leyenda atribuya a Alejandro la fundación de setenta grandes urbes.

Los centros de cultura

Antioquía fue fundada en 301 por Seleuco I y se le dio ese nombre en honor de Antíoco, su padre. Se impuso como capital del reino seléucida y suplantó así a Seleucia, la gran ciudad-puerto sobre el Tigris, que se debió también a la iniciativa de Seleuco, y destinada a perdurar en Mesopotamia en calidad de uno de los principales centros del helenismo.
Juzgándola desde la perspectiva histórica, la función de la dinastía seléucida, ligada a la civilización griega más que cualquier otra, fue la de extender el helenismo hacia Oriente, haciendo que su influencia subsistiera aun en las regiones que escaparon muy pronto de su control directo, como fue el caso de Partia y Bactriana. Con el fin de favorecer el proceso de helenización, los seléucidas no encontraron nada mejor que fundar en

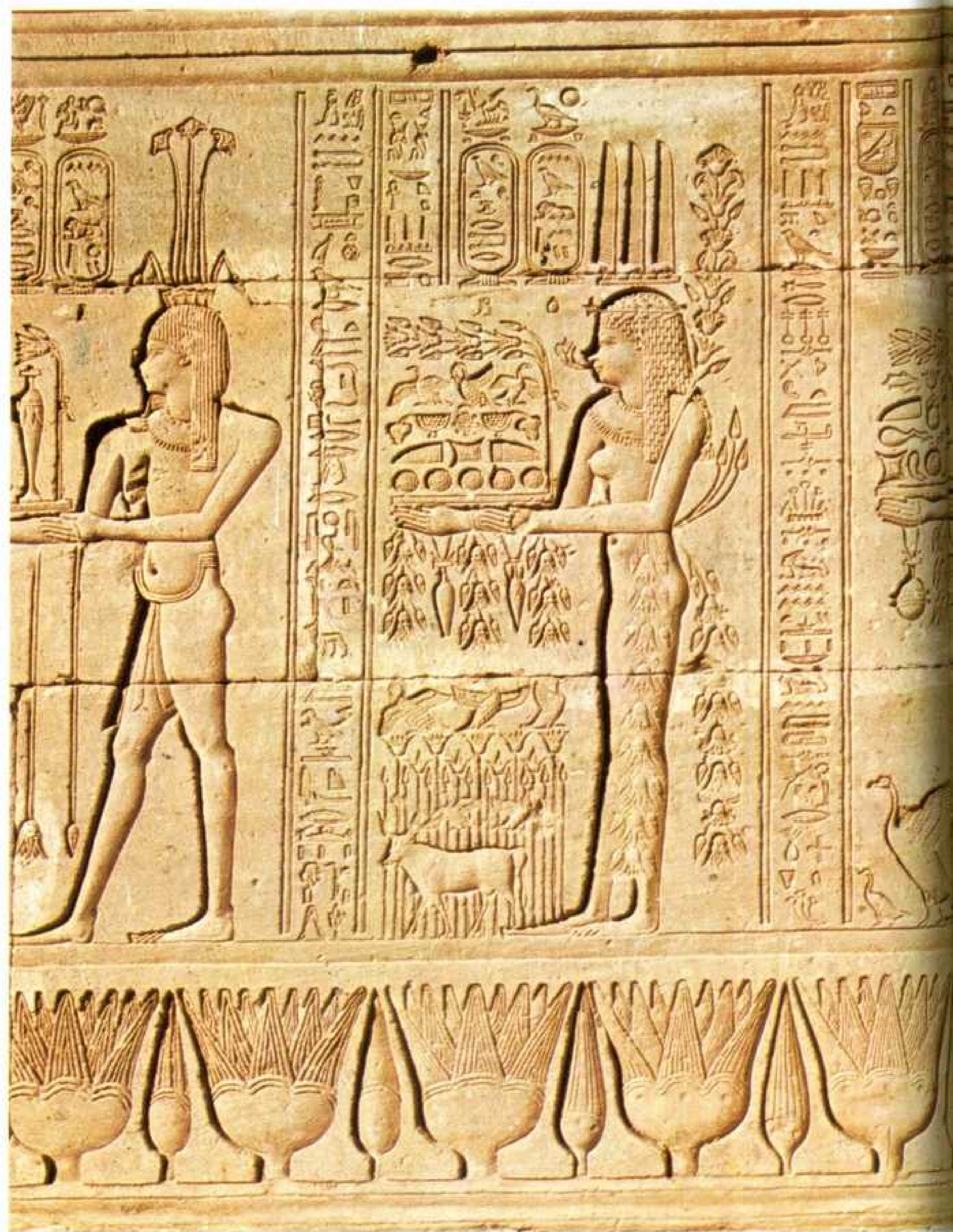


estas regiones muchas colonias, verdaderos crisoles en los cuales se amalgamaban formas, ideas, características griegas e indígenas. Por otra parte, éste había sido el ejemplo de Alejandro y fue la táctica que siguieron también las otras dinastías helénicas para consolidar su dominio sobre los pueblos sometidos. Las ciudades seléucidas (Laodicea, Apamea, Berea, Dura-Europos, Alejandría de Margiana, por citar unos cuantos nombres), situadas en puntos geográficos favorables, sobrevivieron hasta la desaparición del imperio seléucida, y, aun en tiempos de la dominación romana y de otras, fueron centros de intensa vida económica, cultural y religiosa. Sin embargo, es necesario agregar que, muchas veces, la civilización helénica fue sólo un barniz que disimulaba la persistencia de las diversas culturas autóctonas. Esto explica la multiplicación de las rebeliones locales y la facilidad con que se perdieron las regiones orientales del imperio seléucida, bajo la presión de los arsácidas primero y de los sasánidas después. Sea como fuere, fue sobre todo en estas regiones donde tuvo lugar, antes que en ningún otro en el campo religioso, esa mezcla de cultos griegos y orientales que más tarde estaría destinada a invadir incluso Occidente.

La importancia de Antioquía está directamente ligada al papel que desempeñaron los seléucidas en la helenización de las zonas más interiores de Asia. Situada en el punto de intersección de las rutas de Siria, poseyó una famosa biblioteca, cuya dirección estuvo sucesivamente a cargo de ilustres personajes. Alcanzó su máximo esplendor durante el gobierno de Antíoco III el Grande, entre los siglos III y II a.C.

Este soberano, protector de las letras y las artes, ambicioso y propugnador de los planes de gran alcance político, infatigable caudillo y sagaz diplomático, halló en el poderío de los romanos el obstáculo insuperable que le impidió llevar a la realización su designio de reconstruir el imperio de Alejandro. Persiguiendo esta finalidad, consolidó primero el poder interno y reprimió los levantamientos que estallaron en distintos sitios (Molón, 221;

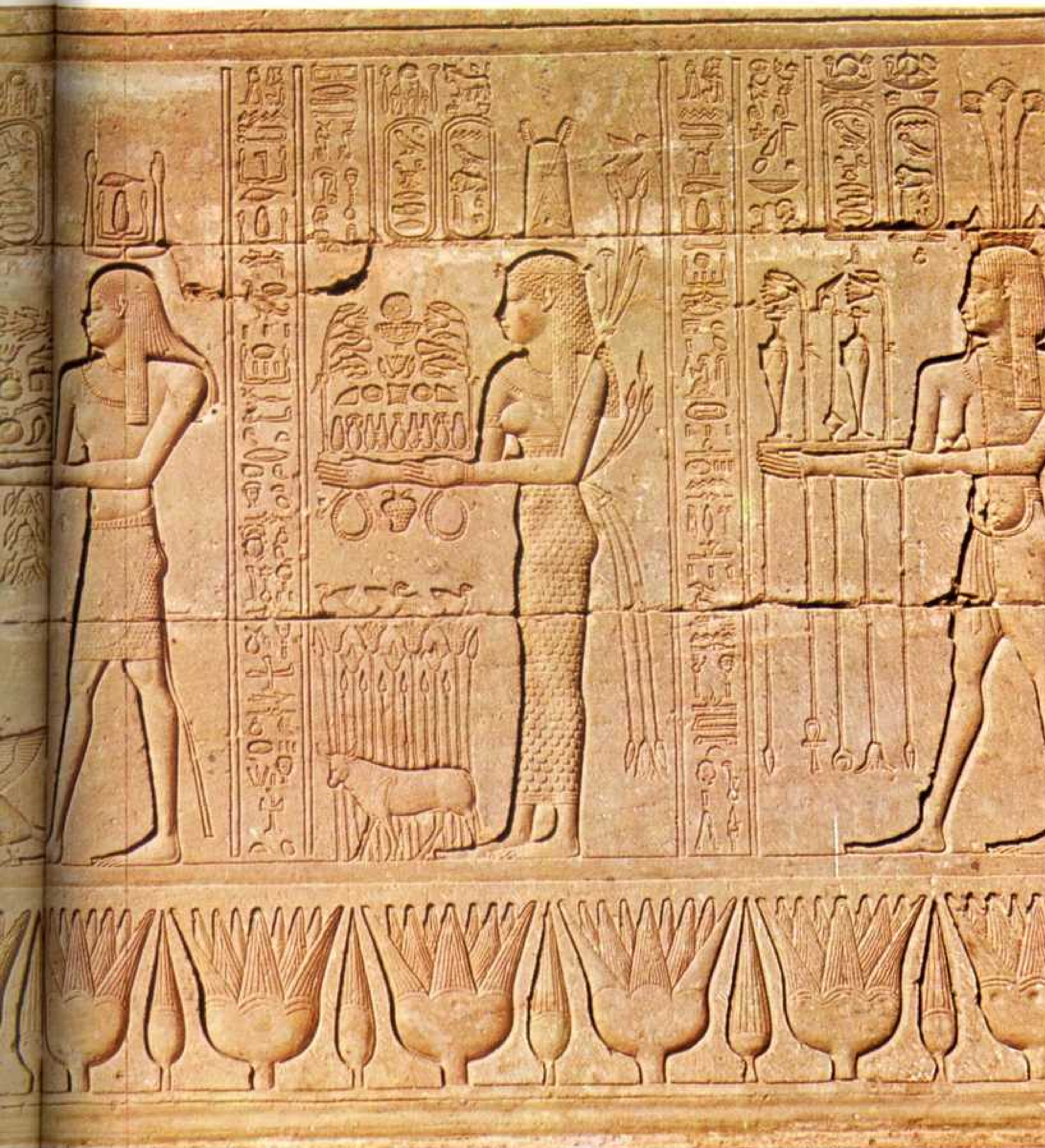
Aqueo, 214-213); después, por espacio de siete años (212-204), con una grandiosa expedición a Oriente, siguió las huellas de Alejandro: reconquistó la zona meridional de Armenia, Partia y llegó hasta el Indo con la ilusión de poder extender todavía más en aquellas comarcas remotas la soberanía de una dinastía macedonia. En realidad, Oriente se había perdido. El gran rey tuvo mejor fortuna en las luchas que libró contra los Ptolomeos de Egipto por la posesión de Celesiria; el problema de Celesiria era un factor irritante en las relaciones de ambos países. Ese furor se explica por la circunstancia de que de Celesiria, o sea de Líbano y Palestina, provenían las maderas preciosas indispensables para los astilleros navales de los dos países. Y, evidentemente, poseer una flota poderosa era la principal condición para el dominio en los mares, al que ambos aspiraban. Derrotado en Rafia (217) por Ptolomeo IV, se tomó el desquite en el año 200, en las cercanías de Panión, en el nacimiento del Jordán. Venció a los egipcios de Ptolomeo V, ocupó Celesiria en el 198 y Egipto se la cedió después definitivamente.
Puede decirse que su triunfo final fue la última página gloriosa de su dinastía. En Occidente se perfilaban las primeras escaramuzas de la nueva potencia romana, y Antíoco, que había otorgado imprudentemente su amistad a Aníbal, el más encarnizado enemigo de Roma, fue el primero de los soberanos helénicos que experimentó la invencible fuerza de las águilas romanas. La paz de Apamea, concertada después de los desastres de las Termópilas y Magnesia, da una nueva dimensión a las ambiciones del gran Antíoco.
Después de él, la historia de Siria se limita a un cuadro desolador de rebeliones internas fomentadas o apoyadas por Roma, de intrigas dinásticas y de capitulaciones cada vez más frecuentes y mayores frente a la potencia romana, hasta la capitulación final, en el 64 a.C., cuando Siria se entrega a Pompeyo, para convertirse en una de las provincias del Imperio romano.
En cambio, la vida económica y cultural de Asia Menor se concentraba en torno a Pérgamo, la capital del reino de los atálidas. Estos reyes fueron muy amantes de la cultura y la favorecieron de todas formas. El gran matemático Apolonio de Perga vivió largo tiempo en Pérgamo y dedicó a Atalo I los últimos cuatro libros de su importantísima obra sobre los elementos cónicos. También fueron estrechos los lazos de la cultura del reino de los atálidas con los filósofos contemporáneos de la Academia y el Liceo de Atenas, en tanto que en el célebre altar de Pérgamo se resume bien toda la tendencia a la grandiosidad y a la magnificencia de aquel ambiente asiático y se hace aparecer a Atalo I como salvador del helenismo, exaltando su victoria sobre los *galatai* (año 239 a.C.).
El propio Atalo I, autor de un libro de geografía que Estrabón elogió, fundó la famosa biblioteca donde se coleccionaron tantos libros que, después del incendio de la de Alejandría, Marco Antonio pudo enviar en donación a Cleopatra más de 200.000 volúmenes de la biblioteca de Pérgamo. Según la leyenda, a causa de la rivalidad con la biblioteca de Alejandría, el rey de Egipto prohibió la exportación del papiro; en consecuencia, en Pérgamo se inventó el pergamino.
El pergamino se obtiene preparando la piel de cordero, de carnero, de asno, de potro, de becerro y de cerdo, y cuanto más lisa y suave es la piel que se utiliza, más se lo aprecia. Resultaba más resistente que la hoja de papiro y ofrecía por añadidura



Restos de las ruinas de Denderah, centro del Alto Egipto, en la ribera izquierda del Nilo. Si bien este centro fue un lugar de culto hasta la edad protohistórica, y en la construcción de sus edificios sagrados participaron Keops, hasta el III milenio, y después Pepi I y Thutmosis III, la localidad es célebre por el templo dedicado a Hathor, el mejor conservado y que, en su estado actual, pertenece a una época tardía. En gran parte, la importancia del templo se halla ligada al hecho de que el estudio de las inscripciones esculpidas en las paredes ha permitido reconstruir en detalle las ceremonias rituales de los tiempos ptolemaicos.



Derecha: Estela greco-egipcia, en granito gris, perteneciente al Museo de El Cairo.





Dos ejemplos de la conjunción de los elementos egipcios y griegos, en obras del período ptolemaico.
Arriba: Dama vestida a la usanza típicamente griega, flanqueada por figuras de tradicionales divinidades egipcias (en una estela que se conserva hoy en el Museo de Alejandría).

Izquierda: Relieves del templo dedicado a Hathor.
Abajo: Una de las zonas del templo en el que se aprecia la vegetación.



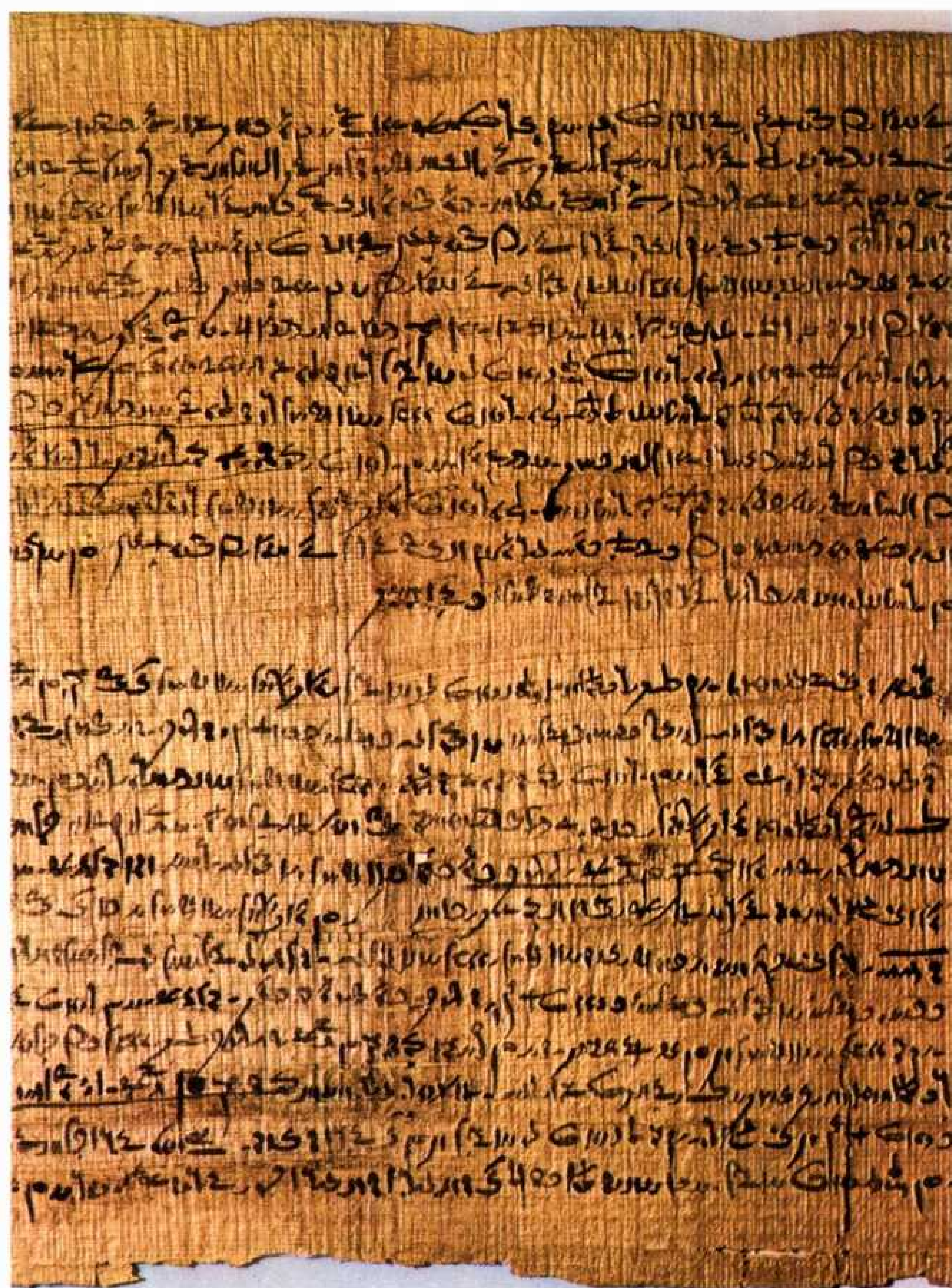
la ventaja de que se podía escribir sobre ambos lados. No obstante, el uso del papiro perduró varios siglos y fue sustituido progresivamente por el pergamino sólo a partir de los siglos III-IV, cuando se difundió el *codex*, que llevaba las páginas escritas en las dos caras.
Leyendas aparte, los soberanos de Pérgamo (y especialmente los más destacados, o sea Atalo I, Eumenes II y Atalo II) comprendieron un siglo antes que los otros monarcas helenísticos que era mejor ser aliados de los romanos dado que eran invencibles. Fue precisamente esta política realista de alianza con el más fuerte lo que permitió el engrandecimiento de los atálidas, a expensas de sus vecinos, y que extendieran su hegemonía en los reinos más o menos helenizados de Asia Menor. Protegidos por el escudo romano, no tuvieron rivales en el Egeo, dominado por su flota. Mediante una previsora política de concesiones y de halagos lograron granjearse una especie de ascendiente moral sobre muchas ciudades griegas, entre ellas Atenas. Pero la alianza programática con los romanos era un arma de doble filo porque, iniciada sobre un plano de igualdad con Atalo I, a medida que fue creciendo el poderío de Roma estuvo destinada a convertirse en una forma de tácita sujeción. Y efectivamente fue lo que ocurrió en tiempos de Atalo III: Pérgamo asumió el papel de gestor subalterno de los intereses romanos en Oriente, hasta tal punto que cuando el mismo Atalo, que no tenía herederos directos, decidió dejar, al morir, su reino en herencia al pueblo romano, nadie se asombró. Los romanos aceptaron agradecidos la donación e hicieron de Pérgamo la capital de la provincia de Asia.

El nuevo Egipto

Entre las muchas y espléndidas ciudades helenísticas, la mas resplandeciente fue por cierto Alejandría, capital política de Egipto y capital cultural de todo el mundo helenístico.
Fundada por Alejandro Magno según los principios urbanísticos que Hipodamo de Mileto había aplicado ya en El Pireo, poseía dos puertas: una al sur, sobre el lago Mareótide, alimentado por canales afluentes del Nilo; otra al norte, sobre el Mediterráneo, entre la ciudad e isla de Faros (donde se alzaba la muy célebre torre con el faro, de 120 metros de altura, una de las Siete Maravillas del mundo). La isla fue unida al continente por medio de un muelle que, en cada uno de sus extremos, dejaba dos aberturas para el tráfico naval.
Desde el interior, a lo largo del Nilo, descendían los productos de Africa negra e incluso los procedentes del comercio en el mar Rojo, del golfo Pérsico y la India, que, después, partían de Alejandría hacia el Norte. Puesto que la costa llana de la desembocadura del Nilo se prestaba bien a las invasiones y correrías venidas del mar, como lo demostraba claramente la historia de los siglos previos, los nuevos soberanos de Egipto pensaron

Izquierda: Vista del templo de Isis, en Filaé, isla que, en el pasado, quedaba sumergida con cada crecida del Nilo y que hoy ha resurgido después de regular, mediante diques, las aguas del río.
Izquierda, abajo: Moneda de Ptolomeo V Epífanes.

Derecha: Papiro del período ptolemaico (170 a.C.), que consigna el fallo de un proceso civil respecto de una propiedad territorial disputada entre los hijos del primer y segundo matrimonio del difunto.
Abajo: Busto de hombre, que viste toga (Museo de El Cairo). La toga y el rostro derivan del arte griego; en cambio, es egipcia la disposición de los brazos y la clásica postura del paso hacia adelante.





cerrar los accesos al mar con un cordón de guarniciones navales que tenía en Alejandría su base de operaciones. Estrabón pudo decir así que Alejandría era el centro comercial y estratégico más importante de toda la tierra, y no exageraba, si nos detenemos a pensar que para abastecer de granos a todo el mundo (el que se conocía entonces, desde luego) había que pasar necesariamente por allí. Aún yacen en el fondo del Mediterráneo millares de ánforas usadas para transportar aceite, vino y cereales, como testimonio de tanta riqueza.
Cambió así una secular situación que consistió en la primacía comercial que tuvo Grecia durante los tres siglos anteriores, debido a la inteligencia de sus habitantes y no ciertamente a la fertilidad de sus tierras, para pasar directamente a Egipto.
En calidad de residencia de los Ptolomeos, Alejandría, que en el siglo I a.C. tenía medio millón de habitantes, desempeñaba una función de asimilación de las diversas razas y culturas, más que las otras grandes ciudades helenísticas. Por allí pasó la cultura judaica en su viaje hacia Occidente, porque fueron precisamente los hebreos de Alejandría los que tradujeron al griego el Antiguo Testamento. Además, la atmósfera de confrontación de las ideas filosóficas y religiosas que se respiraba en la capital egipcia fue determinante para la absorción de la cultura griega por parte del cristianismo.
Embellecida con todo género de templos y monumentos, alegrada por fastuosas fiestas, la cosmopolita Alejandría ofrecía mil ocasiones de diversión y placeres a quienes los buscaran, así como gloria, fama o quehaceres intelectuales. «Todo lo que puede hallarse en otra parte (escribe el poeta Herodiano) se encuentra en Egipto: dinero, certámenes, ejércitos, clima saludable, gloria, juegos, filosofía, oro, vino..., todo lo que se puede desear: ¡y, por Proserpina, tantas mujeres como estrellas hay en el cielo, bellas como las diosas... que se presentaron ante Paris para que éste dictaminara!»



EL MONOPOLIO DEL LINO

Pese a una sugestiva leyenda griega que remonta a Aracné, la mítica tejedora lidia, es más verosímil que la invención del hilo de lino se deba a los antiguos habitantes de las riberas del Nilo, que fueron los primeros en utilizar la planta del lino como fibra textil, al menos para los usos sagrados, si no para los profanos. En efecto, desde los tiempos del Imperio Antiguo, las momias egipcias se envolvían en vendas de finísima factura, confeccionadas con fibra de lino. Se presume que desde Egipto el cultivo y la elaboración de la preciosa planta se difundieron a los países de Oriente, sobre todo en aquellos que estuvieron sometidos durante siglos a la influencia de la civilización egipcia. En cambio, en lo que respecta a los demás pueblos del Mediterráneo antiguo, los tejidos de lino fueron siempre una mercancía de importación, rara y costosa. Hasta la era de Pericles, Grecia clásica vistió a sus hijos de lana. Sólo unos pocos privilegiados podían darse el lujo de usar el lino. Y aun en Roma las prendas de lino constituían un signo de opulencia, una mercancía exótica que los tradicionalistas no miraban con buenos ojos. Fue necesario llegar a la época del Imperio antes de que los tejidos de lino tuvieran una difusión comparable a la de la lana. Y el mérito de esto correspondió a Egipto helenístico, que durante el reinado de los Ptolomeos, y luego en calidad de provincia romana, se especializó hasta tal punto en la elaboración del lino que ejerció prácticamente un monopolio en la producción y el comercio de éste.

La *Historia natural*, de Plinio el Viejo, nos narra cómo se fabricaba el lino en el período romano. Pero es indudable que el procedimiento era invariable desde milenios atrás.

Las plantas maduras (cuyos sépalos, de característica persistencia, encierran en unas cápsulas las semillas) se arrancaban en primavera, poco antes de segar los cereales, y sus tallos se unían cuidadosamente, con el fin de formar un haz con las cápsulas, perfectamente niveladas, pues de esta manera resultaba fácil desgranarlas. Esta última operación se ejecutaba en los primeros tiempos mediante golpes con un mazo; más tarde (a partir del Imperio Medio), recurriendo a una máquina de madera que agilizaba mucho la tarea de separar las semillas. Es probable, aunque no ha podido comprobarse, que éstas se utilizaran en la producción de aceite.

Sea como fuere, primero se secaban los tallos al sol y después se los tenía sumergidos en agua para macerarlos, siempre expuestos al sol. Cuando estaban bien secos, se los sometía a la operación de golpearlos con martillos especiales. Descartada la estopa (que se empleaba para las mechas de las lámparas), las finas fibras del interior se peinaban, blanqueaban, hilaban y tejían en telares especiales. A esta altura de la elaboración intervenía el Estado, que, con sus funcionarios omnipresentes, ejercía un riguroso control de la producción. Se inscribía en un registro a todos los telares, y los tejedores debían, sin excepción, abastecer en primer lugar al Estado, de acuerdo con precios fijados por éste. Después debían proveer a los templos, según sus diversas necesidades. Finalmente, el que sobraba estaba a disposición del tejedor, para su uso personal y para el mercado. Por medio de este sistema, mitad libre y mitad sujeto a las órdenes superiores y a la protección del Estado, la industria del lino se mantuvo próspera por espacio de siglos y constituyó una importantísima fuente de riqueza para el pueblo y la economía egipcia.



Las distintas fases de la elaboración del lino, indicadas mediante fragmentos conservados en el Museo Egipcio de Turín. Desde el producto en bruto (abajo, izquierda), por intermedio de varios procesos de elaboración, se lograba obtener la fibra, primero en gruesas trenzas (abajo, derecha); después en madejas (arriba, derecha); finalmente se hilaba todo, llegándose a producir largas tiras de tejido que se conservaban en rollos (arriba, izquierda).

Los Ptolomeos supieron insertar el helenismo, de un modo pacífico y persuasivo, en las tradiciones y en el sentimiento religioso de los egipcios. Por su parte, se mostraron dispuestos a acoger los usos y costumbres egipcios. El rey y la reina se consideraban de origen divino igual que los antiguos faraones y, después de su muerte, eran objeto de un culto sagrado.
Esta orientación general de adaptación a las tradiciones nativas habría de establecer ineludiblemente relaciones amistosas en todo el vasto territorio, subdividido, gobernado y controlado con una administración capilar que fusionaba el poder militar y civil en una especie de sistema feudal, apto al mismo tiempo para dominar y helenizar.
Sin embargo, no siempre fueron brillantes los resultados de este esfuerzo de integración del elemento autóctono con el griego. Incluso porque los dos grupos étnicos, orgullosos de su pasado, se consideraban cada uno superior al otro. Además, la convivencia se complicaba por la presencia de un tercer grupo, sólido y emprendedor, el de los hebreos, reacios como siempre a dejarse asimilar.
Sea como fuere, durante el reinado de los tres primeros Ptolomeos (un hecho curioso es que los dieciséis soberanos de la dinastía tomaron este nombre), la paz social estuvo asegurada merced al predominio del elemento grecomacedonio, en el que se fundaba sobre todo el poder militar de la dinastía. Efectivamente, por espacio de más de un siglo se reservó exclusivamente a los griegos el honor de llevar las armas. Estos eran unos pocos millares de soldados profesionales, bien pertrechados, encuadrados y pagados. Ptolomeo I Soter se valió de ellos para recortar su parte de herencia del imperio de Alejandro; también lo hicieron los sucesores de éste, Ptolomeo II Filadelfo y Ptolomeo III Evérgetes, con el fin de aplacar la política expansionista de los seléucidas de Siria.
La situación cambió radicalmente con Ptolomeo IV Filopátor. Este cuarto Ptolomeo, débil y corrupto, debido a que probablemente carecía del dinero necesario para enrolar a los costosos mercenarios griegos o bien porque fue mal aconsejado, empleó en lugar de éstos a tropas egipcias, menos exigentes e igualmente combativas. La intervención de estas tropas, que dieron óptimas pruebas de su capacidad venciendo a los sirios en el 217 en la batalla de Rafia (la última victoria de los ejércitos egipcios), significó un refuerzo de la conciencia nacional del elemento egipcio. Desde el momento en que tomaron conciencia de su fuerza, los egipcios pretendieron ejercer una mayor influencia en la vida política del país. Y, a efectos de hacerse notar, co-

Izquierda, arriba: Ptolomeo VII Evergetes y unas divinidades, en un relieve del templo de Kom Omb. Durante el reinado de Ptolomeo VII tuvieron lugar continuas disputas dinásticas que contribuyeron a debilitar a Egipto, ya en decadencia política.
Página siguiente: Relieve sobre una roca, en Nimrud Dag, que testimonia hasta qué punto estuvo siempre amenazado el reino seléucida por enemigos exteriores y secesiones internas. En efecto, en el relieve se ha representado a Heracles con Antíoco I, rey de Commagene, provincia seléucida que se convirtió en reino independiente en el año 162 a.C.

PESAS Y MEDIDAS EGIPCIAS

El pueblo egipcio fue el primero del Mediterráneo que tuvo un sistema bien organizado de pesas y medidas, con unidades normativas perfectamente determinadas. La unidad de longitud era el «codo», una distancia que equivale aproximadamente a la del hueso homónimo del antebrazo humano, desde la articulación hasta el pulgar, y que corresponde a 524 milímetros. El codo se subdivide en 28 «dedos», y, a su vez, cuatro dedos constituyen un «palmo».
En cambio, el sistema de medidas del peso seguía un criterio que se puede calificar de decimal: la unidad básica era el *kite*, equivalente, en las diversas épocas de la historia egipcia, a un peso distinto, comprendido no obstante entre los 4,5 y 29,9 gramos; diez *kite* constituían un *deben*, diez *deben* formaban un *sep*. Las pesas eran piedras o piezas metálicas de variada forma, que a menudo reproducían animales, y de tipos muy diversos (más de 3.400). Es interesante también el sistema de medidas de los líquidos, cuya unidad básica era el «codo cúbico» (equivalente a 0,14 de un codo lineal), siendo las otras unidades, en orden creciente, el *khar*, el *hekat*, el *hin* y el *ro*.
En materia de medidas es curioso observar que los egipcios dedicaron escasa atención a las monetarias. Durante el Imperio Antiguo se usaron como piezas de cambio más o menos todos los metales de que se disponía (el oro, la plata, el cobre, etcétera), en casi todas las formas posibles.
Sólo en el curso del Imperio Medio se generalizó el uso del *deben* como unidad ponderal, inclusive en el campo de las finanzas, con sus fracciones: el *qedet* y el *shati* (respectivamente, un décimo y un duodécimo del *deben*).
Existía entre los tres metales una relación fija, según la cual hacían falta 100 *deben* de cobre para formar uno de plata, y dos *deben* de plata para formar uno de oro.


Instrumentos egipcios para medir la longitud, semejantes a nuestras reglas o a los metros plegables (abajo) y dos series de pesas en escala, constituidas por piedras alisadas o piezas metálicas (arriba).

UNA CIVILIZACION QUE DESAPARECE

Nacido de las hazañas de un conquistador, Alejandro, el mundo helenístico se extinguió a medida que tomaba contacto con los romanos, otros conquistadores. La civilización, la cultura, pueden muy poco contra la fuerza de los ejércitos, ésta es una de las leyes de la humanidad. Ni siquiera la ciencia logró contrarrestar a la fuerza bruta, como lo demuestran las vicisitudes de Arquímedes, uno de los científicos más destacados del mundo helenístico. Se trasladó a Alejandría cuando era joven aún y extrajo sumo provecho de las lecciones del ilustre matemático Euclides, que había fundado una importante escuela en esa ciudad. Una vez de regreso, en su patria, se dedicó exclusivamente a los estudios científicos realizando multitud de experimentos y efectuó muchos descubrimientos importantes mediante los cuales estableció teorías fundamentales que perduran hasta nuestros días.

No obstante, el inventor del tornillo sin fin, de la palanca, de la polea, de la rueda dentada, el descubridor de tantos principios de física no pudo impedir que la ciudad fuese conquistada. Antes bien, por una atroz burla del destino, mientras se hallaba absorto en la solución de un problema en el jardín de su casa no advirtió que un legionario romano le dirigía la palabra; lo ignoró, y el soldado, sin pensarlo mucho, le atravesó el cuerpo con su espada. De esta forma el pensamiento y la razón, resultaron aniquilados por la fuerza de la espada, al igual que el helenismo fue atropellado por Roma.

Ni siquiera la astucia, la fascinación, la inteligencia de una mujer que representaba a Egipto, uno de los países donde la cultura helenística alcanzó sus máximas expresiones, consiguieron menguar la implacable voluntad de conquista de Roma. Cleopatra, casi dos siglos después de Arquímedes, comprendió que no podía combatir a los romanos, que no podía vencerlos abiertamente: el único camino era tratar de mantenerse libre e independiente apelando a su encanto, a su refinamiento, a su secular cultura, cualidades todas éstas que tenía en común con el helenismo que era todo su mundo.

Pero también en esta clase de enfrentamiento se sale perdedor. El mundo tenía un nuevo amo: «Civis romanus sum», soy ciudadano de Roma, decían orgullosamente los nuevos conquistadores. Todo lo demás no contaba.



Izquierda: Soldado romano, en un relieve de marfil del siglo III a.C. Roma declaró la guerra a Siracusa en el año 215 a.C. irritada porque la ciudad, en la que dominaba Jerónimo, tirano de Siracusa, se había aliado con Cartago, su mortal enemiga. La ofensiva de los romanos fue conducida por M. Claudio Marcelo, tan hábil y valeroso que mereció el apodo de «espada de Roma».

Derecha: Retrato de Arquímedes, uno de los más grandes científicos del mundo helenístico. Nativo de Siracusa, fue autor de importantes descubrimientos en el campo de la matemática y la física. Se unió a la defensa de Siracusa: entre las aplicaciones bélicas de sus conocimientos científicos pueden citarse grandes máquinas de guerra, capaces de lanzar dardos y piedras a mucha distancia, y un sistema de espejos mediante los cuales logró hacer que convergieran los rayos del sol sobre los navíos enemigos incendiándolos.



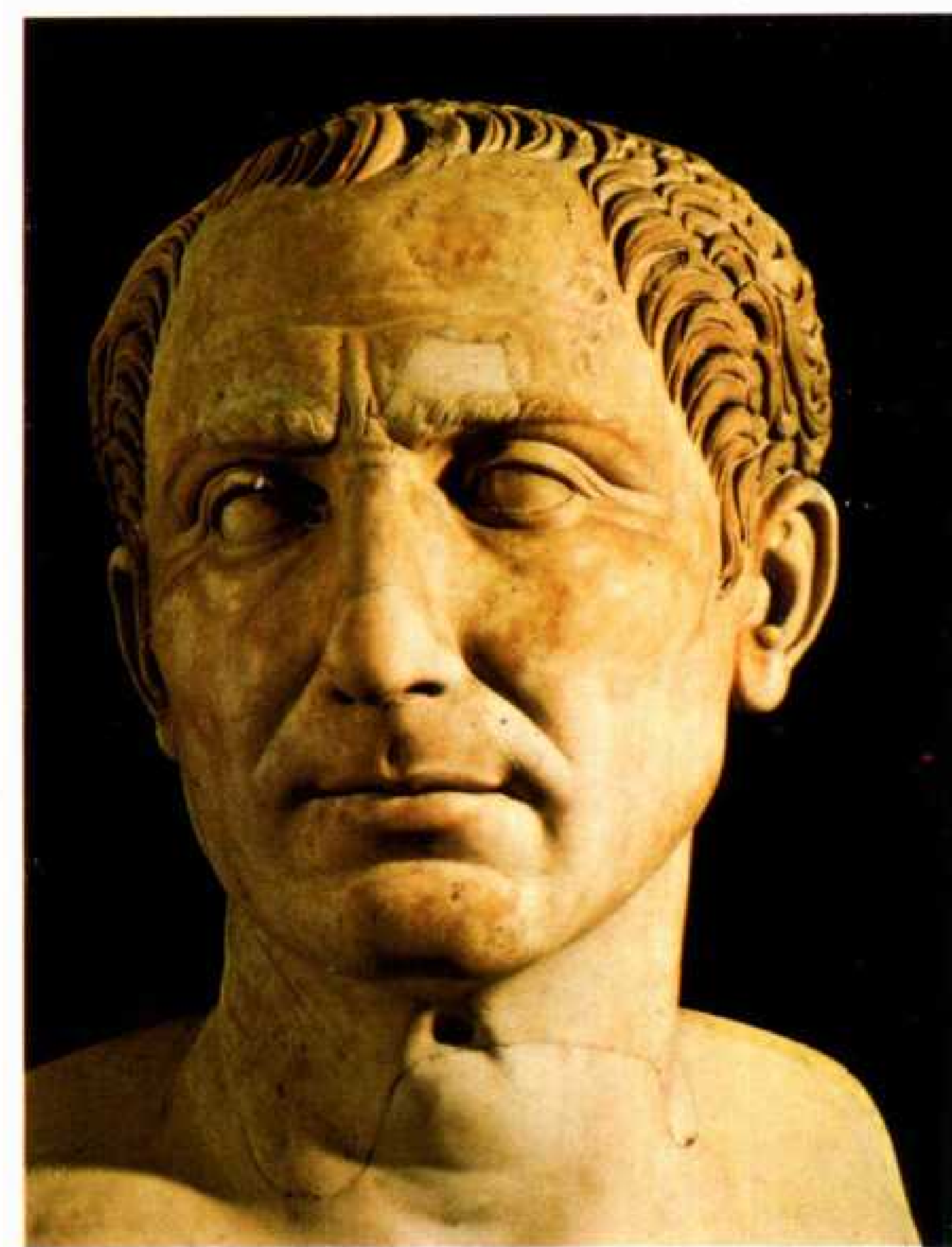
Proa de nave romana sobre una moneda de la época republicana. El sitio de Siracusa se efectuó por mar y por tierra, pero la ciudad resistió durante dos años merced a las poderosas fortificaciones y a la ingeniosa estrategia de Arquímedes. Conquistada en 212, Siracusa fue saqueada por los romanos y, en esos momentos, un legionario dio muerte a Arquímedes, a pesar de que Claudio Marcelo había ordenado que se le perdonara la vida. Al parecer, el científico, absorto en la solución de un problema, no advirtió que un soldado romano le dirigía la palabra, y éste lo mató, encolerizado al no recibir respuesta.





Abajo: Busto de Julio César, el conquistador romano que, llegado a Egipto en el año 48 a.C., después de la victoriosa batalla de Farsalo, entró en la ciudad como dominador y se instaló en el Palacio Real con la intención de erigirse en árbitro en la disputa dinástica que afligía al país. Sin embargo, no pudo sustraerse a la seducción de Cleopatra VII (arriba), a quien asoció al trono y apoyó en sus designios dinásticos. Muerto César, Cleopatra se unió a Marco Antonio, y continuó en el poder sin ser molestada hasta la desafortunada batalla de Azio.

Izquierda: La columna de Pompeyo, en Alejandría (Egipto), uno de los poquísimos restos de la época romana que conserva la ciudad. Alejandría, tal vez el centro más vital de la cultura helenística, fue conquistada en 642, y luego en 646 por los árabes, que destruyeron todos los vestigios de las civilizaciones anteriores, inclusive la Biblioteca, porque pertenecían a una fe opuesta a la suya.



Arriba: Columnata y restos arquitectónicos de la antigua ciudad de Persépolis.



Izquierda: Busto de Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía seléucida. A la muerte de Alejandro aprovechó hábilmente las disputas entre los *diádocos* y obtuvo el mando de los *eteri*, y después del asesinato de Pérdicas, la satrapía de Babilonia (321). Durante el nuevo conflicto que estalló entre los *diádocos*, Antígono Monoftalmo le obligó a abandonar la satrapía y ponerse a salvo en Egipto. Con la ayuda de Ptolomeo y también de Lisímaco, Casandro y Polispercón, pudo entrar nuevamente en posesión de la satrapía de Babilonia gracias a la derrota del hijo de Antígono, en Gaza, y anexionó inmediatamente a Media y Susiana. Con la victoria de Ipso, batalla que libró en unión de Casandro y Ptolomeo contra Antígono Monoftalmo, obtuvo Siria, en el reparto de Asia Menor. Allí y en las regiones circundantes logró crear un reino que, por espacio de dos siglos más, mantuvo la posición de potente Estado helénico.





Derecha: Dos monedas seléucidas en las que se ha representado a Antíoco I, hijo y sucesor de Seleuco, que llevó el sobrenombre de Sóter (Salvador) por haber salvado al reino de una invasión de los Gálatas (arriba) y Antíoco II, heredero del reino de aquél, despojó a Ptolomeo II de una parte de los dominios que había perdido su padre y concertó la paz desposando a Berenice, hija de Ptolomeo (abajo).

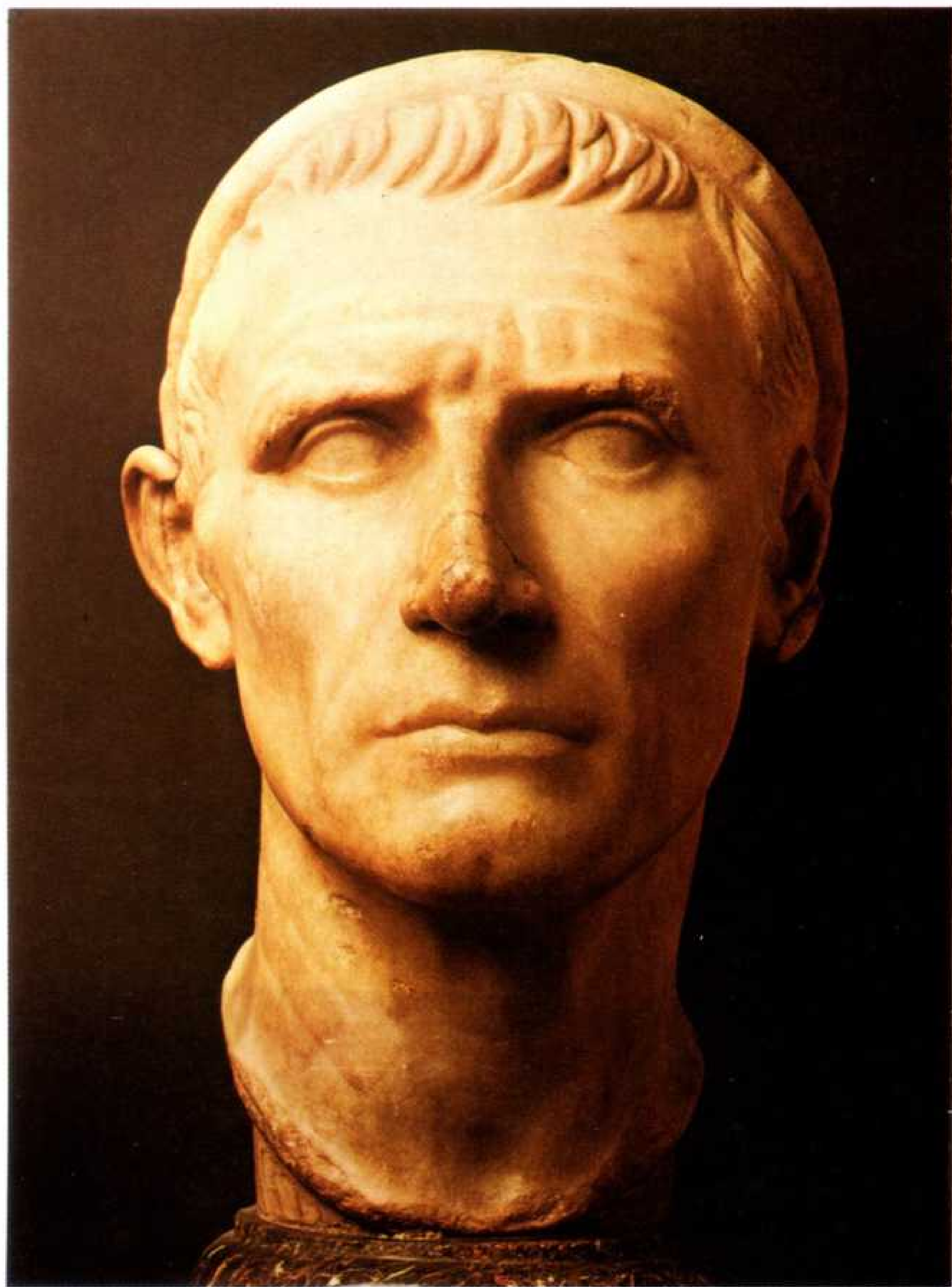


menzaron a rebelarse y a provocar desórdenes. La dinastía trató de contemporizar, adoptando alternadamente la táctica de las concesiones o de la represión. Sin embargo, la época de oro había terminado. La economía del país, exprimida por impuestos excesivos, entró en crisis. Para escapar de los tributos, los campesinos abandonaron las regiones rurales y se volcaron en las ciudades. La consecuencia de esta decisión fue que llovieron impuestos más pesados sobre los que quedaron, los cuales a su vez los impulsaba a huir hacia las ciudades, según la lógica de un círculo vicioso que amenazó con arruinar la más rica reserva agrícola de la Antigüedad.

La decadencia fue lenta pero incontenible, agravada además por la pobreza de la gran cantidad de Ptolomeos que sucedieron al cuarto, ocupados más a menudo en desembrollar sus disputas y enredos políticos que en gobernar el país. Hasta que, como siempre, los romanos decidieron poner coto a estos espectros de soberanos, depravados a sus ojos, sobre todo por la inconcebible costumbre (enteramente egipcia) de los matrimonios entre hermanos y hermanas. Ni los bellos ojos de Cleopatra ni sus refinadas artes de hechicera sirvieron para salvar a Egipto de su destino, común a todos los reinos helenísticos, de ser sometido al yugo de la potencia romana.

Artistas y científicos

Desde el comienzo del dominio ptolemaico habían transcurrido casi tres siglos y no habían pasado en vano. A partir del primer gran Ptolomeo todos los exponentes de la dinastía, inclusive los más ineptos, se distinguieron por la protección que dispensaron a los hombres cultos. Con una pasión por la vida cultural que rara vez es fácil encontrar en la historia, se llamó para que







Arriba: Busto de Antíoco III el Grande, hermano y sucesor de Seleuco III. Protector de las artes y las letras, ambicioso y predispuesto a los planes de gran alcance político, infatigable caudillo y sagaz diplomático, consiguió elevar el reino seléucida a su máximo esplendor, al punto de que acarició el sueño de reconstruir en Asia el imperio de Alejandro. Chocó, no obstante, con la potencia de Roma, en ascenso, y, después de ser batido en las Termópilas (191 a.C.), al año siguiente fue derrotado en Magnesia por Lucio y Cneo Escipión. Obligado por la dura paz de Apamea (188 a.C.) a renunciar a los territorios al norte del Tauro, trató de resarcirse mediante incursiones en regiones orientales. Terminó asesinado durante la expoliación del templo de Belo (helenización del dios Baal).
Arriba, derecha: Cabeza de Antíoco IV, hijo y sucesor de Antíoco III el Grande.
Abajo, derecha: El sello de Seleuco I, uno de los símbolos del poder de los soberanos seléucidas.

fueran a Alejandría a poetas, artistas, filósofos, científicos y a todo género de sabios pertenecientes a las más diversas tendencias del pensamiento.
Esta multiplicidad de intereses se unió a la fuerte influencia de la escuela peripatética, que ejercía Demetrio Falereo, verdadero confidente de Ptolomeo I. Se debe a él la idea de la célebre Biblioteca, para cuyo enriquecimiento no se reparó en gastos, como sucedió cuando Filadelfo compró en bloque la biblioteca de Aristóteles, o cuando Evérgetes se aseguró el ejemplar de las obras de los tres grandes trágicos atenienses que Licurgo había hecho depositar en el archivo de Atenas. Se habla de 700.000 volúmenes, no sólo en griego sino traducidos también a otros idiomas. Este interés por la traducción es un hecho importante en la historia de la cultura, y fue entonces que se manifestó por primera vez, así como la organización de las bibliotecas y de otros instrumentos de estudio fue propia de todo el período helenístico, durante el cual se difundió por doquier un sistema orgánico de instrucción, con el propósito de hacer que los jóvenes aprendieran a leer y escribir y respondieran a las necesidades de los nuevos tiempos. En Alejandría, un índice de esta nueva mentalidad fue el famoso Museo, el más grande instituto de investigaciones de la Antigüedad, donde los estudiosos y los científicos, con el patrocinio financiero de los Ptolomeos, tuvieron a su disposición el jardín botánico, el zoológico, y, naturalmente, la inmensa Biblioteca. Este mecenazgo es lo que caracteriza a la cultura helenística respecto de las escuelas filosóficas de Atenas, como la Academia y el Liceo: alivió a los estudiosos de las preocupaciones materiales, pero condicionó así a toda la producción intelectual, contribuyendo a esa escisión entre cultura y quehacer político que la *polis* había evitado cuidadosamente, con el resultado de suministrar un cuadro unitario del saber social, espléndidamente fusionado entre filosofía y cien-





Arriba: Moneda de Demetrio I Sóter, rey de 162 a 150 a.C. Durante su reinado, el pueblo hebreo se rebeló contra la dominación seléucida, al mando de Judas Macabeo: sin embargo, el levantamiento fue sangrientamente aplastado. Además, liberó a los babilonios de la tiranía del sátrapa Timarco e intervino en la lucha por el trono de Capadocia, contra Ariarato V. Murió combatiendo contra su rival Alejandro Bala, presunto hijo de Antíoco Epífanes.

Izquierda: Cabeza de una estatuilla seléucida hallada cerca de Ashversh, que testimonia cuán larga fue la influencia del arte helénico también en el reino sirio: efectivamente, esta pieza parece muy similar a la abundante producción de estatuillas helenísticas llamadas Tanagras por la localidad (en Beocia) donde fueron encontradas. Estas estatuillas de arcilla, que se ofrendaban a los difuntos, presentaban a modo de características comunes un color rosáceo (para indicar la coloración de la piel), vivaces tintes en las vestiduras (azul, rosa) y alhajas doradas. Al principio, representaron solamente a diosas o sacerdotisas, después, el repertorio se enriqueció con imágenes realistas de silenos, pastores y muchachas con tocados beocios o egipcios.

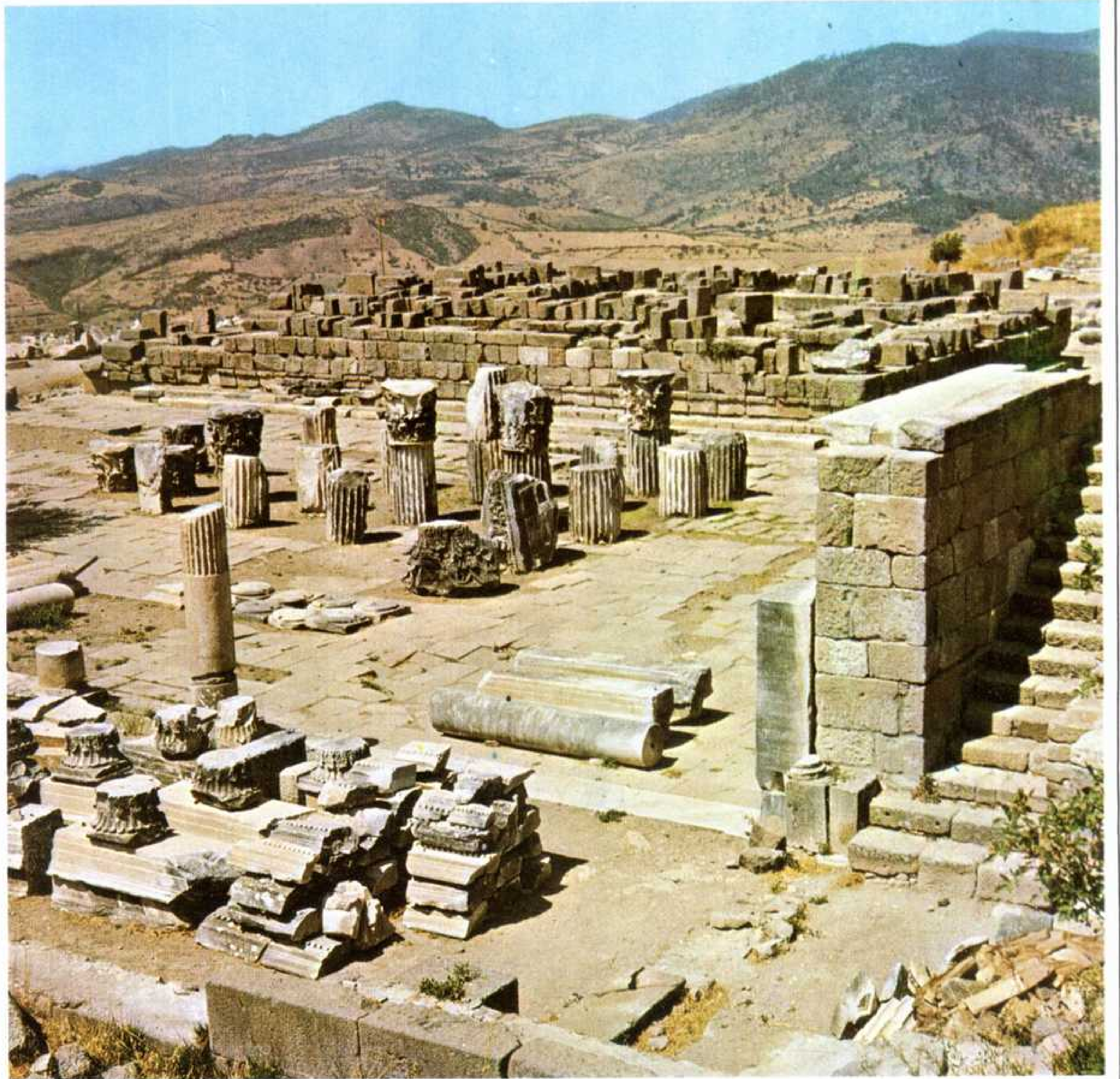
PERGAMO, CAPITAL DE LOS ATALIDAS

Cuando el arqueólogo alemán Karl Humann llegó en 1878 a la aldea turca de *Bergama*, en busca de la famosa capital del reino de los atálidas, vio un desolado cementerio de ruinas diseminadas a lo largo de un escarpado declive, hundido bajo una costa árida, salpicada aquí y allá de esmirriados pastizales. Hicieron falta más de treinta años de arduo trabajo para sacar a la luz las estructuras de la antigua ciudad, pero valió la pena.
Hoy día, Pérgamo se presenta ostentando sus espléndidos monumentos y el efecto escenográfico de conjunto que produce su trazado. De antiquísimos orígenes, la ciudad fue fundada nuevamente por Atalo I, con el fin de convertirla en una morada digna de él y de su poderío. Sus sucesores no quisieron ser menos fastuosos. Luego, los romanos, que la heredaron en el 133 a.C., se ocuparon de engrandecerla y edificaron también la zona casi llana a los pies de la colina en forma de anfiteatro por encima de los cuales se alzaba la ciudad helenística. Esta colina había sido creada por los arquitectos helenísticos que estaban al servicio de los atálidas, e hicieron grandes trabajos de inclinación del terreno, con el propósito de crear una serie de terrazas de nivel descendente, desde la cima de la colina hasta la llanura. Sobre estas terrazas se emplazaron después monumentales edificios, mediante un sabio juego de la perspectiva que no dejó detalle alguno librado a la casualidad.
En la ciudad baja, el *ágora* y el gimnasio, el teatro y la rica Biblioteca, que por su importancia ocupó el segundo lugar después de la de Alejandría, constituían los puntos de reunión donde los ciudadanos se ocupaban de sus asuntos o llenaban sus ocios. En la mitad de la colina se encontraban el recinto sagrado dedicado a Hera y el santuario de Démeter. En lo alto, sobre la acrópolis, se erguía, dominando la ciudad a sus pies, el palacio real, con sus depósitos y su cuartel. Y siempre en la cima de la colina, en el vértice de una imponente escalinata, se destacaba el altar dedicado a Zeus y Atenea, una de las Siete Maravillas del mundo antiguo, que se edificó durante el reinado de Eumenes II. Esta construcción, poderosa y solemne, en mármol asiático, estaba rodeada de un atrio de columnas jónicas apoyado en un alto basamento que se elevaba sobre cinco gradas macizas. En torno del basamento, a lo largo de casi cien metros, corría un friso continuo que ilustraba las escenas de una mítica gigantomaquia.
Los artistas que, llamados a Pérgamo, vinieron de todas partes necesitaron más de veinte años para modelar esta maravillosa joya.



Derecha: Tres imágenes de la ciudad de Pérgamo, tal como la ven hoy los visitantes: un tramo del camino de columnas (izquierda), las ruinas del templo dedicado a Telésforo, considerado entre las divinidades más cercanas a Esculapio, así como dios del sueño portador de la curación (centro) y los restos de la fuente sagrada (derecha), de la cual brotaban aguas terapéuticas. El camino de columnas, vía bastante amplia, que en tiempos helenísticos estaba empedrada de traquita (apreciada roca de origen volcánico), unía las construcciones al pie de la acrópolis con los templos y palacios edificados sobre terrazas que seguían el declive de la colina.





Vista del teatro de Pérgamo (centro) y de los restos de la gran Biblioteca, que poseía alrededor de 200.000 volúmenes (arriba). Este último edificio, que disputaba al homónimo palacio de Alejandría la gloria de albergar a la más grande biblioteca del mundo helenístico, fue comenzado por Atalo I y concluido por Eumenes II y comprendía una gran sala a la que completaban una serie de ambientes menores y un largo pórtico o nave doble.

Había centenares de personas adscritas a las tareas de la biblioteca: muchos eran copistas, encargados de transcribir los manuscritos existentes, para obtener nuevas copias, pero igualmente fueron muchos los eruditos cuya misión consistía en reconstruir los textos recibidos en forma fragmentada (el caso más clásico es el de las ediciones de las obras maestras de Homero. *La Ilíada* y *La Odisea*, de las cuales no existía texto escrito original alguno), o bien en comentarios y clasificados.





cia, entre política y técnica. Dentro de las bibliotecas helenísticas se cumplió la difícil tarea de catalogar los libros y describir su contenido, ordenando sistemáticamente toda la literatura griega, desde Homero hasta los últimos escritores, realizando esmeradas ediciones, comentarios y estudios gramaticales. Nació, en suma, la filosofía, a la que debemos la conservación de la literatura arcaica, pero también nació el helenismo, una forma de arte elaborado, erudito, refinado, aunque de escasa originalidad, basado sobre todo en imitaciones de la tradición clásica, a la que ya se consideraba perfecta y cabal. En la esfera helenística la búsqueda de episodios míticos ignorados y recónditos, la mezcla de géneros literarios, la introducción de notaciones sentimentales, las escenas idílicas, el preciosismo en los detalles, las descripciones minuciosas y precisas que se introducen en el material heroico son características comunes de toda la literatura. En este ambiente saturado de cultura se produjeron incipientes tentativas de evadirse del agobio de las capitales cosmopolitas, yendo hacia un mundo simple y primitivo, por medio del género del idilio pastoral, para gozar de una ingenuidad que en realidad era un artificio. Se inició algo que más tarde volvió a repetirse: el tópico del «beatus ille», el mito de la huida al campo, donde la naturaleza no está contaminada por la tumultuosa vida de las grandes metrópolis comerciales, nació con Teócrito y la poesía bucólica. Se afirmó así una cultura cortesana que para los reyes fue instrumento de dominio; a ellos se dedicaron las obras, los elogios a veces empalagosos que no siempre respondían a empresas nobles. En una cultura que es un instrumento de poder, el ideal de belleza está personificado por un tipo de hombre bien educado (*pepaideumenos*, en griego). De este modo, en todo el mundo helenístico se creó una clase que había leído los mismos libros, admiraba las mismas producciones teatrales y escuchaba a los mismos músicos y a los mismos actores que viajaban de ciudad en ciudad. Esa clase recibió la misma for-

Arriba: Corona de oro procedente de Pérgamo, trabajada imitando las hojas de laurel. La perfección de los orfebres helenísticos llegó a alturas realmente notables.
Abajo: Atalo I, sucesor de Eumenes I, primer soberano de Pérgamo que se adjudicó el título de rey, hacia el año 230 a.C., después de las victorias sobre los *galatai* que lo hicieron aparecer como salvador del helenismo. Fue el iniciador de la política de amistad y estrecha alianza del reino de Pérgamo con Roma. Mecenas de las artes y las letras, fundó la biblioteca de Pérgamo, segunda en importancia después de la de Alejandría.



mación y la misma educación en la palestra y en el gimnasio. Quien no hubiera leído a Homero, a Sófocles y Platón, quien no hubiera visto las comedias de Menandro y oído la bella música que tanto agradaba a los griegos se hallaba fuera del círculo, jamás podría pertenecer a la clase dirigente. Respecto de los otros pueblos, los bárbaros, había una gran condescendencia y curiosidad; se estaba abierto a todo lo que era foráneo, pero también se experimentaba el orgullo de la superioridad griega que subyugaba al mundo, desde la India hasta Occidente, plasmando todo y confiriendo a todo una forma griega. Pasarían siglos y siglos, hasta nuestros días, para que la cultura de Oriente adquiriera sus plenos derechos y llegara a la mayoría de edad y pudiera emanciparse.

Por otra parte, en la filosofía influyó el hecho de que, en los reinos helenísticos, el aspecto público se delegaba en unos pocos, y, por consiguiente, el hombre era llevado a interrogarse sobre las relaciones con otros individuos de su patria o con todos los del mundo habitado, despojándose de su condición de ciudadanos de una *polis* en particular. El hombre se examinó a sí mismo, descubriendo valores y normas universales en todos, y en las nuevas filosofías, el estoicismo y el epicureísmo, halló la respuesta a sus problemas. Transtornando toda la ética del ciudadano que se ponía en práctica en la antigua *polis* ateniense, el estoicismo y el epicureísmo predicaron una actitud neutral con respecto a los monarcas absolutos, y sugirieron la necesidad de mantener una íntima independencia de espíritu en cuanto a las presiones externas. Zenón, fundador del estoicismo, que en su juventud había escuchado la palabra de los filósofos cínicos, para justificar sus concepciones, expresadas a menudo en forma de paradoja, llegó a decir que la enfermedad o la salud sólo interesan al cuerpo y no a la autarquía de la mente, porque el sabio debe carecer de emociones *(apatheia)*. En cambio, el criterio de Epicuro era que los hombres buscan el placer físico y aborrecen el sufrimiento: en consecuencia, el propósito de la vida debe ser asegurarse este fin agradable. Sin un conocimiento de la naturaleza no es posible liberarse del temor a la muerte y a la intervención divina, y conociendo la naturaleza del universo se adquiere la clave para conseguir la imperturbabilidad del sabio *(atarassia)*. Esta visión, en la cual Epicuro retoma la teoría de Heráclito, que dice que el universo está compuesto de átomos, se liga al sector donde la civilización helénica aportó su contribución más original, o sea el de las ciencias. Las conquistas que logró Aristóteles en el campo científico fueron el punto de partida. De las conquistas de Alejandro, que permitieron



Copia romana, en mármol asiático, de la célebre estatua helenística titulada «Gálata moribundo» (Roma, Museo Capitolino). Se supone que el original era de bronce y que formaba parte de un grupo escultórico realizado a finales del siglo III o principios del siglo II a.C., para celebrar las luchas de Atalo y Eumenes contra los *galatai*. Era éste un pueblo de origen céltico, que durante el siglo III a.C. se instaló en Asia Menor y que rápidamente representó una amenaza para los reinos de Pérgamo y Siria.



incluso intercambiar fructuosas experiencias, deriva un gran estímulo a las ciencias naturales a raíz de la ampliación de los conocimientos geográficos. Así, pues, la ciencia griega logró absorber las contribuciones provenientes de la zona de influencia de Babilonia, que se hallaba a la vanguardia en los estudios astronómicos, y del mundo egipcio, que podía vanagloriarse de su supremacía en la esfera de la medicina.

Mediante la disección, la medicina helenística obtuvo excelentes resultados en los estudios sobre el sistema nervioso, el hígado, el páncreas, las venas y arterias. Herófilo de Calcedonia y Erasístrato de Ceo estuvieron a un paso de descubrir la circulación de la sangre y se adquirió el concepto de que la fiebre es nada más que un síntoma de enfermedad e infección y no un mal en sí mismo.

Sin embargo, la ciencia que se cultivó con más éxito que cualquier otra durante el período helenístico fue la matemática y, estrechamente ligada a ésta, la astronomía. Se destaca aquí el ilustre nombre de Euclides, cuya obra *Elementos de geometría*, constituye uno de los monumentos más insignes del genio griego, una verdadera enciclopedia de las ciencias exactas, en trece volúmenes. Obra que hizo escuela por espacio de más de veinte siglos y se identificó con la noción misma de la geometría, hasta el punto de que, al abrirse en este campo un nuevo capítulo, hubo que llamarlo geometría no euclidea.

Otra personalidad extraordinaria fue la del físico Arquímedes de Siracusa, famoso sobre todo por el estudio de la mecánica y las aplicaciones que hizo de ella durante el asedio romano a su ciudad, aunque, como buen teórico de su tiempo, despreciaba la labor de los ingenieros y a todo arte que sirviera a las necesidades de la vida. Efectivamente, en aquella época fue típico el gran desarrollo teórico sin la ligazón que establecemos hoy con la explotación técnica. Así, el importantísimo descubrimiento teórico de Aristarco de Samos, que llegó a la teoría heliocéntrica por haber descubierto que el Sol es más grande que la Tierra, cayó en el olvido. En cambio, triunfó el sistema geocéntrico de Hiparco, que llegó hasta la era de Copérnico reproducido en la época imperial por Claudio Ptolomeo. Este retomó la idea de Aristarco e instituyó con ella un sistema. Siempre en el plano del desarrollo téorico de las ciencias, el genial y doctísimo Eratóstenes logró calcular mediante un método sumamente correcto la circunferencia de la Tierra, con un margen de error de pocos centenares de kilómetros, muy inferior al que diecisiete siglos más tarde, en plena época renacentista, indujo a Colón a llegar hasta las Indias por vía occidental.

Este modo más realista de considerar a la humanidad y el interés por el mundo físico se reflejaron también en las artes helenísticas. El método racional y crítico que se aplicó en la literatura llevó a seccionar de tal forma las obras del pasado, que un estudio sobre la lista de los héroes troyanos comprendidos en



Izquierda, en el extremo: Antíoco VIII, representado como Perseo, en una escultura helenística. Envenenada su madre, Cleopatra Tea, de quien era favorito y corregente, reconstituyó la unidad del reino derrotando a Alejandro III Zabinas. El conflicto con su hermanastro dio origen a una guerra civil que marcó el comienzo de la progresiva descomposición del reino seléucida, en cuyo transcurso él mismo perdió la vida.
Centro: Moneda con las efigies de Alejandro I Balas y su esposa Cleopatra Tea, madre de Antíoco VIII.

Izquierda: Relieve del período helenístico procedente de Dura-Europos, una ciudad de la Mesopotamia, en la orilla derecha del Eufrates, que fue uno de los principales centros del reino seléucida: en efecto, con Nisibi y Edessa, formaba parte del sistema de fortificaciones que protegía las vías de acceso al reino. En la estela se ha representado a Aflad, una divinidad semítica, protectora de la aldea de Anath, sobre el río Eufrates, y da testimonio de la confluencia de diversas culturas en esta localidad (donde aún existen importantes vestigios del arte palmireno, hebreo y cristiano).

LA ESCULTURA HELENISTICA

El arte helenístico conserva la fundamental característica de organicidad, que es propia del arte griego clásico, pero sus soluciones expresan una orientación naturalista ausente de este último.
Toma impulso un arte complejo y original a la vez; la unidad estilística del período clásico se quiebra, según las regiones y las épocas y más que las grandes personalidades de los artistas parecen decisivos los diversos ambientes y escuelas.
La arquitectura se sirve de los elementos clásicos de los períodos precedentes para crear conjuntos más vastos y fastuosos. Los monumentos més significativos son: el altar de Pérgamo, las bibliotecas, los *stoai* (arcadas), los gimnasios y las ciudades, que son objeto de estudios urbanísticos.
Un rasgo que, a primera vista, diferencia también la escultura helenística de la clásica es la ampliación de los temas, en los que, además de los dioses y del héroe idealizado, se acoge al hombre en sus distintos aspectos, sobre todo al hombre tal como es, sin embellecerlo necesariamente. Pueden hallarse ya entre los pliegues de las grandes producciones clásicas del siglo de Pericles elementos caricaturescos o bufonescos, pero fueron absorbidos por la tensión del artista, que tendía a la búsqueda de la perfección.
Dentro de lo que se sabe en la actualidad, la estética helenística siguió siendo la de la época anterior, fijada por Aristóteles, pero el gusto cambió; existía la convicción de que todo merece conocerse y representarse, por feo o extraño que sea.
El científico helenístico se interesaba por todos los fenómenos de la naturaleza, y de todos, aun de los más insignificantes, quería dar una explicación racional. En la misma medida, el artista helenístico sentía curiosidad por todo, y quiso dar, de todo, una representación realista: en la naturaleza no existen únicamente los cuerpos perfectos de los efebos y de las esbeltas muchachas, sino también enanos deformes, mujeres viejas y sufridas, seres harapientos, asuntos que al arte clásico le parecían indignos de ser representados y que la sensibilidad helenística elevó en cambio a un primer plano, sin idealización o estilizacion.
El arte helenístico, ecléctico y complejo, jamás llegó a fusionar los motivos y las formas asumidas, pues en él subyacen la tradición figurativa de los distintos países, o bien la tradición de la forma clásica griega.
La producción plástica helenística es muy compleja y en los primeros escultores dominó la fuerte personalidad de Lisipo. Después se fue enriqueciendo progresivamente con las influencias orientales, caracterizándose por un realismo sensual, un patetismo violento y un elaborado preciosismo (el llamado barroco helenístico) unido a escenas de costumbres.
Aunque sin teorizar acerca del estilo grotesco, el mundo helenístico arrojó así un guijarro en las aguas estancadas del clasicismo, desvinculándose del respeto supino, obligado, a aquella belleza perfecta y universal típica de los griegos.





Dos exponentes típicos de la escultura helenística inspirada en asuntos alejados de los modelos clásicos.
Izquierda: Una vieja borracha (copia de un original de Mirón).
Derecha: Retrato de una musa, tal vez Polimnia, que presidía la elocuencia. Es importante señalar cómo incluso este tema, que inspiró a tantos artistas clásicos, se trató sin tener en cuenta el criterio de lo bello a toda costa. La escultura de este período, además de los dioses y héroes idealizados, acoge al hombre y a la naturaleza que lo rodea en sus diversos aspectos.

Abajo: Grupo realizado en mármol, que representa el asalto amoroso de un sátiro a una ninfa o a una ménade. Es interesante el entrelazamiento plástico de los cuerpos, y sobre todo el rostro del sátiro, que expresa en plenitud la tensión del personaje, acometido por el deseo de vencer la resistencia de la ninfa. (Entre los griegos y romanos las *Ninfas* eran divinidades menores, representadas como muchachas corrientes, protectoras de las aguas, los bosques, los montes, etcétera, en cambio, las *Ménades* acompañaban a Baco. Coronadas de hiedra y sosteniendo el tirso, danzaban en las fiestas dionisíacas, presas de la ebriedad).

Derecha: Fauno danzante. La escultura helenística tuvo predilección por asuntos tales como los faunos y sátiros.





Abajo: Escultura en la que se ha representado a un anciano que sostiene en la mano un vaso para beber agua o vino. También en esta obra hallamos elementos extraños a la concepción clásica del arte, e introducidos por el helenismo, ante todo el rostro, surcado por arrugas profundas.



LAS JOYAS DE TESALIA

El arte de trabajar los metales preciosos se practicaba ya en la Grecia clásica, nunca llegaron a alcanzar los resultados que desde hacía siglos obtenían otras poblaciones no tan frías como la griega y que en cambio estaban más inclinadas a lo fastuoso y lujoso.
Basta recordar a los orfebres egipcios, que lo ejercían desde el III milenio a.C. Su técnica era muy refinada e iba unida a un vivo sentido colorístico y figurativo con un gran concepto del diseño aplicado a la utilización de los distritos materiales nobles, como lo demuestran los hallazgos efectuados en las tumbas de la I dinastía.
En el ámbito mesopotámico los testimonios más antiguos son hasta la fecha el vaso de Eutemena de Lagash y los datos de las tumbas de la I dinastía de Ur: arpas, carros, estatuillas de animales, joyas y el famoso casco de oro repujado en forma de peluca, de Meskalamdug. Durante el II milenio, el Cáucaso se convirtió en un centro importantísimo del trabajo de los metales; en el ámbito de Anatolia son dignos de señalarse los testimonios de Alaka Huyuk (Capadocia). Además, merece destacarse de forma especial la producción de objetos artísticos de los pueblos nómadas, y bárbaros por definición, como por ejemplo los tracios y los escitas.
Algunos estudiosos han puesto de relieve que existe de hecho una correlación entre las costumbres nómadas y la orfebrería: acaso esto se deba en parte a la necesidad de estas poblaciones de desplazarse continuamente como consecuencia no podían realizar obras de arte que perdurasen enclavadas en una población concreta y, por tanto, tenían que llevar consigo todas sus cosas, inclusive los objetos de arte; en cambio, los pueblos de régimen estable (como los griegos del período clásico o aun los persas en la época de los soberanos aqueménidas) prefirieron expresarse mediante actividades artísticas como la arquitectura y la escultura.
Sin embargo, durante la era helenística, al estar en contacto con los objetos de orfebrería de los distintos pueblos del Imperio (y de los egipcios), también el mundo griego acogió en grado considerable esta forma de arte: testimonio de ello son las joyas correspondientes al período helenístico y descubiertas en 1929, distribuidas actualmente entre el museo Benaki de Atenas y la colección Elena Stathatos.
No puede afirmarse que estos espléndidos ejemplos de orfebrería se hayan producido en Tesalia, región ligada indudablemente al mundo griego pero más periférica, frente a los principales centros artísticos griegos y en frecuente contacto con las poblaciones nómadas de los Balcanes y la región del mar Negro, entre ellas los tracios y tal vez los escitas mismos. Por lo tanto, una característica de la joyería helenística y por tanto de todo el helenismo es la suma de influencias de todos los pueblos y como consecuencia la mezcla de los distintos estilos artísticos.









Algunas de las espléndidas joyas provenientes de Tesalia, descubiertas por los arqueólogos en 1929: una corona de oro, con hojas de laurel (arriba), objeto más bien común en las cortes helénicas; un medallón decorado con el busto de la diosa Artemisa, retratada luciendo una especie de *peplo* y una piel de felino anudada sobre el hombro izquierdo (arriba, derecha); una diadema de mujer, que tiene un medallón central y piezas colgantes (abajo, derecha).
La principal diferencia de esta orfebrería con respecto a la producción de los tracios y escitas radica en la ausencia casi total de elementos zoomorfos, es decir de figuras de animales como elementos de decoración.



Otros objetos de oro del tesoro de Tesalia y que en la actualidad integran la colección Elena Stathatos: un largo ceñidor, ricamente decorado (arriba); un brazalete en forma de serpiente, con una serie de pendientes (a la derecha); una diadema de mujer con colgantes a cada lado (abajo), y un largo y fino cinturón (abajo, derecha).







sesenta versos de *La Ilíada* abarcó treinta libros. Pero no todos los escritores se contentaron con comentar el pasado: la época que transcurrió desde Alejandro hasta el siglo III a.C., fue testigo de uno de los florecimientos más maravillosos de la literatura griega. Calímaco, Apolonio Rodio, Teócrito de Siracusa, Arato de Soloi y Herodiano son los grandes nombres de este período. Y descollante fue Menandro con sus comedias de costumbres, extraordinario observador del mundo de su tiempo. En el arte y la arquitectura se evidencian claramente las mismas características que distinguieron a la literatura. Gracias al mecenazgo se crearon obras de arte y monumentos técnicamente perfectos que heredaron las formas artísticas clásicas tan admiradas, estudiadas y copiadas.

La arquitectura estuvo determinada por las condiciones políticas y sociales del momento y fue modelada en amplia medida por la sociedad a la que expresó y que la inspiraba. Inferior a los grandes modelos clásicos, en lo que respecta a originalidad, después de la muerte de Alejandro la creación arquitectónica aunque mediante formas tradicionales elaboró un marco nuevo, adecuado a las profundas transformaciones que en aquel momento interesaban al mundo griego. Se advierte el espíritu innovador sobre todo en las construcciones dedicadas al culto. El nuevo sincretismo en el campo religioso, o sea, la introducción en el panteón griego de divinidades orientales, sirias y egipcias especialmente, implica la construcción de santuarios particulares, que no derivaban ya solamente de la tradición griega, como por ejemplo en Delos, o en el santuario de los Cabiros en Samotracia. El difundido espíritu científico de la época obró, en cambio, una influencia determinante en el principio funcional que inspiraba a los edificios civiles: las grandes arcadas comerciales de Pérgamo, por ejemplo, y las profundas transformaciones políticas y sociales fueron determinantes para el incremento constructivo característico de aquella época.

Por otra parte, cambió la naturaleza de los destinatarios, la ar-



quitectura de las ciudades fue sucedida por una arquitectura principesca y monárquica y las capitales donde se radicaba el poder (Alejandría, Pérgamo y Antioquía) fueron enriquecidas con palacios reales, parques, jardines que poseían pabellones, lagos y residencias reales de campo. Entró en juego la tradición oriental en la cual se inspiraba, aunque interpuesta e integrada con elementos, como las columnas y pilastras, característicos de los templos griegos. Más tarde, las villas itálicas de los emperadores romanos fueron copiadas, indudablemente, de los palacios y villas de los monarcas helénicos. Pompeya y Hercula-

Izquierda: Escena de banquete sobre una losa funeraria originaria de Erdek, Asia Menor. Puede verse que en la escultura helenística el tema no es sólo la divinidad o el héroe idealizado, sino también el hombre y sus costumbres de la vida cotidiana.

Izquierda,abajo: Relieve helenístico que representa al Monte Helicón surgiendo de la tierra; según la tradición, sobre esta montaña de Beocia habitaban las musas.



Dos objetos que demuestran la alta calidad de la artesanía helenística: se trata de un espejo del siglo II a.C., que ostenta las imágenes de Afrodita y Eros (arriba) y de una lámpara en forma de cabeza de toro (siglo II a.C., abajo, derecha).





Izquierda: Típica estatuilla de Tanagra, de la homónima localidad de Beocia, donde esta producción alcanza su cumbre más alta. Se trata de estatuillas femeninas coloreadas, ofrendadas a los difuntos y halladas con profusión en las tumbas helenísticas, ricamente vestidas y luciendo complicados tocados.

no pueden dar una idea de este gusto triunfal y luminoso. Las innovaciones en materia de escultura y pintura también guardaron afinidad con las de la literatura. A la par que se imitaron las estatuas y pinturas arcaístas, se intentó tomar el camino de lo imponente, como en la colosal estatua de Helios, en Rodas, en tanto que en el gran altar de Pérgamo que simbolizaba la defensa de la civilización contra la barbarie, se agregó a la grandiosidad un notable realismo en los detalles y un marcado patetismo en la representación del conflicto entre los gigantes y los dioses, según módulos estilísticos que ejercieron mucha influencia en el arte romano. El problema del movimiento se abordó con soberbias realizaciones de los escultores helénicos: no sólo la posición de las diversas partes del cuerpo, sino cada músculo expresa el movimiento lento o impetuoso de la figura. Se reprodujeron, en escala reducida, obras de arte destinadas al mercado ciudadano; en las casas de propiedad privada entraron los bronces; aquel que no podía adquirir una copia de las más famosas estatuas emplazadas en los lugares públicos se conformaba con figurillas de terracota de Tanagra, en Beocia, o de Mirina, en Asia Menor. Los de posición acomodada embe-



llecían su hogar con mosaicos o con pinturas que por primera vez representaban paisajes, en tanto que los intereses sobre todo decorativos de la época se reflejaban en la abundante producción de alhajas de oro y de gemas y en el uso del vidrio soplado, que constituye una típica invención helenística. Este gusto, a pesar de ser, en cierta forma, el símbolo de toda la civilización helenística, atrae fuertemente al espíritu moderno, que ve acertadamente en el helenismo y en la civilización griega la guía, fundamentalmente entre nosotros, en todas sus realizaciones civiles, políticas, artísticas y filosóficas. En la cultura judaica, en el mundo de Jesús y en el de César, la civilización más avanzada fue igualmente helenística y sabemos que somos hijos de esta civilización que fundó la existencia humana en la importancia de la cultura.

Izquierda: Estatua helenística en la que se ha reproducido a Ganímedes, copero de los dioses. Observamos la presencia del águila, pues, según el mito, Júpiter tomó la forma de esta ave de rapiña para robar al joven y llevarlo al Olimpo.
Derecha: La *Niké* (Victoria) de Samotracia, una de las estatuas helenísticas más famosas. Se ha retratado a la diosa en dinámica actitud, casi en el acto de emprender vuelo. Según los estudiosos, la estatua habría sido el mascarón de proa de una gran nave, y se habría esculpido en piedra en la isla de Samotracia, en el Egeo.

BIBLIOGRAFIA

Autores varios, *Estudios sobre el mundo helenístico*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1971.

Autores varios, *Historia y civilización de los griegos*, dirigida por R. Bianchi Bandinelli, Icaria-Bosch, Barcelona 1980-1984 (vol. VII: «La sociedad helenística. Marco político»; VIII: «La sociedad helenística. Economía, derecho, religión»; IX: «La cultura helenística. Filosofía, ciencia, literatura», X: «La cultura helenística. Las artes figurativas»).

F. Chamoux, *La civilisation hellénistique*. Arthaud, París, 1981.

J. Charbonneaux, R. Martín, F. Villard, *Grecia helenística*. El universo de las Formas. Aguilar, Madrid, 1971.

G. Droysen, *Alexander le Grand*. Editions Complexe, Bruxelles, 1981.

M. Grant, *From Alexander to Cleopatra. The Hellenistic World*. Weindenfel and Nicholson, London, 1982.

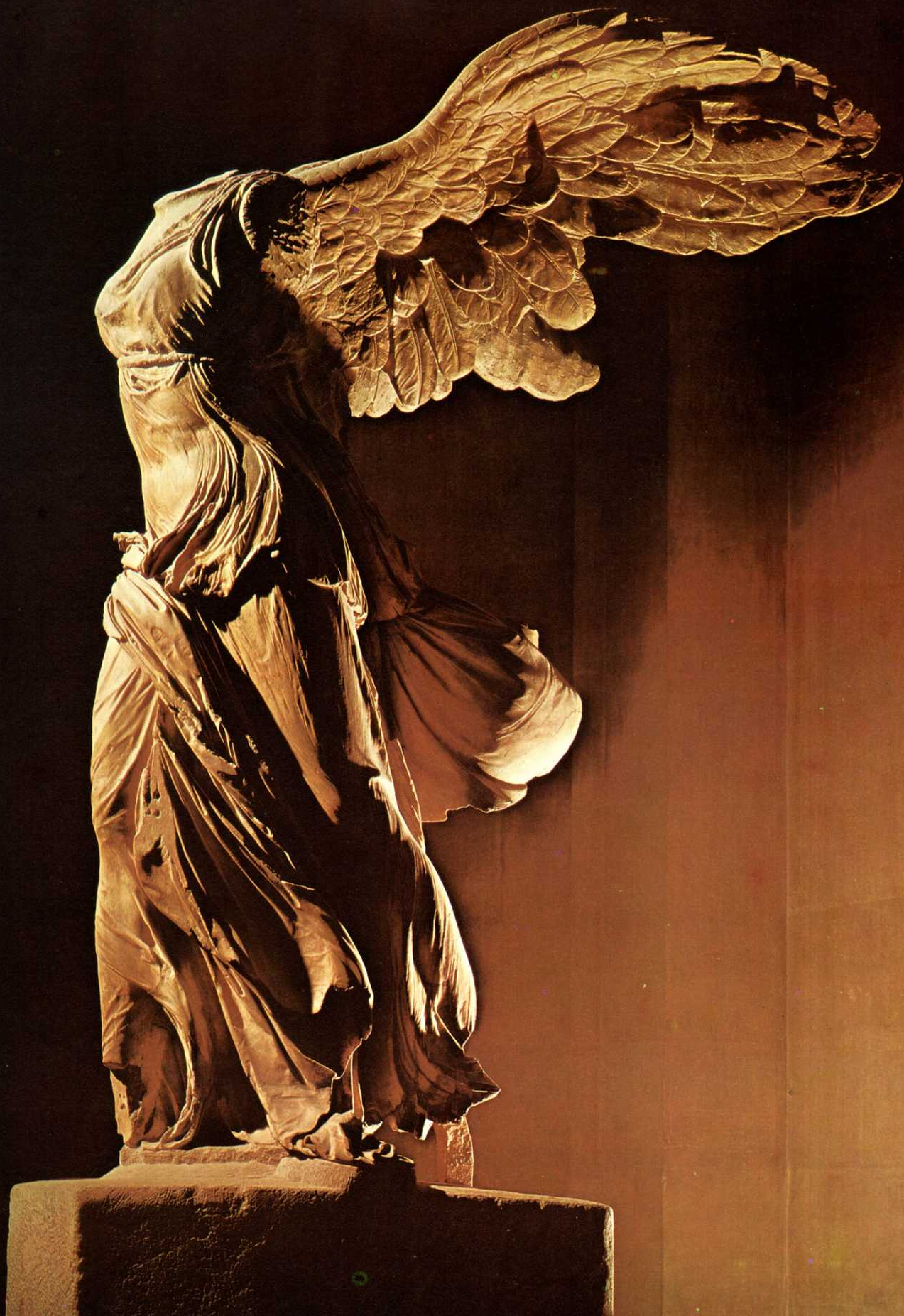
W. Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultra griega*. Fonde de Cultura Económica, México-Madrid-Buenos Aires, 1981.

M. Rostovzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*. Espasa-Calpe, Madrid, 1967.

C. Schneider, *Die Welt des Hellenismus. Lebensformen in der spätgriechischen Antike*. C. B. Beck, München, 1975.

W. Tarn, G. . Griffith, *La civilización helenística*. Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

W. W. Tarn, *Alexander The Great* (I, Narrative; II, Sources and Studies), Cambridge University Press, 1979.



DICCIONARIO HISTORICO Y ARTISTICO



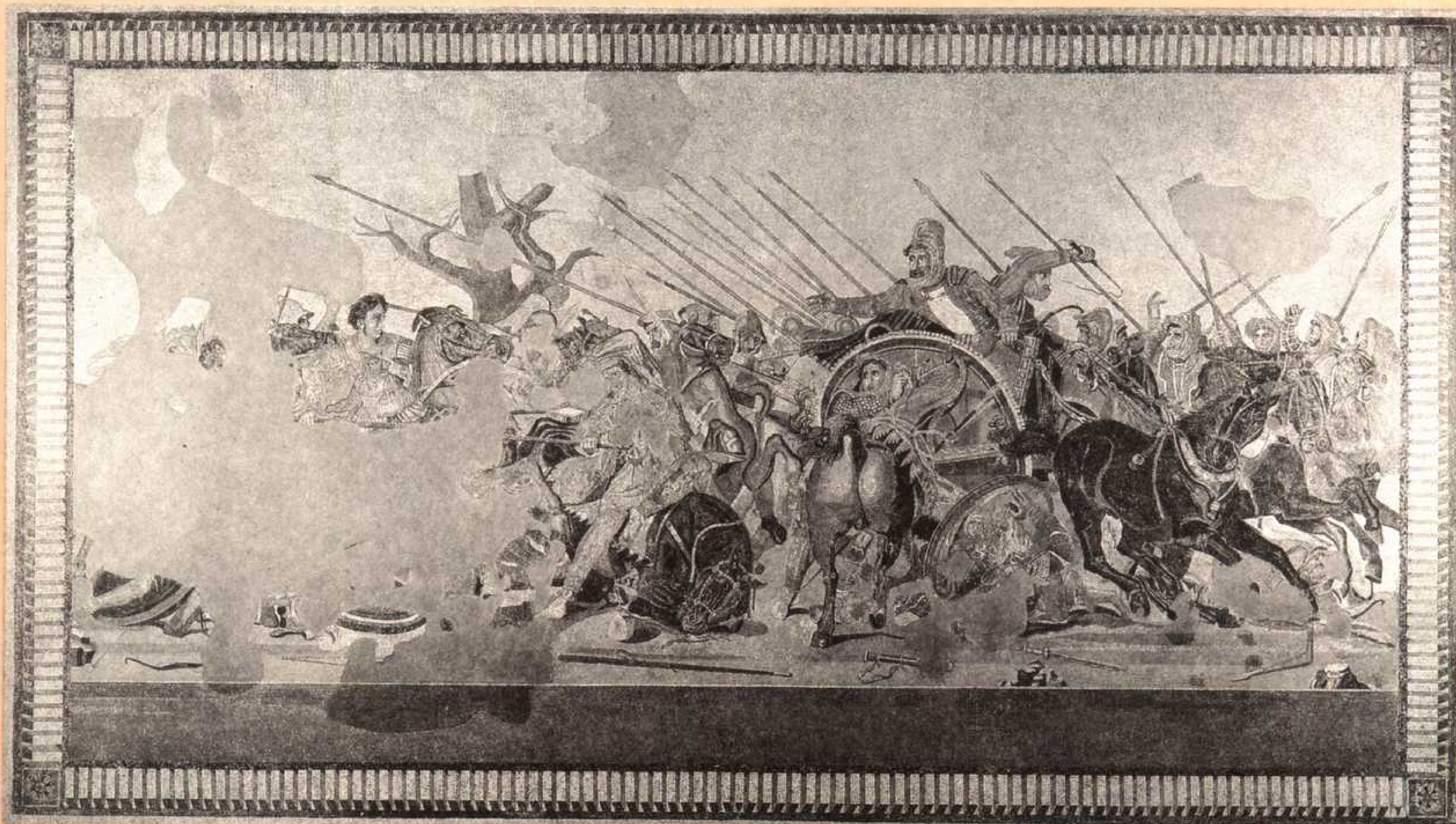
LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES

AGATOCLES

(361-289 a.C.)
Tirano de Siracusa. Hijo de un desterrado de Reggio que se había establecido en la ciudad, dedicándose a la alfarería. Ciudadano siracusano desde el año 343, pasó a convertirse en una de las personas más ricas a consecuencia de su matrimonio. Participó en las intrigas políticas que terminarían con la expulsión del tirano Sosistratos y debió padecer previamente el destierro en Crotone y Tarento, en donde no fue bien acogido. Atacada su patria de origen, acudió en su ayuda y obtuvo una plena victoria, que le valió ser llamado por los siracusanos, convirtiéndose en estratega de esta ciudad durante las guerras de la Magna Grecia (Sicilia). Enfrentado a la oligarquía siracusana, consiguió dominarla y alcanzar el poder en el año 317 mediante un golpe de estado. Tras acabar violentamente con sus oponentes, dispuso una serie de medidas democráticas repartiendo tierras, anulando deudas, pero también imponiendo una fuerte autoridad apoyada en crueles disposiciones. Bajo su hegemonía, las ciudades de origen griego de Sicilia se enfrentaron a los cartagineses, dueños de media isla. Derrotado por los púnicos de Agrigento (311 a.C.), acometió la audaz maniobra de desembarcar en el propio Cartago, logrando con ello que los cartagineses levantasen el sitio de Siracusa. Durante su estancia en Africa firmó algunos acuerdos con los ciudadanos de Cirene, pero no los pudo aprovechar, lo que le obligó a abandonar el continente después de un par de años de lucha, dejando a su ejército en retirada reducido a sus propios recursos. Sin embargo, logró frenar la amenaza cartaginesa sobre Sicilia y dominar las ciudades griegas de la isla, nombrándose rey en el año 304, no sin antes sofocar algunos intentos de rebelión provocados en el pueblo ante el disgusto que sentían por su modo de gobernar, gestión en la que recibió la ayuda de los propios cartagineses. A su muerte, acaecida en el años 289, dejaba unificada Sicilia (aunque sin poder terminar con las diferencias y recelos de las ciudades griegas), pero sin poner fin al peligro que representaba el poderío cartaginés.

ALEJANDRIA

Nombre con que se designaron diversas ciudades fundadas por Alejandro Magno durante sus campañas de conquista, que se erigieron desde las márgenes del Indo, Eufrates y el propio Egipto, Macedonia, etc. Alejandro ordenó la construcción de más de setenta ciudades con fines militares, pero que fueron también sede de los civiles que acompañaban a sus ejércitos; ciudades que facilitaron, por su abundancia y situación, así como por su población, la difusión del helenismo en lugares alejados de Grecia. Entre las más destacadas se citan Alejandría de Isso o Alejandreta, fundada en el año 330 a.C., Alejandría del Cáucaso (329), Alejandría Eschaté (329) y Alejandría de Carmania (325).
Pero Alejandría es, por antonomasia, Alejandría del Delta, fundada hacia el año 322, situada en una estrecha franja de tierra que separa el lago Mareotis (o Mariut) del Mediterráneo, donde se ubicaba la aldea de Rhakotis. De ser un simple y pequeño puerto pasó a convertirse en uno de los más importantes de su tiempo y de la posterioridad, con un gran movimiento comercial.
Se eligió un lugar extraordinario y acertado y se erigió la ciudad frente a la isla de Faro, en el extremo más occidental de la desembocadura del Nilo, convirtiéndola en excelente puerto de mar al tiempo que puerto interior *(limen limaios)*. Su diseño, en el que trabajaron diversos arquitectos (Dinócrates de Rodas y también Crates) respondía a un rectángulo de unos trescientos estadios de largo por ocho o nueve de ancho, atribuyéndose al propio Alejandro el trazado de sus límites al modo macedónico. La isla de Faro fue unida al propio brazo de tierra



Mosaico de Alejandro Magno en Pompeya (Napoles, Museo Arqueológico Nacional).



Vaso griego en el que se aprecia la fuga de Darío (Nápoles, Museo Arqueológico).

mediante un dique artificial *(heptastadión)*, que cerraba el gran puerto, al que se accedía desde el mar por dos entradas: la principal, con orientación NE y otra, al lado del famoso Faro, con la boca al N. Al O del *heptastadión* se encontraba el puerto *eunostos*, que se comunicaba con el lago por medio de un canal.

La ciudad propiamente dicha estaba trazada con calles formando ejes N-S y E-O, que se cruzaban en ángulo recto, siendo la principal la *Plateia* (Vía Canópica), que iba de extremo a extremo. Dividida la ciudad en cuatro barrios, eran éstos: la isla de *Faro*, la *Regia*, la *Neapolis* y la *Rhakotis*. En la isla estaban los templos de Neptuno, de Isis-Pharia, la Torre de Sóstratos de Cnido (de más de 125 m. de altura) y la Necrópolis de Anfushi. En la Regia se hallaban la mayoría de los edificios reales y administrativos: el *Arsinoeion*, el *Emporium*, el *Cesarium*, el *Mouseion* con la famosa biblioteca. En Neapolis se situaban el Gimnasio, el templo de Serapis y el *Dikasterion*. En Rhakotis, el Estadio, el *Serapeion* y las catacumbas romanas. En la parte occidental de la ciudad se encontraban varias necrópolis y el hipódromo. Parece ser que la muralla que rodeaba la ciudad debió ser construida por orden de Ptolomeo Soter.

Con la construcción de Alejandría, Egipto dispuso de un magnífico puerto, que le permitió mantener relaciones intensas con otros países, y que, por su situación, fue excelente enclave militar y naval. Probablemente, Alejandro tuvo idea de convertirla en una de las sedes relevantes de su imperio y, desde luego, pasó a ser la capital de Egipto y no solamente una *polis*, sino una ciudad sede del poder real. Convertida en centro de atracción del mundo de entonces, llegó a ser la ciudad más grande, que supo sustentar su esplendor económico hasta el siglo III d.C., subsistiendo posteriormente como centro comercial y cultural.

ANTIGONO MONOFTALMOS

(380-301 a.C.)

General macedonio, compañero de armas de Alejandro, que, al iniciar éste su campaña, mandaba la fuerza de los aliados griegos. En su labor de sujetar Frigia perdió un ojo, lo que le valió los calificativos de *Cíclope* y *Tuerto*. Rindió a Alejandro excelentes servicios y destacó como buen militar, lo que le valió el gobierno de Frigia, sátrapa de la misma desde el año 333. No sólo era buen militar, sino también hábil político y experto diplomático. Al morir Alejandro, recibió la nominación de estratega de Asia al extenderse su satrapía desde Frigia a Licia, Pisidia y Panfilia. Casado con la hija de Antípatro, regente provisional del imperio cuando falleció Alejandro, Antígono llegó a ejercer el mando sobre todo el ejército y, al decidirse Antípatro por fijar su residencia en Macedonia,

quedó Antígono dueño de Asia. Enfrentado a Eumenes, sátrapa de Capadocia y ayudante de Alejandro en otro tiempo, le venció en Orcinia, sitiándole en Nora; no obstante, Eumenes pudo atraerse a los sátrapas de Oriente y llegó a conquistar Babilonia, pero traicionado, Antígono terminó con él. Antígono se enfrentó a Casandro y constituyó una Liga de las Islas: proclamó la libertad de las ciudades griegas y, organizando una potente escuadra, se presentó en las Cícladas (314 a.C.), acogiéndole las ciudades como libertador. Aunque su proyecto era dominar el reconstruido imperio de Alejandro, solamente logró sujetar los territorios desde el Eúfrates al Helesponto. Reconocido como rey tras victoria sobre Chipre, asoció al trono a su hijo Demetrio. La expansión de su poder hizo que una coalición integrada por Seleuco, Lisímaco, Ptolomeo y Casandro se le enfrentara, siendo derrotado en Ipso, donde fue herido de muerte.

ANTIOCO III, el Grande

(242-187 a.C.)

Monarca seléucida, hijo menor de Seleuco II y nieto del fundador de la dinastía, ascendió al trono excesivamente joven, a los dieciocho años. Carente de experiencia y dejado de la mano de sus consejeros, deseoso de volver al esplendor anterior, inició sus funciones con poca fortuna. Sin las directrices marcadas por sus consejeros, dio poderes a Aqueos para dirigir las operaciones en Asia Menor, y a Molón y Alejandro las satrapías de Media y Persia, pero hubo de sufrir la rebelión del primero.

Y, si bien logró dominarla al cabo de dos años, no fue sin un necesario entendimiento entre ambos como si nada hubiese ocurrido. Decidido a fijar y ampliar su reino, se enfrentó con Ptolomeo IV Filopator. Comenzó por sujetar a su pariente Aqueos, que pretendía independizarse controlando buena parte de Asia Menor, logrando ven-



Batalla de Alejadro contra los persas. Relieves del Sarcófago (Estambúl, Museo Arqueológico).



Relieve de la batalla de los Dioses y los Gigantes sobre el Tesoro de los Sifnios en Delfos.

cerle y darle muerte en Sardes. En lucha con un Egipto débil, no supo aprovechar la coyuntura y se dirigió allí dando rodeos y manteniendo pequeños combates, facilitando el refuerzo de su enemigo, que le venció en Rafia (217 a.C.), con lo que se firmó la paz que puso fin a la cuarta guerra siria. Mientras tanto, las satrapías orientales habían aprovechado las circunstancias para desligarse de su mando, provocando en Antíoco la necesidad de emprender una dilatada campaña (212-205), que, por las victorias y riquezas alcanzadas, le significó el prestigio de otro Alejandro y a partir de este momento tomó el sobrenombre de *El Grande*. De acuerdo con Filipo V, decidió repartir con él el reino de los Ptolomeo, dando comienzo a la quinta guerra siria y a la intervención romana en Grecia. La guerra se inició con la victoria de Panión, que le dio control sobre Palestina.
Posteriormente intentó recuperar Pérgamo, ciudad que era aliada de Roma, que se vio obligada a participar activamente en el conflicto y cuya intervención hizo que Antíoco se retirase.
Cuando, al año siguiente, pretendió reunificar buena parte del reino de Alejandro (con Egipto y Macedonia incluidos; campaña que coincidió con la derrota de su peculiar aliado, Filipo V de Macedonia, en Cinoscéfalos ante las legiones romanas), Roma, que le había prohibido el avance de su flota, le autorizó a continuar, y consiguió conquistar las ciudades de los Ptolomeo. No obstante, sus planes acerca de Tracia provocaron que Lámpsaco y Esmirna solicitasen el auxilio de Roma, que acababa de proclamar, tras la victoria sobre Filipo, la libertad de las ciudades griegas. Enfrentado Antíoco con Roma, después de diversos escarceos diplomáticos procedió a desembarcar en Grecia (ante la llamada de ayuda de los etolios, que protestaron por el trato recibido por parte de los romanos), llevando consigo como consejero al derrotado de Zama, Aníbal. Roma, aliada ahora con Filipo V y con Ptolomeo, hizo frente con decisión a Antíoco, cuyo ejército fue derrotado en el paso de Termópilas por Manio Atilio Glabrion (191 a.C.). Cuando se retiró a Asia, Roma tomó la decisión de continuar la guerra en propio suelo seleúcida, desembarcando las tropas bajo el mando de Escipión el Africano, y, rechazando por insuficientes las ofertas de paz de Antíoco, le infirió a éste sensible derrota ante los muros de Magnesia (189 a.C.), y obligó al derrotado a retirarse a la zona del Tauro, firmando la paz de Apamea (188), por lo que pierde el Asia Menor y que le sojuzgaba económica y militarmente. Murió en el año 187.

ANTIPATRO

(397-319 a.C.)
General macedonio nacido en Paliura, consejero y compañero de Filipo II. Era un hombre de gran cultura y ejecutor testamentario de Aristóteles. Bajo el reinado del padre de Alejandro, tuvo a su cargo las conversaciones y negociaciones con Atenas, ejerciendo, asimismo, el mando militar en Tracia contra Kersoblepto. A la muerte de Filipo tomó partido por Alejandro, quien, al iniciar sus campañas fuera de Macedonia, le designó regente y estratega para Europa. Su actividad, guardando la retaguardia de Alejandro mientras éste se dedicaba a expandir sus dominios, fue notable, sobre todo porque las fuerzas que le habían sido dejadas se iban reduciendo a un rápido ritmo, según Alejandro solicitaba refuerzos. Esto no le impidió sofocar algunas sublevaciones, como la de Tracia frente a Memnón y la del espartano Agis III, derrotado en Megalópolis (332 a.C.). Mal avenido con Olimpia, madre de Alejandro, las insistentes quejas de la misma hicieron que, finalmente, Alejandro le llamase a Babilonia, sustituyéndole Crátero en la regencia y cumpliendo él funciones de carácter logístico escoltando refuerzos para Alejandro. Cuando murió éste, volvió a establecer con Crátero una corregencia en Macedonia y Grecia, mientras se esperaba el alumbramiento de Roxana, esposa viuda de Alejandro. Su mayor edad y experiencia, así como el respeto que se le tenía en Macedonia, hicieron que su ascendiente sobre Crátero se manifestase constante, e incluso llegó a emparentarse con él al casarle con una de sus hijas. A la muerte de Alejandro tuvo que enfrentarse con el levantamiento de las ciudades griegas, siendo sitiado en Lamia; si bien la recepción de refuerzos le permitió salir de la ciudad y junto a las tropas de Crátero, vencer a los sublevados en Cranón (323 a.C.), como parte de la política de los *diádocos*, ofreció casar a Cleopatra, viuda ya de Leonato, con Pérdicas, aunque al final tuvo que enfrentarse militarmente con éste. La evolución política posterior le situó en lugar preponderante entre los *diádocos*, llegando a ser nombrado regente del imperio alejandrino, y con el apoyo del ejército dirigió el reparto de Triparadiso (321). Al volver



Relieve hallado en una de las múltiples construcciones del conjunto arquitectónico de Delfos.

a Macedonia tuvo que luchar contra Eumenes, quien derrotó en Orcina y sitió en Nora.

ARBELAS (Batalla de)

Conocida asimismo como batalla de Gangamela y Gaugamela, aconteció en otoño del 331, entre los ejércitos de Alejandro y Darío III, decidiéndose en la misma el destino del imperio persa. Su desarrollo se produjo en la llanura existente entre las ciudades de Arbela y Gaugamela en el valle del Tigris. Darío se presentó al combate con un numerosísimo ejército cifrado en más de medio millón de hombres de todo el imperio. El persa pudo preparar bien el terreno, que ordenó allanar para facilitar la carga de sus carros *falcados* y los elefantes. Ofreció a los macedonios una línea continuada de batalla, que llegó a hacer dudar a Alejandro de la conveniencia del enfrentamiento, y, en todo caso, le obligó a modificar el plan de combate. Bien cubiertas sus alas por destacmentos volantes para proteger su retaguardia y sus flancos indistintamente, situó en el centro de infantería falangista. El ala derecha persa, dirigia por Mazeo, avanzó con éxito, llegando incluso a ocupar el campamento macedónico; pero Alejandro dirigió una carga de caballería de su flanco derecho y provocó tal indecisión en Darío que, creyendo éste perdida la batalla, se retiró en vergonzosa fuga, lo que permitió a las falanges de Alejandro seguir el camino de su caballería. La huida del persa fue seguida de la del ejército, el cual había logrado rebasar el ala izquierda macedónica mandada por Parmenio. Así quedaban abiertas a Alejandro las puertas de Babilonia.

ARISTOTELES

(384-322 a.C.)

Filósofo griego nacido en Estagira, Macedonia, de donde recibió el sobrenombre *estagirita*. Fue discípulo de Platón, si bien se separó de su escuela afincándose en Assos, emparentándose por matrimonio con el tirano Hermias, tras cuyo asesinato hubo de refugiarse en Lesbos. Radicado en Pella, sede de la corte de Filipo II, de cuyo padre, Amintas, había sido médico el padre de Aristóteles, Nicómaco, fue designado por el macedonio preceptor de Alejandro en el año 343, retornando a Atenas poco después de ser nombrado Alejandro sucesor de Filipo. Su influencia sobre Alejandro fue grande y notoria, debiéndose a su docencia el interés del macedonio por la cultura griega. Sus relaciones con los macedonios provocaron que, muerto Alejandro, fuese acusado de impiedad, lo que le obligó a huir de Atenas, refugiándose en Calcis, en donde falleció.

ARQUIMEDES

(287-212 a.C.)

Matemático y físico siracusano, discípulo de Euclides en Alejandría, consagró su vida a la ciencia. Durante la Segunda Guerra Púnica tomó parte muy activa en la defensa de Siracusa frente a los ataques romanos, contribuyendo con una serie de inventos a la defensa del sitio, llamando la atención unas «manos de hierro» (posibles grúas para levantar las naves) y los espejos *ustorios*, o convergentes, que, concentrando los rayos del sol en un punto, facilitaban el incendio del velamen. Inventor del

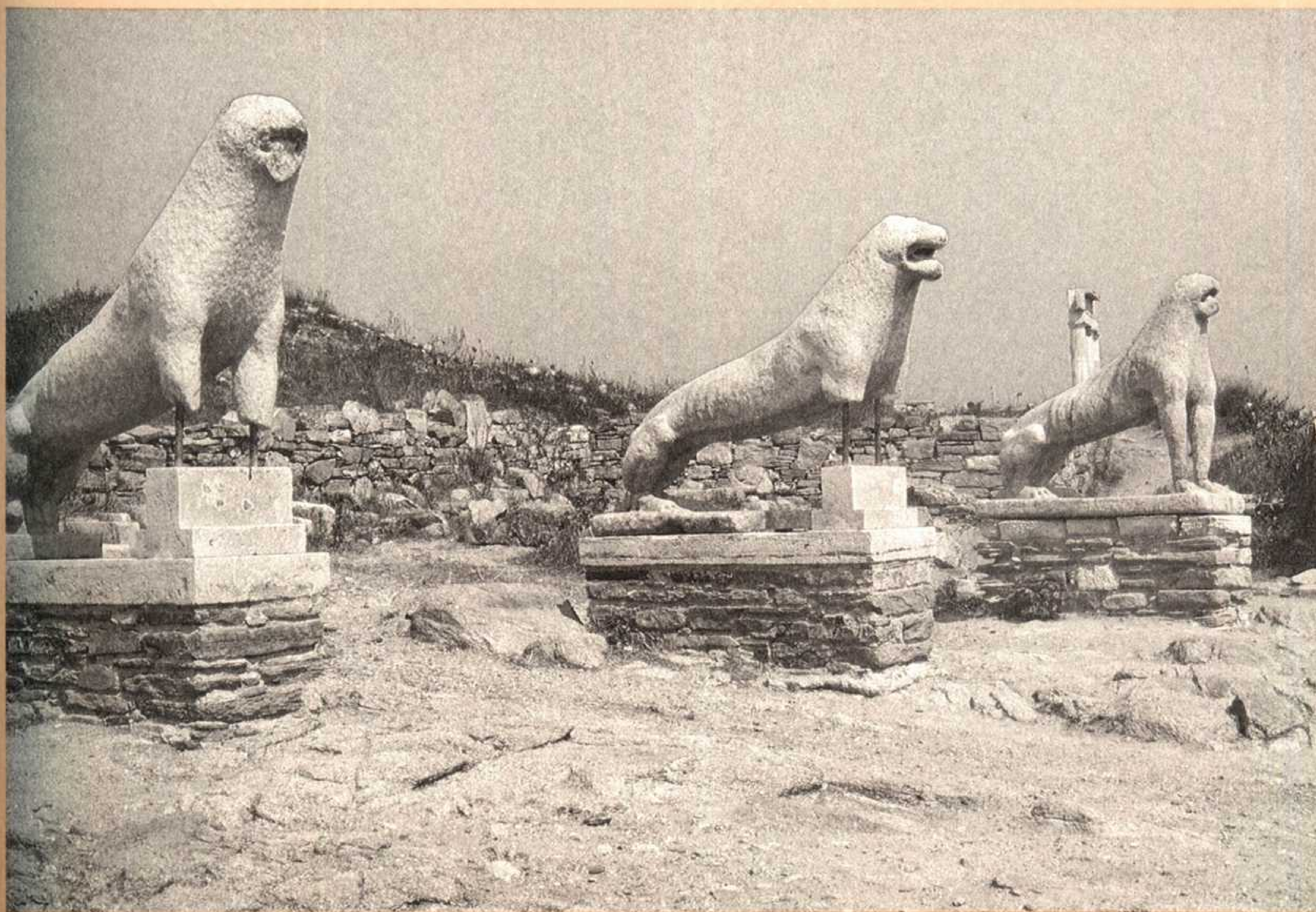
tornillo sin fin, de la palanca y de la polea, de un método para obtener el número π, inició la geometría infinitesimal, creó fórmulas para hallar diversos valores (el sector de la espiral de Arquímedes, etc.) y el «principio» que lleva su nombre. Ordenada su detención por Marcelo, fue muerto por un legionario al no responder Arquímedes, abstraído en sus meditaciones, a las preguntas que aquél le realizaba.

ATALIDAS

Dinastía griega de la monarquía de Pérgamo, fundada por Atalo I de Tíos, que se extendió entre los años 241-133 a.C. Durante la guerra entre Lisímaco y Seleuco, Filetairos (o Filetero), gobernador de Pérgamo nombrado por el primero, aprovechó la circunstancia de estar atesorados en la ciudad buena parte de los recursos de su señor, pasándose al bando de Seleuco, bajo cuyo reinado Pérgamo mantuvo su autonomía; autonomía que se convirtió en plena independencia cuando Eumenes I, sobrino de Filetairos se proclamó rey de Pérgamo, luchando con Antíoco y venciéndole en Sardes. Esto le permitió ampliar sensiblemente el territorio de su ciudad al ocupar todo el valle del río Caico y ambos lados de su desembocadura. Durante las luchas de Seleuco y Antíoco Hierax, Pérgamo, ya bajo el reinado de Atalo I, sobrino de Eumenes, se negó a pagar a los gálatas el tributo a que estaba sujeta la ciudad desde las invasiones galas de Macedonia (279 a.C.), derrotando a algunas tribus que Antíoco había apoyado y enfrentándose directamente a éste; triunfante, le arrebató la costa de Frigia y Lidia, poniendo en sus manos la zona más helenizada de Asia Menor. Helenización que fue incrementada y fomentada por Atalo I mediante la celebración de juegos, construcción de monumentos y la afirmación de lazos económicos con Grecia y su claro enfrentamiento con el mundo asiático. A esta posición contribuyó la alianza con Roma, celebrada bajo el reinado de Atalo II, sucesor de su hermano Eumenes II. La preponderancia que recibió Pérgamo por consecuencia del tratado le valió erigirse en árbitro en la zona. Con Atalo III, hijo de Eumenes II, Pérgamo inició su decadencia, siendo legado a Roma a la muerte del Rey, constituyéndose como simple provincia romana de Asia.

BASILEUS

Voz griega que significa «rey». Originalmente, el término era referido al rey de Persia como expresión de Gran Rey, esto es, como supremo ejemplo de autócrata; voz de la que deriva basílica o palacio. El título le fue adjudicado a Alejandro tras la derrota de Darío III, y se mantuvo por los seleúcidas sucesores del mismo, transmitiéndose al orbe romano con Heraclio, emperador de la parte oriental del imperio romano. El Basileus era, sin embargo, un *primus inter pares*, un rey en el consejo y no expresión de arbitrio caprichoso carente de control; entre otras razones, porque el imperio persa casi nunca pudo disponer de una eficaz centralización, y su estructura fue con más frecuencia de carácter semifeudal, lo que obligaba al déspota, para mantener su dominio, a ser muy flexible y tolerante con la diversidad de pueblos que dominaba.



Majestuosas estatuas situadas al borde de un camino en la isla de Delos.

BESO (o Besso)

(Hacia la mitad del s. IV a.C.)

Sátrapa de Bactriana, participó junto a Darío III en la batalla de Arbela, haciendo prisionero a su rey al huir éste y ordenándole matar. Muerto Darío, Alejandro se consideró su sucesor, ordenando de inmediato la persecución y muerte del regicida. Es la persecución de Beso la que inicia la campaña irania de Alejandro, sin duda una de las más duras. Perseguido durante tres años (330-327) por las satrapías de Bactriana, Aria, Drangiana y Sogdiana, al ser abandonado Beso por sus partidarios más allá del río Oxus, fue hecho prisionero por el macedonio y futuro faraón Ptolomeo y entregado a Alejandro, quien ordenó se le cortase la nariz y las orejas y, finalmente, decapitado en la capital bactriana.

BITINIA

Territorio al SO del mar Negro y al NO de Asia Menor que, desde la península de Calcedonia, llegó a extenderse hasta Heraclea y Pafaglonia, Misia y Prepóntide. Su territorio le dotaba de excelentes condiciones para una rica agricultura, y la habilidad de sus diversos reyes le permitió jugar un importante papel en la historia de la Tracia asiática, como la denominaban los griegos. Su primer rey, Zipetes o Zipoetes, longevo en el trono, participó en las luchas habidas entre Lisímaco y Seleuco, llegando incluso a enfrentarse victoriosamente con Antíoco, iniciando una política independiente de la de los *diádocos* y sus sucesores, política continuada por Nicomedes I (fundador de Nicomedia, la capital del reino), cuyos sucesores Prusias I y II vieron reducir su territorio en beneficio de Pérgamo. Con la intervención de Roma en la zona, la expansión territorial pretendida por Nicomedes II y III no fue nunca ratificada, sufriendo, incluso, algunas reducciones con las conquistas de Mitrídates. Nicomedes III legó el reino a Roma (74 a.C.), pasando a integrarse en la provincia del Ponto y Bitinia.

BUCEFALO

Nombre dado al caballo de Alejandro, famoso por su energía y porque solamente podía montarlo él. Este había apreciado que al animal le asustaba la sombra del jinete, lo que le sugirió poner al corcel cara al sol dominándole perfectamente. En la batalla sostenida en el río Hidaspes contra el rey indio Poros murió el animal, al que Alejandro dedicó fabulosos funerales y ciudades que conquistó (Bucefalia).

CALISTENES

(360-327 a.C.)

Historiador griego sobrino de Aristóteles, nacido en Olinto. Compañero de Alejandro, de quien fue relator (lo que le permitió publicar sus *Persika)*, se enfrentó al mismo a consecuencia de negarse Calístenes a rendirle homenaje de postración al modo persa *(proskinesis)*. Cuando se denunció la conjura de los *Hetairos*, estando Alejandro en Drangiana en persecución de Beso, Calístenes fue detenido y asesinado.

CARIA

Región situada al SO del Asia Menor, colonizada por los dorios, formaba parte de las ciudades helenas, integrándose, según los avatares históricos, bajo el dominio de Lidia, de Persia, etc. Formó parte de la Liga Marítima ateniense. Durante el reinado de Mausolo, Caria representaba la Hélade dentro del imperio persa. Mausolo, al efecto de reforzar el helenismo, trasladó la capital desde Milasa hasta Halicarnaso, construida con ese fin. Diseñada como ciudad marítima para competir con Siracusa en el Mediterráneo oriental, la nueva ciudad fue modelo de *polis* griega fuera de la Hélade. Presente el ejército macedonio en sus fronteras, fue asediada por Ptolomeo, hijo de Seleuco, pasando luego a integrarse en el imperio de los lágidas, hasta que pasó a dominio de Rodas y, veinte años más tarde (168 a.C.), cedió ante los romanos, quienes la integraron en la provincia de Asia.

CARRETERA REAL

O «Camino real» es el término para expresar las rutas que, surgiendo de Susa, capital persa, ponían en contacto las sedes reales y las ciudades principales (Persépolis, Ecbatana, etc.). La más famosa, y descrita por Herodoto, es la que corría desde Susa hasta el Tigris, pasando por Capadocia y el Eufrates superior; otras unían Babilonia con Bactriana y Mesopotamia con Egipto, pasando por Fenicia. La red de comunicaciones era usada por funcionarios reales, para mantener el contacto con los diversos sátrapas, así como comerciantes. Un sistema de frecuentes postas permitía recorrer más de doscientos cincuenta kilómetros en un día. Alejandro supo aprovechar esta red de comunicaciones, que le facilitó sus rápidos y dilatados desplazamientos.

CASANDRO

(354-297 a.C.)

Rey de Macedonia, hijo de Antípatro, a quien asistió en los últimos meses de su reinado, si bien Antípatro había designado para sucederle a Polispercón, recibiendo Casandro simplemente las funciones y el título de Quiliarca. La designación de Polispercón como rey por una parte del ejército permitió a Casandro disputarle el mando, con la otra, poniéndose de acuerdo con Ptolomeo y con algunos jefes de tropas que Antípatro había situado en las ciudades griegas, así como, fundamentalmente, con Antígono. Polispercón, apoyado por Olimpia y Eumenes con sus soldados, adquiría el carácter de regente oficial, siendo Casandro el rebelde. Después de una serie de contactos diplomáticos y propagandísticos por ambas facciones, apoyado Casandro por las oligarquías de las ciudades griegas, logró una sólida posición, al hallarse en situación de impedir cualquier intento de Antígono por desembarcar en Europa. Hizo frente hábilmente a un intento de Olimpia por sublevar Macedonia mientras él trataba de conquistar el Peloponeso, logrando cercarla en Pidna y provocar su muerte tras la caída de la ciudad. Casado con una hermana de Alejandro, consiguió la custodia del hijo de éste y de Roxana, consolidando su posición en Macedonia y Grecia. Mientras, Antígono, pretendiendo reunificar el imperio de Alejandro, consiguió enfrentar a las ciudades griegas con Casandro. Después de algunas luchas con Ptolomeo, aliado aquí de Casandro, no logró desbancar a éste, que continuó como regente en Macedonia y mantuvo el control de algunas ciudades griegas. Su alianza con Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco, le sirvió para vencer en la batalla de Ipso, con la consiguiente derrota de Antígono y Demetrio. Murió en mayo del año 297.

CLEITO, el Negro

(Mediados s. IV a.C.)

Compañero y lugarteniente de Alejandro. Hermano de la nodriza del gran macedonio, le salvó la vida en Gránico.



Sarcófago de Alejandro en el que se aprecian los relieves representativos de la batalla (Estambul).

Su proximidad e intimidad con Alejandro justifica el mando de los *hetairas* en Arbela. Hiparca en el año 330, cuando celebraba un banquete, tuvo una disputa con Alejandro, quien, irritado por el carácter provocativo con que le hablaba Cleito, le atravesó con una lanza. El hecho se produjo en un momento de obnubilación y nadie lamentó el incidente más que Alejandro.

CLEITO, el Blanco

(Mediados del s. IV a.C.)
Almirante macedonio, dirigió la flota de Alejandro, bajo las órdenes de Crátero, que regresaba con los veteranos licenciados a consecuencia del motín de Opis (verano del año 324). Participó en la guerra Lamiaca mandando la flota que Pérticas envió al corregente Antípatro, bajo cuya protección Crátero pudo atravesar los estrechos de Asia Menor, venciendo a la flota ateniense en Amorgos por segunda vez, bloqueando el puerto de El Pireo. Como consecuencia del reparto de Triparadiso (321), recibió la Lidia, que perdió contra Antígono dos años después (319). Al entrar al servicio de Polipercón, asumió con la flota de éste la vigilancia de los estrechos, para impedir un desembarco de Antígono en la costa europea; pero sorprendidos sus barcos en fondeadero, fueron destruidos, pereciendo el propio Cleito cuando pretendía retornar poco después a su tierra de origen.

COSMOPOLITISMO

Actitud filosófica que reacciona contra las vinculaciones del individuo hacia el *oikós,* la *fratría* y la *polís,* que surge en el siglo IV a.C. y que es ya manifestación de un cierto panhelenismo. Condensa y supera la idea socrática del

sabio, persona por encima y superior a los vínculos que atan al hombre a núcleos y agrupaciones estrechas, que no es sino expresión de independencia individual. Aunque fue la escuela cínica la primera en considerar el cosmopolitismo, serén los estoicos quienes le llevarán a sus máximas consecuencias. Siendo el alma individual parte de la razón universal, pasaron a afirmar la unidad del género humano, desvinculando a éste de todo lazo social, cultural y político, para afirmarlo como ciudadano del universo. La expansión alejandrina, la apertura de inmensos imperios, y la unificación de los mismos bajo el único poder de Alejandro, y luego de sus herederos, ofreció la coyuntura estructural en que descansar la idea. El hombre, pero sobre todo el sabio, es ciudadano en todas partes, pues con él lleva el valor de la ciudad. Pero también, cuando la concentración del poder político alcanza cotas no imaginadas hasta entonces, el cosmopolitismo no sólo manifiesta un optimismo progresista, sino una claudicación del hombre, que, frente a la intensidad de aquel poder, solamente puede recluirse en sí y sobre sí. El cosmopolita, que ha vivido en muchas ciudades, aprecia mejor la razón de ser de las cosas, costumbres, criterios, intereses. En suma, su visión del mundo se abre hacia el horizonte.

CRATERO

(S. IV a.C.)

Compañero y lugarteniente de Alejandro, que destacó como uno de los mejores generales del mismo en la campaña de Persia. Mandó uno de los destacamentos de caballería que escoltaban la flota dirigida por Nearco en busca de la desembocadura del Nilo y la importante fracción del ejército que regresaba de la India a través de Aracosia. Durante la etapa de los *diádocos* fue adjunto de Antípatro en el gobierno de Macedonia y Grecia y tutor oficial de Filipo III. Con ello se convirtió en el refrendador oficial de los actos de Pérdicas, recibiendo de este modo una autoridad que, en los hechos, se demostró nula. El influjo que sobre Crátero ejerció Antípatro, por su edad y experiencia, se incrementó al casarse aquél con Fila, una de las hijas de éste. Junto a estos factores, la imperatividad de atender las necesidades de la guerra de Lamia, le apartaron de las decisiones trascendentales. En la guerra Lamiaca asumió la labor de reforzar a Antípatro, recluido en Lamia, cruzando los estrechos bajo la protección de la flota de Cleito. En el verano siguiente, atravesó Tesalia, junto con Antípatro, con más de 45.000 hombres, en dirección a Grecia, venciendo a los griegos en Cranón. En el año 321 volvió a Macedonia, aliándose con Antígono en coalición contra Pérdicas y Eumenes, muriendo en combate cuando, con las tropas de Neoptolemo, se enfrentaba a las de Eumenes.

CREMONIDES (Guerra de)

Lucha acontecida a lo largo de los años 266-261 a.C. entre diversas ciudades griegas aliadas con Egipto en contra de Macedonia, alentada por Cremónides, discípulo de Zenón. Como consecuencia de la declaración de guerra a Antígono, éste invadió Atica (266). Los griegos, atacando por tierra con el ejército espartano (mandado por Areos) y por mar con la flota egipcia (bajo las órdenes de Patroclo) a efectos de cerrar el golfo de Sarónico, vieron frustrado su plan por el control macedonio sobre Corinto, lo que impidió a Areos el paso del Peloponeso, dado que no hubo punto de embarque disponible en que atracasen los navíos de Patroclo. Al año siguiente, Antígono derrotó a Areos, poniendo sitio a Atenas, que hubo de levantar para defenderse del ataque del hijo de Pirro, Alejandro. Este había invadido Macedonia, que no sufrió peligro al ser los invasores fácilmente expulsados. Disuelta la liga contra Macedonia, Atenas hubo de soportar un cerco que la llevó a la rendición en 261.



Cabeza de Zeus correspóndiente al período helenístico.

CURUPEDIO (Batalla de)

Enfrentamiento entre los ejércitos de Lisímaco y Seleuco, en Asia Menor, al oeste de Sardes, en el año 281 a.C., en el que el primero encontró su derrota y muerte, y el segundo la posibilidad de convertirse en el sucesor de Alejandro para buena parte del imperio, si no hubiese sido asesinado por el hijo de Ptolomeo II Filadelfo. Como consecuencia de la batalla, se inició la división tripartita del imperio macedonio alejandrino: Macedonia y Grecia, Egipto y Persia.

DARIO III Codomano

(381-330 a.C.)

Basileo de Persia, proveniente de una rama lateral de los aqueménidas y designado rey por el eunuco Bagoas en el

año 336 (quien previamente había envenenado a Artajerjes y al hijo de éste, siendo a su vez envenenado por Darío). Aunque tenía alguna experiencia bélica derivada de la guerra mantenida contra los cadusios, carecía de carácter y de conocimientos tácticos. Al enfrentarse a Alejandro en forma un tanto improvisada (aunque se esperaba la invasión de Persia, Darío no tenía plan alguno de campaña, y el ofrecido por Memnón de Rodas, consistente en evitar una batalla decisiva y ceder terreno, fue dejado de lado), sufrió una enorme derrota en Gránico (324), si no personalmente, sí por medio de sus sátrapas de Frigia, Lidia y Capadocia. Darío cometió otro error al renunciar al uso de su flota como elemento de ataque a las líneas de comunicación de Alejandro con su retaguardia, ofreciendo al invansor la iniciativa; todo ello, no obstante la enormidad de recursos de que podía disponer Darío. Una segunda batalla se dio en Isos, que significó otra total derrota para el persa, haciendo prisionera a la familia real del aqueménida al ocupar el campamento de éste. Darío pudo huir y ofreció la paz a Alejandro, que la rechazó prosiguiendo su conquista de Palestina y en dirección a Egipto. Esta campaña permitió a Darío disponer de un año y medio para concentrar nuevos recursos militares, que opuso a los macedonios en Arbelas. A pesar de haber concentrado un ejército superior al medio millón de hombres, volvió a perder la batalla, teniendo que huir al territorio curdo. Alejandro comenzó su persecución sin tregua, pero cuando consiguió alcanzar a Darío, estaba éste ya muerto: el sátrapa de Bactriana, Neso, había hecho prisionero al rey y le había dado muerte en Hecatompilos. Fue enterrado por disposición de Alejandro con honores soberanos.

DELFOS

Ciudad y santuario de la antigua Grecia, situado al pie del monte Parnaso, en la Fócida; famoso porque su templo y oráculo de Apolo fueron un importante eje político de las ciudades griegas. Su fama trascendió más allá de la Hélade, siendo normales las consultas al oráculo por personas provenientes de otras partes. El templo de Apolo estaba situado en la terraza central del santuario, cuyo *onfalos* era considerado el centro del mundo. La *vía sacra* comunicaba el templo con el *témenos*. El valor del santuario y su trascendencia política derivan de haber sido centro de contacto entre las individualistas ciudades griegas. El oráculo estaba situado en la parte posterior del templo, en la boca de un abismo o cráter donde la pitonisa proporcionaba sus célebres predicciones, después de beber agua de la fuente Castalia y emitir en éxtasis palabras incoherentes, que el sacerdote interpretaba. Comenzando como centro de influencia religiosa, lo fue luego de otras morales y políticas.

DELOS

Ciudad e isla de las Cícladas. Habitada tres mil años antes de Jesucristo, se convirtió pronto en centro religioso griego, famoso por sus festividades *(delias)*. Dominada por Atenas, no logró su independencia sino a comienzos del siglo IV a.C., volviendo a resurgir su prestigio al convertirse en sede del tráfico marítimo comercial. Incluso cuando Roma intervino en el mundo helénico y entregó Delos a Atenas, la isla siguió funcionando con autonomía, al ser declarada por Roma puerto franco: era respetada por los piratas, que vendían allí el producto de sus rapiñas; sede del tráfico de esclavos, pues allí no se requería acreditar la exacta condición de esclavo del vendido como tal; centro del mercado de trigo, vinos y aceites y de la manufactura. Tal fue su apogeo que se ha hablado de una «civilización de Delos», manifestada en la arquitectura, la pintura e incluso el ritual. Centro del tráfico con la Campania romana, se romanizó intensamente, pero también ayudó a helenizar el mundo romano. En el año 88 a.C., Mitrídates desembarcó en la isla, procediendo a una matanza general de la población romana. La represión en sentido contrario de Sila y, sobre todo el desembarco pirata del año 50 a.C., pusieron fin a su grandioso esplendor.

DEMETRIO de Falero

(350-283 a.C.)
Político, intelectual y orador ateniense, partidario de los macedonios, pertenecía a la oligarquía de Atenas, a la que representó en las conversaciones mantenidas con Antípatro y que pusieron fin a la guerra Lamiaca. Casandro le designó gobernador de Atenas (317-307). Formado en la escuela aristotélica y discípulo de Teofrastro, durante su gobierno consiguió una relativa prosperidad para la ciudad. Mantuvo un régimen aristocrático, combatiendo el lujo administrativo por considerar que su costo empobrecía a los ricos (lo que le llevó a suprimir las trierarquías y los *coregas)*. Durante la lucha entre Antígono y Casandro, tuvo que huir a Tebas, al poner Demetrio Poliorcetes sitio a Atenas, debiendo exiliarse finalmente a Egipto. Allí fue consejero de Ptolomeo Soter, orientándole en el establecimiento de un sistema de granjas de producción sujetas a normas muy precisas; pero, sobre todo, en la creación del museo (en el que se practicaba el mecenazgo con los intelectuales y artistas), parte del cual era la magnífica biblioteca. En el año 283, al llegar al poder Ptolomeo Filadelfo, debió exiliarse al Alto Egipto, donde murió al poco tiempo.

DEMETRIO Poliorcetes

(336-282 a.C.)
Hijo de Antígono, destaca en las pugnas mantenidas entre los *diádocos*. En 312 su padre le encargó la defensa de Siria contra Ptolomeo, quien le derrotó en Gaza; si bien Demetrio, en su retirada hacia el norte de Siria pudo detener a una vanguardia del ejército vencedor. Su padre volvió a encargarle la recuperación de Babilonia, conquistada por Ptolomeo tras el triunfo de Gaza, pero fracasó en el intento. A la muerte del regente Antípatro y asumida su función por Casandro, la pugna entre éste y Antígono hizo que Demetrio acometiese la tarea de ocupar los puntos de apoyo de que Casandro disponía en Europa, con lo que puso sitio a Atenas, la conquistó y desalojó de ella a Demetrio de Falero. El triunfo significó para Antígono y Demetrio ser tratados como héroes por los atenienses, que veían recuperar su libertad y llegaron a atribuirles honores divinos, erigiéndoles varias docenas de estatutas. Decidido Antígono a afirmarse en Europa, nuevamente envió a su hijo a conquistar Chipre, en donde estaban situadas las tropas de Ptolomeo. En junio del año 306, después de derrotar a la flota egipcia dirigida por el propio Ptolomeo, vio rendirse ante él a Menelao, quien defendía Salamina de Chipre. La victoria supuso para Antígono recibir el título de rey, y prentendió asociar al trono a su hijo. Con el fin de acabar con el poder de Ptolomeo, Demetrio pretendió conquistar Rodas, sede del comercio egipcio. Debido al ingenio y paciencia manifestados en el asedio de la ciudad, ratificó su apodo («conquistador de ciudades»). Pero no pudo entrar en Rodas ante el deseo de Antígono de alcanzar una paz de compromiso (305), urgida por el riesgo que sufría Ate-

nas, cercada por Casandro. Contra éste fue Demetrio, sorprendiéndole por la retaguardia, derrotándole en Termópilas y obligándole a levantar el sitio. Conquistada Atenas, rompió la tradición de las concesiones autonómicas de su padre, gobernando la ciudad con inusitado rigor. Al año siguiente (303) se lanzó a conquistar el Peloponeso y doce meses más tarde convocó a las ciudades griegas, organizando la Liga de Corinto. Tras ser elegido estratega de la Liga, contrajo matrimonio con Dadamia, hija de Pirro. La preponderancia que, así, había adquirido Antígono, originó que los restantes *diádocos* se uniesen contra él, teniendo que recurrir a la ayuda de Demetrio, que vino desde Grecia. Ambos ejércitos se encontraron en el Ipsos, pero un error de Demetrio estropeó lo que iba a ser victoria: al perseguir excesivamente al enemigo facilitó la muerte de Antígono. Demetrio se refugió en Efeso tras una batalla perdida, contaba aún con recursos para sostenerse y vio reoforzada su posición cuando Seleuco, desconfiando de Lisímaco y Ptolomeo, solicitó la mano de su hija como oferta de alianza (299). Demetrio no perdió el tiempo e inició el ataque a las tierras en poder de Pleistarco, así como contra la propia Atenas, con la que consiguió hacerse en el año 294. Se dirigía hacia Esparta cuando Alejandro, hijo menor de Antípatro, solicitó su ayuda, y la de Pirro, para hacerse con Macedonia, que estaba en poder de su hermano. Demetrio se unió a Alejandro y ordenó matarle al rechazar éste su ayuda por llegar con retraso, y los soldados macedonios le nombraron rey. Hubo de luchar contra Pirro, asegurándose el control de Macedonia y de buena parte de Grecia. Al querer ampliar su poderío, fue derrotado cuando intentaba invadir Asia, al ser cercado por Seleuco, al que se rindió. Murió dos años más tarde (282).



Joyería helenística (Londres, Museo Británico).

DIADOCOS

Con tal nombre se designa a los generales de Alejandro que, a su muerte, se disputaron el imperio macedonio, en parte empujados por la frase del propio Alejandro, si es cierta la tradición. Al ser preguntado acerca de quién debiera ser su sucesor, se dice que respondió: «El mejor de todos.» Los diádocos fueron compañeros de Alejandro, e incluso algunos del propio Filipo II (como Antípatro), todos eran macedonios (salvo Eumenes) y habían dirigido casi siempre las divisiones del ejército macedonio, aunque algunos, como Meleagro, eran de reciente ascenso. Fueron, en concreto: Antípatro, encargado de mantener Macedonia y Grecia, hasta que fue llamado a Babilonia por Alejandro; Antígono Monoftalmos, sátrapa de Frigia; Pérdicas, sustituto directo de Alejandro al morir éste; Eumenes, secretario y canciller de *el Magno,* experto político y diplomático más que militar; Lisímaco, que dominaba la Tracia; Ptolomeo, que mandaba en Egipto; Leonato, general destacado en la campaña de la India; Seleuco, general que dirigía las tropas que estaban más destacadas de todo el ejército.
Conforme a la tradición macedonia, correspondía al ejército designar al rey. Una vez fallecido Alejandro, el ejército se situaba en Macedonia (Antípatro) y Babilonia (Pérdicas), surgiendo el conflicto sucesorio por consecuencia de estar Roxana embarazada. La idea de esperar al alumbramiento fue rechazada por Meleagro, jefe de la infantería, quien propuso como sucesor a Arrideo, hijo bastardo de Filipo. Se aceptó el plan bajo condición de si Roxana alumbraba varón, éste reinaría junto con Arrideo bajo la tutoría de Crátero (por ser Arrideo retrasado mental y enfermo), actuando Pérdicas y Meleagro de regentes. La distribución del imperio entre estos actores puso las condiciones para su recíproco enfrentamiento en una serie de guerras que, junto a las sostenidas por sus sucesores, los epígonos, duraron cuarenta años.

DIONISOS

Deidad griega, posiblemente la manifestación religiosa más relevante del mundo helenístico, quizá porque su configuración le permitía absorber los caracteres del culto de otras divinidades. Se le consideraba hijo de Zeus y Sémele, la cual fue fulminada por pretender ver al propio Zeus en su esplendor, siendo el niño desgarrado por los Titanes y reconstituido en una pierna de Zeus, por lo cual se le atribuía un doble nacimiento y la cualidad de custodio de las almas. Deidad muy popular (dios del vino, de la vegetación y de los campos, de la fecundidad y acogedor de las almas de los muertos), fue un factor de expansión del helenismo y de recepción para otras creencias similares en el mundo griego (como el culto de Osiris). Los himnos de su cortejo generaron la poesía dramática y la lírica griegas.

EPITAMENES

(Segunda mitad del s. IV a.C.)
Dirigente y sátrapa bactriano que, a la muerte de Beso por Alejandro, dirigió la resistencia contra éste (329-328) en la Sogdiana, sin que los macedonios pudiesen con él. Fueron los escitas masagetas quienes le hicieron prisionero cuando intentaba Epitamenes buscar refugio entre ellos entregándole a Alejandro su cabeza. Paradójica-



Cáliz en el que se aprecian *hoplitas* armándose para la batalla.

mente, su hija Apama casó con Seleuco (324), siendo, pues, antecesor de la dinastía seleucida.

ESTRATEGA

Magistrado civil y militar, dirigente de la *polis*. Su origen es antiguo, siendo instituido en Atenas por Clístenes como reacción contra la tiranía de Pisístrato. Eran diez y actuaban colegiadamente, siendo designados por votación anualmente y manteniendo competencias muy definidas. En la guerra se turnaban el mando. Su papel más relevante era, sin duda, la dirección de las relaciones exteriores con otras ciudades, de las que dependía en gran medida el buen gobierno de Atenas. El término se fue extendiendo posteriormente por el mundo heleno.

EUMENES

(360-313 a.C.)

Canciller de Alejandro y, antes, colaborador de Filipo II, era oriundo de Cardia. Jefe militar, destacó también por sus dotes políticas y diplomáticas, a pesar de su condición de griego entre los macedonios. En el reparto del imperio de Alejandro se le asignó la Capadocia, que hubo de pacificar con la ayuda del regente Pérdicas. Se manifestó como fiel seguidor de la política de Alejandro y del mismo Pérdicas, en la pretensión de mantener la unidad del imperio. Cuando Pérdicas se enfrentó con Antípatro y Ptolomeo, Eumenes fue encargado de defender Asia Menor contra Antípatro y Crátero, al tiempo que Pérdicas afrontaba a Ptolomeo. Dirigió un ejército macedonio, pero provisto de una fuerte vanguardia de capadocios, dando al traste con la pretensión de Crátero y Neoptolemo (que pensaban sublevar a los macedonios), venciendo a los dos y matando a éste último. Al ser abandonado Pérdicas por los demás *diádocos*, quedó Eumenes solo y fuera de la legitimidad macedonia. Pretendiendo organizar una resistencia con amigos de Pérticas, fue derrotado en Orcinia (320), aunque pudo refugiarse en Nora después de una hábil retirada. Muerto Antípatro, al sucederle Polisperconte con apoyo de parte del ejército, ofreció una tregua a Eumenes, a cambio de su reconocimiento como soberano, y la dirección de la guerra en Asia contra Antígono, lucha que se inició en el año 318. En batalla con Antígono, en Gadamarta, fue objeto de una traición y ejecutado.

FALANGE

Unidad táctica griega compuesta de numerosas filas de soldados (hasta dieciséis) provistos de lanza larguísima (siete-ocho metros), espada y escudo. La variante macedonia debe atribuirse a modificaciones introducidas por Fili-po II, que sumó asimismo la caballería como elemento rápido de apoyo. La falange se componía de *pezetairos*, o lanceros, formados en batallones *(taxeis)* de vanguardia. En la marcha, las filas de la falange solían guardar la distancia de un metro, que reducían a la mitad en la defensiva o en el ataque, avanzando las *sarisai* o lanzas largas, que formaban un cerrado e inexpugnable muro. Filipo II diseñó la línea oblicua de combate, que se apoyaba en caballería *(hetairos)*, encargada de cubrir las alas y la retaguardia indistintamente. La división en batallones y en *quiliarquías* permitía a la falange cierta flexibilidad para actuar en cohesión con la caballería o la infantería ligera. Pero en Pidna (168 a.C.) quedó demostrada su insuficiencia frente a la flexibilidad de la legión romana, y en Cinoscéfalos (196 a.C.) su inutilidad cuando trataba de dar combate en terreno irregular.

FILIPO II

(383-336 a.C.)

Hijo de Amintas III y de Eurídice, rey de Macedonia a partir del año 356. A los quince años fue llevado a Tebas en condición de rehén, por lo que pudo conocer profundamente la cultura helénica. Su contacto con dos generales, Epaminondas y Pelópidas, sería decisiva en su futuro. A los veinticuatro años era nombrado regente de Amintas, hijo de Pérdicas III y sobrino del propio Filipo; regencia que impuso un férreo orden, al consolidar el poder de su pariente frente a otros pretendientes, fijando, además, las fronteras frente a los intentos de invasión, tan frecuentes, de pueblos vecinos. Hacia el año 355 es proclamado rey, lo que le atrajo el odio de Amintas. Ya antes de su ascensión al trono, Filipo se había embarcado en la empresa de expandir Macedonia, en una serie de felices combates: Anfípolis (357), Pidna (356), minas de Pangeo (356) y Metona (354), en donde Filipo perdió un ojo por causa de un flechazo. Supo combinar su fuerza militar con su astucia política y diplomática. La tercera guerra sagrada, conflicto que puso en lucha a diversas ciudades griegas, le permitió iniciar la conquista del mundo helénico a partir de la batalla de Crocos (352), haciendo suya la Tesalia e intentó llegar a la Grecia central, pero le pareció más sensato frenar su impulso ante las dificultades que podrían esperarle. En el año 351 se dirige a la Tracia, entrando en conflicto directo con los atenienses al amenazar los estrechos, logrando la victoria de Queronea. Convocado un congreso de ciudades en el año 337, se fijó la situación territorial, saliendo Macedonia con la dirección suprema, al ser reconocido Filipo como *hegemón* y *estratega*. Se disponía a invadir Persia, cuando sus desavenencias con tantos intereses generaron el atentado y su asesinato por mano de Pausanias, pasando a heredarle su hijo Alejandro.

FILIPO V

(237-179 a.C.)

Hijo de Demetrio II, rey de Macedonia y heredero de la corona desde los nueve años de edad. Bajo la tutoría de Antígono Dosón (primo de su padre Demetrio II), hubo de esperar a cumplir diecisiete años antes de reinar directamente. Como jefe de la Liga Helénica, tuvo que enfrentarse con los etolios (217), venciéndoles brillantemente, demostrando sus altas dotes militares. El triunfo



Retrato de Alejandro con su madre, Olimpia (Madrid, Biblioteca Nacional).

le permitió asentarse firmemente en Macedonia. Coetáneo de Aníbal, recibió una embajada de éste cuando se hallaba el púnico en Capua, ofreciéndole una alianza contra los romanos, que Filipo aceptó, aunque no supo aprovecharla en todas sus consecuencias. Tras varios enfrentamientos con tropas romanas y aliados de éstos en la región (primera guerra macedonia), de los que no salió bien librado, la paz de Fenice (205) le dio los accesos al Adriático; momento en que Roma estaba demasiado ocupada con Aníbal para intentar frenarle. Filipo se sintió con fuerzas para intentar tomar Egipto, dominando de entrada las ciudades del Egeo y de la costa de Asia. Su error fue atacar el reino de Pérgamo, cuyo rey, Atalo, tenía firmado un tratado con Roma, vencedora ya de Cartago. La solicitud de ayuda a los romanos fue aceptada por el Senado. En el año 200 una fuerza expedicionaria romana fue destacada a modo de descubierta, y al año siguiente Publio Sulpicio Galba se enfrentó decididamente con el ejército de Filipo en Otobolo, con feliz resultado para los romanos. En el año 198 Tito Quincio Flaminio llegó a Grecia, derrotando en el 197 a Filipo en Cinoscéfalos. Para Filipo la derrota supuso una total sumisión a Roma. Volvió a ser aliado de ésta, aunque siempre mal tratado, lo que le llevó a intentar una revancha hacia Roma que nunca realizó. Fue sucedido en el trono por su hijo mayor, Perseo.

FILOTAS

(Primera mitad del s. IV a.C.)
General macedonio, hijo de Parmenión. Durante la conjura contra Alejandro en Drangiana, Filotas fue conocedor de la misma, pero mantuvo silencio. Como comandante de los *hetairos* fue condenado por el ejército de Alejandro y ejecutado.

FLAMINIO, Tito Quincio

(227-214 a.C.)
Cónsul romano, después de consumir el *cursus honorarum*, encargado de pacificar la Macedonia de Filipo V. Fue elegido para el cargo posiblemente por su exagerado helenismo, así como por sus dotes diplomáticas. Tras una inicial victoria de tono menor en el Aoos, ocupó la Hélade y Fócida, tratando de atraerse a las ciudades griegas, lo que logró con la liga aquea. Derrotó a Filipo en Cinoscéfalos (197), debiendo éste solicitar la paz a Roma. Al año siguiente, Flaminio proclamó en los Juegos Istmicos la libertad de las ciudades griegas, retirando las tropas romanas de territorio griego el año 194, lo que no impi-






Gran Altar del Pérgamo, con distintos relieves de los frisos (Berlín, Museo de Pérgamo).

dió nuevas disidencias griegas y la posterior intervención de Roma en la zona, ya para quedarse definitivamente.

GEDROSIA

Zona desértica del Beluchistán que atravesó Alejandro, con parte del ejército, en su retirada desde el Indo, en una durísima expedición que causó cuantiosísimas bajas en las tropas del macedonio. La región está situada al norte del golfo Pérsico, al sur de la Drangiana.

GRANICO (Batalla de)

Río del Asia Menor, con desembocadura en la Prepóntide, a cuyas orillas, en la primavera del año 334 a.C., Alejandro propinó una primera derrota a los persas. Estos, con sus aliados griegos, habían formado la línea de combate en la propia orilla, muy resbaladiza. A punto de anochecer, Alejandro aprovechó el momento para iniciar un ataque por sorpresa sobre el ala derecha del enemigo, en el que empleó a fondo su caballería. Las víctimas del ataque fueron los mercenarios griegos que ayudaban al rey Darío, quienes sufrieron sensibles pérdidas. El propio Alejandro intervino decididamente en la batalla, estando a punto de perder su vida de no haber sido por la feliz intervención de Cleito *el Negro*. Aunque Alejandro asumió la victoria como panhelénica, mediante la ofrenda a Palas Atenea, no por ello dejó de designar a Calas sátrapa de la Frigia. En el Gránico, Alejandro consiguió el dominio de los Estrechos, factor fundamental para, con la espalda bien guardada, continuar su campaña.

HEFESTION

(Mitad del s. IV a.C.)
General macedonio, íntimo amigo de Alejandro y jefe de su propia guardia, participó en la carga de los *hetairos* (batalla de Arbela), acompañando a Alejandro en la conquista de Asia. Junto con Pérdicas, asumió la labor de lanzar un puente para cruzar el Indo, y le correspondió mandar uno de los destacamentos que por la orilla de dicho río descendieron hasta su desembocadura. Contrajo matrimonio con una hermana de Darío III, Drípetis, en la ceremonia masiva celebrada en Susa. Vino a morir en Ecbatana, en el otoño del año 324, provocando en Alejandro un profundísimo dolor, que quiso compensar erigiéndole un fastuoso monumento funerario, ordenando el traslado de sus restos a Babilonia.

HELENISMO

Cultura que se desarrolló, por influjo de Grecia, más allá de sus fronteras. El helenismo halla sus antecedentes en los movimientos filosóficos de los cínicos y, destacadamente, de los estoicos. En un principio, supone un enfrentamiento diferenciador entre el individuo libre, que carece de conexiones subordinadoras y que halla su razón de ser en el conocimiento y en la cultura. Por contraposición a los hábitos y costumbres de los pueblos extranjeros, o bárbaros, el helenismo es, en principio, una afirmación de lo griego, como esfuerzo que intenta superar las divisiones, profundas y constantes, de las ciudades de la Hélade, buscando conexiones comunes. La conquista de Alejandro hizo posible materialmente la expansión de un mundo de ideas en que lo heleno es centro y esencia. Un ejemplo temprano se da en Caria, bajo el reinado de Mausolo, quien, en pleno corazón de Persia, funda un centro de esplendor de lo heleno (Halicarnaso), en que se recoge todo lo que puede hallarse en una ciudad de Grecia o, si cabe, como Siracusa. Pero, a partir de Alejandro, el helenismo será un movimiento casi imperialista, monopolizador, no obstante la crisis, y quizá por ello mismo, de la ciudad griega, que se ve arropada por poderes políticos extraños. Egipto, Siria, Pérgamo, Bactriana, Ponto, Capadocia, la propia Roma, son expresión de la fuerza del movimiento, que perduró hasta el siglo IV d.C. Apoyado realmente en la explotación del campo en beneficio de la vida ciudadana (bien dotada de medios para facilitar la difusión de la cultura), coincide, determina o es expresión de un renacer comercial y mercantilista de índole cosmopolita. Sus manifestaciones alcanzaron todas las ramas del conocimiento y de la curiosidad humana, desde las técnicas hasta la idea religiosa.

HETAIROS

Término con que se designaba a los *compañeros del rey*, probablemente creados por Alejandro I Filheleno, como cuerpo especial de caballería. Filipo usó del cuerpo para incorporar a su gobierno a los nobles macedónicos, estableciendo con ellos unas especiales relaciones de índole cuasi feudal: les proporcionaba tierras y quedaban unidos todos a su persona por especiales lazos de fidelidad. Como guardia de corps o personal, los empleó Filipo, así como su hijo Alejandro, estaba integrada por los más íntimos hombres de confianza.

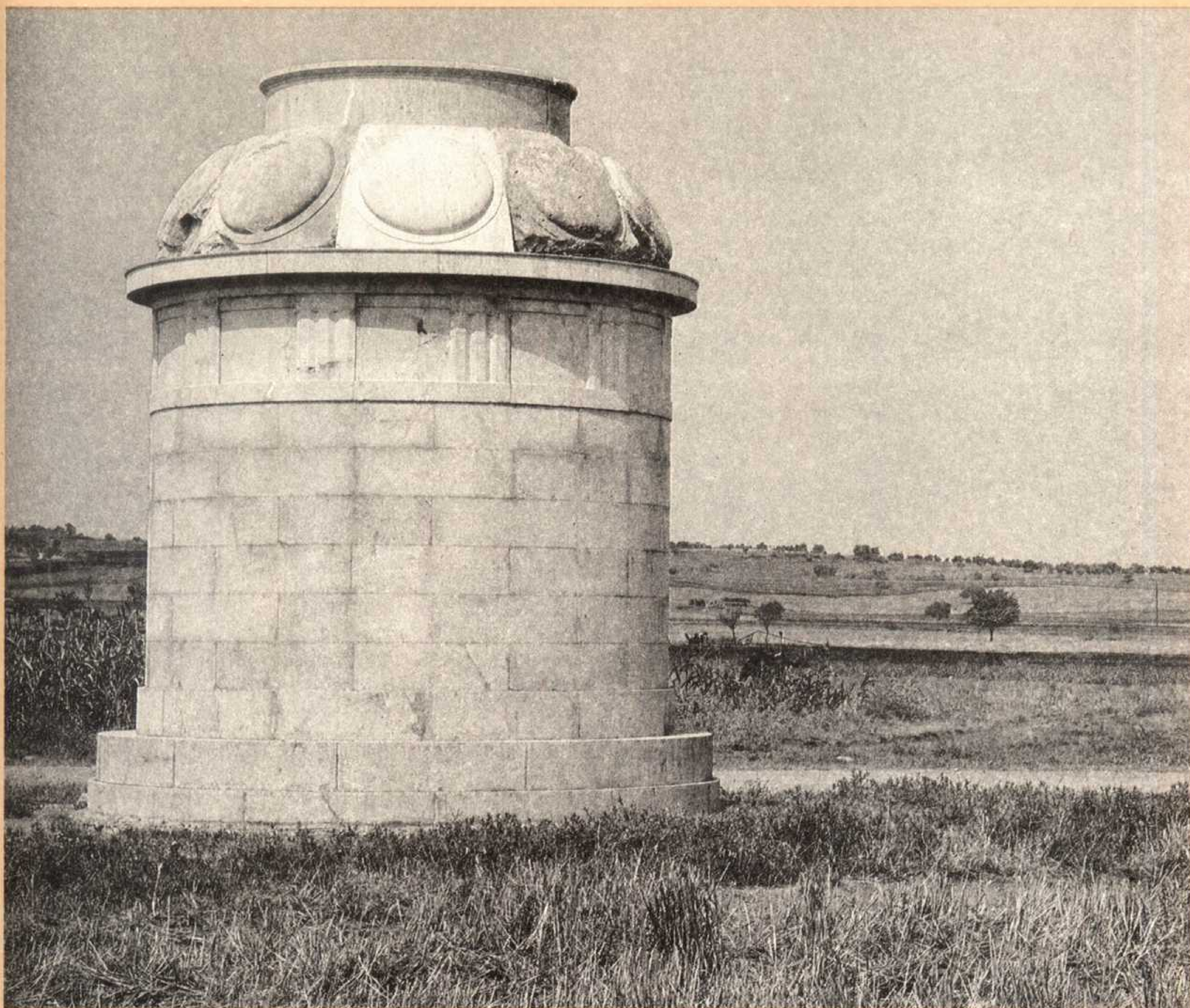
HIDASPES (Batalla del)

Río afluente del Indo, en la Aracosia, también llamado Idaspe, en cuyas orillas dio Alejandro batalla contra el rey Poros (enfrentamiento conocido asimismo como batalla de Poros). Poros, cuyo nombre indio era Paurava, fue uno de los grandes adversarios con que se enfrentó Alejandro en su campaña de India. Poros disponía de un potente ejército, que esperaba a Alejandro en la orilla izquierda. Alejandro, en un movimiento peligroso pero expresivo de su dominio militar, atravesó el caudaloso río sin ser advertido por su enemigo, incorporando sus fuerzas a una inmediata batalla, decidida por dos elementos fundamentales: los arqueros, que acabaron con los conductores de los elefantes indios, hiriendo a los animales y provocando que éstos se revolviesen contra sus propias filas, y la caballería, muy superior a la india y bien manejada. Poros fue herido y hecho prisionero en la batalla; pero Alejandro, en gesto de hábil político, le reintegró su reino, como instrumento para mantener un equilibrio frente a Taxiles, cuyas tierras se situaban al norte de las de Poros.

HOPLITA

Soldado de infantería pesada, que formaba la esencia de la falange macedónica, en cuya formación táctica integraban la segunda línea de batalla. Usaban como armas el *hoplón* o escudo, casco, coraza y loriga, espada y lanza larga. Sus componentes pertenecían a la aristocracia y, en general, a las clases acomodadas, solían ser acompañados de servidores.

Su fuerza derivada de la organización falangista, al provocar el choque y el impacto de las sarisas, o lanzas de más de seis metros de longitud, y la presión que significaba el avance de las líneas. El hoplita, y la falange toda, no resultaba eficaz a nivel militar pues carecía de estrategia y falta de planteamiento táctico, hasta la reforma de Filipo II, ya que se preocupaba solamente del avance hacia adelante, olvidando los flancos, resolviéndose la batalla mediante una serie de enfrentamientos individuales en que cada uno se dedicaba solamente al enemigo que tenía enfrente.



Torreón que recuerda una de las batallas entre los pueblos griegos situados en Leuttra, Grecia.

IPSO (Batalla de)

Combate ocurrido en el año 301 a.C. entre las fuerzas de Antígono y Demetrio Poliorcetes y los de los demás diadocos. Se inició con feliz augurio para los primeros, pero un exceso de optimismo llevó a Demetrio a autorizar a sus soldados lanzarse en persecución del enemigo en retirada; esto facilitó que, aislado prácticamente Antígono de las propias fuerzas, fuese herido mortalmente, sin que Demetrio llegase a tiempo de salvarle, perdiéndose el combate. Demetrio pudo ponerse a salvo, refugiándose en Efeso.

LAMIA

Ciudad situada en Malida, en la llanura del río Esperquero. Famosa por el sitio que sufrió cuando, a la muerte de Alejandro, varias ciudades griegas se rebelaron contra el dominio macedónico. El regente Antípatro intentaba atacar a los griegos, pero, al desertar su caballería tesalia, debió encerrarse en Lamía, a la espera de refuerzos solicitados a Crátero y a Leonato. Aunque Antípatro ofreció rendirse, las condiciones absolutas que le exigieron le llevaron a mantener el sitio. Defecciones entre los sitiadores hicieron que, una vez llegados los refuerzos con Leonato, aunque éste perdió una batalla, su caballería y la propia vida, la infantería pudo hacer contacto con Antípatro, quien volvió a Macedonia.
La ciudad dio nombre a la guerra Lamíaca, provocada por instigación de Hispérides, quien, junto con la facción antimacedónica, consiguió la declaración de guerra por parte de Atenas y de otras ciudades griegas. Vencidas las flotas de los aliados en Abydos y Amorgos (322) por Cleito, sus fuerzas de tierra lo fueron por Crátero, en Cranón; tras lo cual las ciudades griegas entraron en conversaciones con los macedonios, poniéndose fin al combate a finales del año 322.

LISIMACO

(360-281 a.C.)
General de Alejandro, fue designado gobernador de Tracia por los diadocos. A la derrota de Demetrio, consiguió apoderarse de Macedonia y de Tesalia; apoyado por amplios sectores de Grecia, llevó a Seleuco a inquietarse por su poder en ascenso. En el año 281 Seleuco comienza el ataque en Asia Menor, enfrentándose directamente am-

bos bandos en Curupedio, llanura próxima a Sardes, triunfando Seleuco y muriendo Lisímaco en el combate.

MAGNESIA (Batalla de)

Confrontamiento ocurrido en el otoño o invierno del año 190, en Magnesia del Sipilo, entre Antíoco y el ejército romano al mando de Gneo Domicio, por enfermedad de Publio Escipión. Antíoco oponía un poderoso ejército de 80.000 hombres frente a unas fuerzas romanas inferiores en la mitad de tal cantidad. El ejército asiático se distribuyó en dos divisiones, una de ellas con tropas ligeras que formaban el centro de la línea, y la otra agrupada en las dos alas, integrada por el grueso de la caballería. En el centro de la fuerza formaba la falange, situada en dos cuerpos de treinta y dos filas por la imposibilidad de desplegarse en el terreno. Eumenes de Pérgamo, aliado de Roma, situó su fuerza prácticamente en el ala derecha con la caballería e infantería ligeras, mientras que Gneo Domicio, general en jefe, asumía la dirección de las legiones puestas en el centro. Eumenes inició la ofensiva con ataques de flechas y hondas con órdenes de dispersar a los carros, lo que logró, y atacó luego a unas divisiones de camellos que, puestos en desbandada, desordenaron la caballería de Antíoco, puesta en franca huida al recibir el ataque de la propia caballería romana. Enfrentada la falange a las legiones, fue atacada por ambos flancos; ataque bien resistido, en parte por la profundidad de sus líneas. Pero, sin apoyo de caballería ni de fuerzas ligeras, viose en obligación de retroceder manteniendo la línea. Pero, espantados los elefantes que estaban situados en los intervalos, el ejército de Antíoco se puso en franca huida, perdiendo más de cincuenta mil hombres, frente a las bajas romanas. La batalla significó la toma del Asia Menor por Roma.

MEMNON

(Mediados del s. IV a.C.)

General y brillante estratega, oriundo de Rodas, que figuró entre los más destacados militares del ejército persa opuesto a Alejandro. Fue designado gobernador de las costas occidentales del Asia Menor, y estaba emparentado por matrimonio con el sátrapa Artabazo. Aconsejó a los sátrapas, en el momento de la invasión de Persia por Alejandro, una estrategia consistente en no presentar combate directo a Alejandro, llevando por el contrario la guerra a la propia Grecia, aprovechando la flota persa y las enemistades de los griegos contra los macedonios. Mandaba los mercenarios griegos en el ejército persa. Cuando, tras el triunfo macedonio en Gránico, Alejandro decidió que la flota propia volviese a Grecia, Memnón aprovechó la decisión para conquistar Quíos, casi toda Lesbos y otras islas del mar Egeo. Murió en el asedio de Mitilene en el año 333.

NEARCO

Navegante cretense y almirante de Alejandro, con quien le unía una gran amistad a quien el macedonio encargó el mando de la flota que, descendiendo por el Indo, debía buscar, recorriendo las costas, la desembocadura del río Eufrates. El periplo, de gran importancia en su época por el desconocimiento que se tenía de la ruta, fue descrito por el propio Nearco, detallando ampliamente las costumbres de los habitantes de las tierras cuyas márgenes recorrió. Cuando, poco antes de morir, Alejandro pensaba en la conquista de Arabia, dispuso que Nearco dirigiese una gran flota en exploración, buscando una comunicación por mar entre Egipto y el Eufrates.

OLIMPIA

(375-316 a.C.)

Reina de Macedonia por su matrimonio con Filipo II y madre de Alejandro *el Magno*, e hija del rey de Epiro. Desterrada por el propio Filipo, al contraer éste segundo matrimonio con Cleopatra, hija de Atalo, se llevó consigo a su hijo. Pudo participar en el complot por el cual Pausanias puso fin a la vida de Filipo. Dolida por el comportamiento de su marido, y rencorosa y orgullosa por naturaleza, nunca olvidó la afrenta, hasta lograr la muerte de Cleopatra. A la muerte de Alejandro, se enfrentó a Antígono en colaboración y alianza con Polipercón. A solicitud de éste, volvió del Epiro convirtiéndose en dueña de Macedonia, mandando matar a Filipo III y obligando a Eurídice a suicidarse. Casandro, desde el Peloponeso, sublevó el Epiro contra Olimpia, obligándola a refugiarse en Pidna, no sin llevarse a Roxana, esposa de Alejandro, y al propio hijo de éste y de Roxana. Capitulada la ciudad en el año 316, aunque el tratado de rendición preveía la libertad de Olimpia, Casandro consiguió su condena, entregándola a los parientes de sus víctimas, que la ejecutaron.

PARMENION

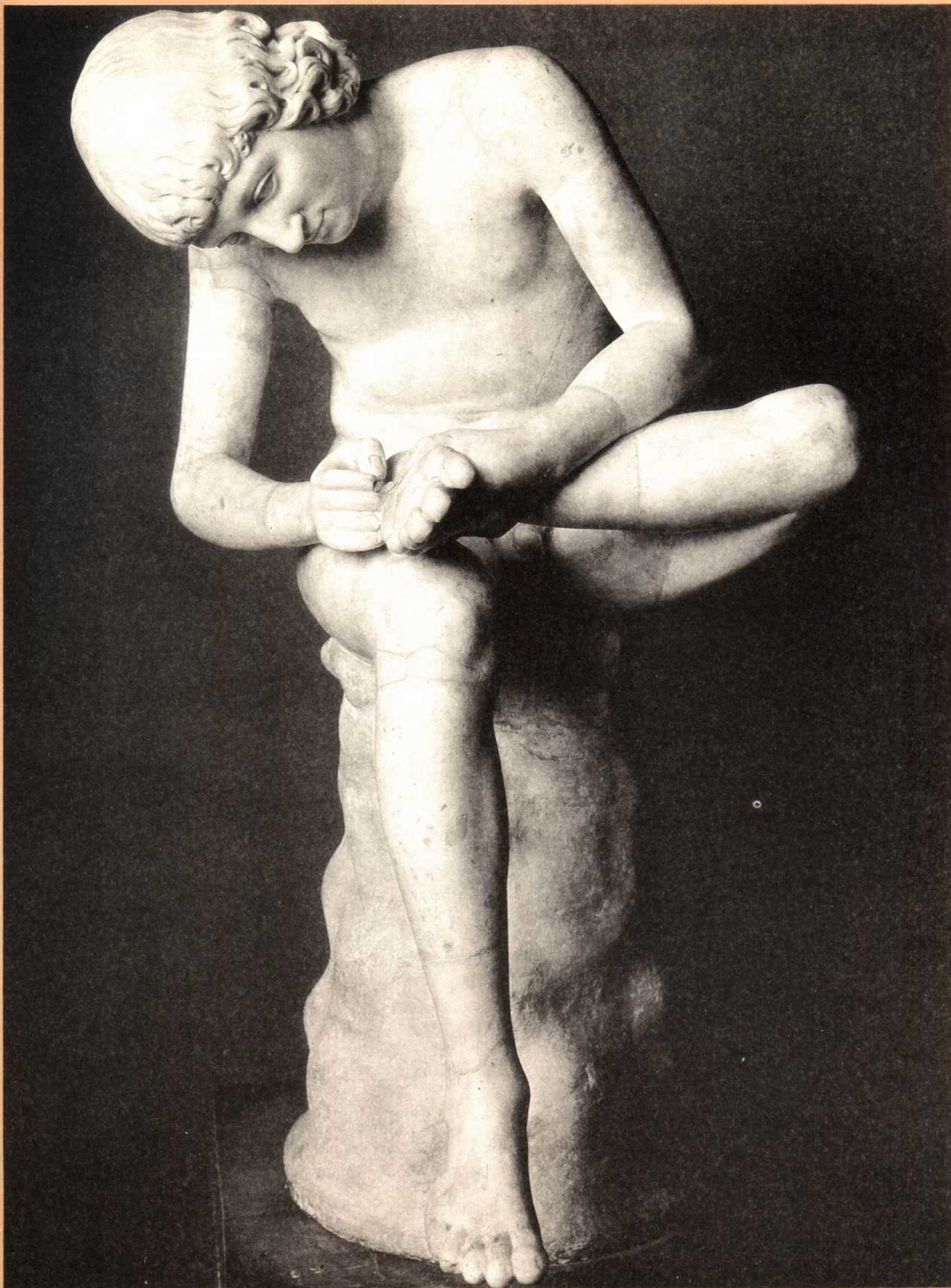
(Mediados del s. IV a.C.)

General macedonio, quizá el más valioso de los que rodeaban a Filipo II, hábil diplomático, hombre prudente e inteligente. Buen consejero de Alejandro, conseguía imponerle su criterio con frecuencia. No ocurrió así cuando, ante el complot descubierto durante la estancia de Alejandro en la Drangiana, después de decidir el ejército la culpabilidad de Filotas, hijo de Parmenión, Alejandro decidió acabar también con la vida del padre, disponiendo su ejecución de forma tal que se llevase a efecto antes de poder conocer Parmenión la muerte de su hijo.

PERDICAS

(Mediados del s. IV a.C.)

General macedonio, lugarteniente de Alejandro, que antes había prestado servicio a Filipo. A la muerte de éste, participó activamente en el restablecimiento del orden macedonio en Grecia, siendo posiblemente el responsable del ataque a Tebas. Aparece acompañando a Alejandro en la campaña de la India. A la muerte de Alejandro, se encontraba en Babilonia ejerciendo el cargo de visir, al que ascendió tras la muerte de Hefestión. En los últimos tiempos, Alejandro manifestó especial predilección por él, y a él entregó el sello real poco antes de morir. Integró el grupo de los diadocos, siendo partidario de la solución de esperar al alumbramiento de Roxana para determinar la sucesión de Alejandro, mientras que él y Leonato serían regentes. La oposición a esta solución planteada por el jefe de la infantería, Meleagro, provocó que Pérdicas saliese de Babilonia con la caballería y con ánimo de poner sitio a la ciudad aislándola del resto del imperio. La intervención de Eumenes evitó la lucha civil, adoptándose la solución que prosperó. Pérdicas fue mantenido como regente, pero con la colaboración de Meleagro en vez de Leonato y, por designarse a Crátero como tutor de Filipo III, quedando sus actos bajo la homologación de aquél. Asentado en Asia, mientras Antípatro permanecía en Macedonia y Grecia, acusó de traición a Meleagro, consiguiendo que el ejército le condenase a muerte; con lo cual quedó como dirigente indiscutido de la parte asiática del imperio y auténtica autoridad por el control que podía ejercer sobre Filipo III. Procedió a distribuir las satrapías entre los genera-



Estatua de *El Espinario*, representativa del arte helenístico (Florencia, Galería de los Uffizi).

les, alejando a todos de Babilonia. Durante su mando debió hacer frente a la sublevación de los mercenarios griegos y, por la forma en que se desarrollaron las circunstancias, pudo captar las consecuencias de la división administrativa que había realizado: cualquier general estaba en condiciones de pretender levantarse con el mando de su zona. Colaboró con Antípatro en el sofocamiento de la rebelión de las ciudades griegas, prestándole el apoyo de su flota, que, mandada por Cleito, decidió la lucha. Colaboró, asimismo, con Eumenes para terminar de someter la Capadocia, siéndole devuelto el favor al informar éste del intento de levantamiento de Leonato y del plan de desmembración del imperio de Alejandro que ponía en marcha Antígono. Las manipulaciones de Olimpia (el ofrecimiento a Pérdicas de la mano de su hija) ponían a Pérdicas en condición muy especial de acceso a la sucesión de Alejandro, pero surgió un conflicto entre Antípatro y el propio Pérdicas, casado ya con una hija de aquél, que enfrentó a los diadocos contra Pérdicas, al que sólo Eumenes apoyó. Pérdicas aprovechó la circunstancia del desvío del cadáver de Alejandro, que era trasladado desde Babilonia a Macedonia y, por soborno de Ptolomeo, remitido a Alejandría, para enfrentarse con este último. Conviene aclarar que la tradición macedonia exigía que el sucesor de un rey rindiese honores fúnebres al antecesor. La ceremonia mortuoria era, pues, proclamación de la asunción del poder, que era lo que pretendía Ptolomeo, aprovechándose de su ventajosa situación de total independencia que mantenía en Egipto. En el intento de atravesar el Nilo por Menfis, Pérdicas fue traicionado por Seleuco, Antígenes y Peitón, quienes le asesinaron.

PERGAMO

Capital del reino de los atálidas, que se extendió desde principios del siglo III a principios del I a.C. Sus primeros pasos como entidad con destino propio se iniciaron con motivo de la traición de Filetairos (o Filetero) a Lisímaco, al retener aquél los tesoros de éste, situados en la ciudad, y pasarse al bando de Seleuco. Pérgamo logró de esta manera una autonomía que se convirtió en práctica independencia con Eumenes I, sobrino de Filetairos. Sus sucesivos monarcas fueron expandiendo los territorios del reino, llegando a dominar la costa de Asia Menor, más helenizada. Una hábil política exterior mantuvo a Pérgamo unida con la potencia dominante en cada momento, permitiendo a su gobierno dedicarse de pleno a la gestión interior, que se convirtió en un excelente centro cultural, artístico e intelectual y verdadero foco de expansión del helenismo. Su industria abarcaba la cerámica, los téxtiles y, sobre todo, el pergamino. En la escultura, su escuela destacó más allá de sus fronteras. Su esplendor se mantuvo por muchos siglos, incluso, y en parte por ello, cuando, legado el reino a Roma por Atalo III, pasó a ser la capital de la provincia de Asia. Todavía en el siglo II d.C. mantenía una situación preponderante en su zona de influencia.

PIRRO

(318-272 a.C.)

Hijo de Eácidas, rey del Epiro, en Macedonia. Su padre había sido fiel colaborador de Alejandro, viéndose envuelto a la muerte de éste en las luchas macedonias, perdiendo el reino y muriendo en ellas. Su hijo, Pirro, fue recogido por Glaucidas, rey de Iliria. Todavía muy joven, fue repuesto en su territorio por Demetrio Poliorcetes, del que fue expulsado años más tarde, iniciando un destierro que le llevó a entregarse al ejercicio de las armas, primero con el ejército de Antígono. Discípulo predilecto de Demetrio Poliorcetes, participó en la batalla de Ipso, siendo uno de los rehenes que Demetrio entregó a Ptolomeo. Su carácter llamó la atención del rey de Egipto y de Berenice, con cuyo contacto se alejó de Demetrio. Cuando éste constituyó un nuevo reino en Macedonia, aspirando a emular a Alejandro, Ptolomeo jugó su baza política para impedirlo. Casó a Pirro con su hermosa hija Antígona y le proveyó de medios para retornar a su antiguo reino (296 a.C.). Los súbditos de su padre se le unieron y, aprovechando la muerte de Casandro y los problemas que implicaba la sucesión, expandió su territorio, aliándose por matrimonio con el rey de Siracusa.

Es el momento en que Alejandro, hijo de Antípatro, solicita su ayuda y la de Demetrio para hacerse con la Macedonia en manos de su hermano. Pirro, primero en acudir, exigió previamente la cesión de varias provincias del reino, atacando después a Antípatro hijo. Presente Demetrio en Macedonia, después de mandar asesinar a Alejandro, se repartió el reino con Pirro. Las relaciones entre ambos comenzaron a deteriorarse por aspirar ambos a un dominio único, llegando al enfrentamiento directo. Pero, al ser derrotado Demetrio por Seleuco (285), Lisímaco aprovechó la oportunidad de apoderarse de toda Macedonia, expulsando a Pirro (284). Rey sin reino, es entonces llamado por Tarento, que se encontraba en estado de guerra con Roma. Este aviso entraba de lleno en los planes de Pirro, que añoraba conquistar la Magna Grecia, esto es, la Italia helénica, Sicilia y el Africa costera. En el año 281 desembarcaba en Italia al mando de veinticinco mil hombres y veinte elefantes. Impuso su mando a Tarento (fraccionada en dos bandos, prorromano uno y antagónico el otro), dándole el trato de ciudad conquistada, y se dispuso a atacar a los romanos. Las tropas romanas guardaban la línea en el llano situado entre Pandosia y Heraclea, lanzándose contra el ejército aliado de los tarentinos y Pirro. Después de diversas vicisitudes, en que Pirro estuvo a punto de perder el combate en varias ocasiones, ordena el avance de los elefantes contra la caballería; asustados tanto los caballos como los jinetes, retroceden en un desconcierto que permitió al epirota hacer una carnicería entre los romanos. Pero Pirro había perdido más de cuatro mil hombres, los mejores entre sus veteranos, y, siendo buen estratega como era, apreció que el triunfo se debía a la casualidad del efecto provocado por los elefantes y no al combate y a su dirección en sí. Ofreció la paz a Roma, exigiendo la libertad de todas las ciudades greco-italianas, oferta que Roma rechazó. Entonces dirigió sus fuerzas abiertamente contra Roma, con la esperanza de que otras ciudades sometidas a los romanos se le uniesen; pero, después de llegar a las proximidades de la Urbe, hubo de buscar cuarteles de invierno sin conseguir su propósito. Al año siguiente marchó a la Apulia, hallando a los romanos en Ausculum, inflingiéndoles otra singular derrota. Pirro había apreciado la ventaja de la legión y presentó batalla modificando el orden falangista. Vencedor de nuevo, no alcanzaba el triunfo: subsistía el ejército romano y los aliados no rompían con Roma. Llamado por Siracusa, que era atacada por Cartago, aprovechó la situación para salir de Italia. Su control de Tarento y Siracusa provocó la alianza de Roma y Cartago. En Siracusa, las prácticas de gobierno de Pirro, propias del Egipto ptolemaico, le pusieron en contra de los ciudadanos, así como de los de las otras ciudades de Silicia (isla que Pirro dominó rápidamente), hasta el punto de volver los sicilia-



Detalle del *Salvamento de Pirro Niño* por Poussin (1638). Oleo sobre lienzo (París, Museo del Louvre).

nos a ponerse de acuerdo con los púnicos. En Sicilia, Pirro logró nuevas ventajas militares en diversos combates, pero, urgido por la situación en Italia (aunque Tarento estaba perfectamente asegurada), salió de Sicilia, que le abandonó totalmente. En la península logró nuevos éxitos tácticos, aunque los romanos, en Benevento, consiguieron, aparte de una pequeña victoria fraccionaria, cogerle el tesoro. Sin recursos, y sin tener respuesta a su petición de ayuda hecha a Macedonia y Grecia, tuvo que volver a su tierra de origen, en donde recuperó rápidamente las posesiones que anteriormente le habían usurpado. En un intento que llevó a cabo por recuperar Macedonia, fracasó, muriendo en una pelea callejera en el Peloponeso (272 a.C.).

«POLIS»

Término griego que significa *ciudad*. Era la expresión de la unidad política helénica y, en general, de los Estados de la época. La *polis* era el vehículo de identificación, unión y atribución de personalidad del individuo, que sólo era tal en cuanto adscrito a la ciudad. La convivencia bajo el amparo de sus murallas, de sus recursos económicos o militares, expresaba el lazo de seguridad. En el caso de Grecia, la *polis* fue, por la configuración del territorio griego en buena medida, la expresión de la mayor entidad política, que unía a los integrantes de su territorio o circunscripción; pero, por eso mismo, también los separaba entre sí. Las ligas de las ciudades griegas fueron, normalmente, episodios de alianza esporádi-

cos y de escasa duración, pensados y surgidos para afrontar problemas concretos, cubiertos los cuales la *polis* volvía a determinar todo el horizonte existente. La ciudad era el estadio más natural, el factor determinante y generador de la libertad del griego. La obsesión constructora de Alejandro, entre otros, solamente expresa esta noción: la ciudad es el factor de cohesión.

Aunque en su origen estuvo sometida al poder de un rey o tirano, frecuentemente absoluto, con el tiempo el gobierno ciudadano se caracterizó por su expresión popular. Esto es, administrado por una asamblea representativa (excepcionalmente, por la comunidad ciudadana en su totalidad) del *demos,* o sea, los sectores de población regularmente detentadores de las tierras, proveedores de renta, etc. (con exclusión de los esclavos y los oriundos de otros sitios, por generaciones que llevasen tiempo en la *polis,* todos los cuales eran, obviamente, mayoría absoluta). En resumen, una aristocracia agrícola, comercial y mercantil, a veces tirana y con frecuencia flexible en el mando. Fue normal la desconfianza hacia la concentración del poder, que se evitaba mediante el riesgo de ostracismo a partir de la reforma de Clístenes.

El eje de la vida ciudadana lo es el *ágora,* la plaza, expresión material de la asamblea popular, posiblemente un mercado en su origen y ahora lugar de discusión de todos los asuntos, en donde la expresión libre es fundamental. Rodeada de pórticos, como la basílica romana, es la sede del gobierno ciudadano y centro del comercio, que, al ritmo en que la política se evade de la vida social, se convierte en el eje y razón de ser de la construcción urbana, en la que la tienda o comercio establecido deben ocupar la planta baja, de acceso directo a la calle o la calle misma.

El gimnasio es el lugar de ejercicio. En él se practican las cualidades físicas en preparación para las competiciones y el cultivo del cuerpo, que el griego destaca entre sus valores. Situado en un principio fuera de la ciudad, a finales del siglo VI se desplaza al interior y comienza a convertirse también en lugar del cuidado intelectual, del diálogo, en donde el sabio o filósofo expone y explica sus ideas, sometiéndolas a la crítica ajena u orientándolas a la docencia.

Finalmente, el teatro, que tiene su origen en el simple hecho de sentarse en la ladera en momentos de asamblea y posteriormente pasa a ser un lugar que, aprovechando el terreno, cumple el fin de actividad política (lo que explica sus siempre amplias dimensiones) y el de distracción. Lentamente, el escenario irá adquiriendo mayor relevancia hasta convertirse en el elemento principal. En las obras que se representan traen a colación toda la serie de problemas de la vida cotidiana (comedia), que se ofrecerán, seleccionados, posteriormente en la tragedia.

PTOLOMEO I Sóter

(367-283 a.C.)

General macedonio, hijo de Lago, noble macedonio, fue compañero de Alejandro, integrando el grupo de los guardias de corps. Ptolomeo había sido incluso compañero de Alejandro durante el destierro de éste y de Olimpia. Célebre entre las tropas por sus éxitos, era un hábil político, perfectamente documentado de la situación de las tierras conquistadas (hizo un relato de la expedición al Asia), estaba convencido de que con Alejandro terminaba su obra, por lo que hizo sus cálculos para hacerse con una parte del imperio. Y, antes que otros, su preocupación se centró no tanto en mantener la cohesión de los vastos territorios conquistados, sino en asegurarse su propio reino. En el reparto de Babilonia aconsejado por Eumenes, Pérdicas le designó sátrapa de Egipto, conjuntamente con Cleomenes, de quien Ptolomeo se deshizo rápidamente. Al punto comenzó a organizar un ejército lo suficientemente poderoso como para demostrar que su intención no quedaba limitada a guardar esa parte del imperio. Lo acreditó con la conquista de Cirene, ciudad proclamada libre por Alejandro y cuya conquista afirmaba la asunción de prerrogativas reales por parte de Ptolomeo. Aún se exteriorizó más claramente su designio, y consiguiente enfrentamiento a Pérdicas, cuando sobornó a un oficial del regente para llevar el cadáver de Alejandro desde Babilonia a Alejandría, y no a Macedonia como estaba previsto; en Alejandría rindió honores al cadáver, afirmándose, conforme la tradición macedónica, sucesor del fallecido. Este gesto provocó su total ruptura con Pérdicas y su necesaria alianza con los demás diadocos contra el regente y Eumenes. Muerto Pérdicas en su invasión de Egipto al intentar cruzar el Nilo por Menfis y ser asesinado por Seleuco y Peithón, en el reparto de Triparadiso (321) Ptolomeo fue confirmado en su satrapía de Egipto y Cirenaica. A la muerte de Antípotro, al sucederle Polipercón y sublevarse Casandro con éste, Ptolomeo se alió con el rebelde. Y cuando Antígono se afincó como el más destacado de los diadocos, se alió con los otros en contra de él, reclamando la adjudicación de Siria. Aprovechando el desplazamiento de Antígono a Europa (dispuesto a conquistarle Grecia y Macedonia a Casandro), Ptolomeo inició la conquista de Siria (312), venciendo en Gaza a Demetrio, hijo de Antígono. Debió, no obstante, retirarse a Egipto cuando Antígono volvió para recuperar Asia. En el tratado del año 311 se afirmaba como soberano de Egipto y Chipre, pretendiendo sostener guarniciones en Asia Menor y Grecia; pero su derrota naval en Chipre le obligó a retirarse a Egipto. Supo aprovechar las consecuencias de la batalla de Ipso (301), recuperando Chipre y las Cícladas. Asumió el título de rey, proclamándose descendiente de los faraones mediante la introducción del culto dinástico (paralelo al del rey-faraón protector, *sóter).* Conscientemente, y con intención de fundir a sus súbditos greco-macedónicos y egipcios en una unidad, organizó el culto de Osiris-Apis bajo la figura profundamente helenizada de Serapis. Consiguió aislar su reino del resto del imperio alejandrino.

RAFIA (Batalla de)

Pugna entre las tropas egipcias de Ptolomeo IV Filopator y seléucidas de Antíoco III, en junio del año 217 a.C., una de las varias que integraron la cuarta guerra de Siria. El plan de Antíoco era reintegrar bajo su corona el original reino seléucida, sustrayendo la Siria del control lágida. En su avance hacia Egipto, Antíoco fue objeto de una estratagema por parte del visir de Ptolomeo, Sosibios, lo que llevó a una tregua provisional. Este lapso lo aprovechó Sosibios para reforzar sus escasas tropas y organizar una leva de población armada (tal era la precariedad de sus fuerzas). Cuando Antíoco atacó a Ptolomeo al año siguiente, el ejército egipcio era una tropa fuerte. El combate comenzó mal para el lágida, que vio perder su ala izquierda en la acometida del seléucida. Este, viendo la victoria a su alcance, corrió en persecución de los egipcios, lo que facilitó a Sosibios mantener su ala derecha, rodear el centro del ejército de Antíoco y triunfar sobre su infantería, a la que Antíoco no pudo auxiliar por haberse alejado en exceso. Fue la última batalla que ganó el ejército egipcio y que le permitió mantener Siria bajo su control.



Retrato en piedra de Alejandro Magno procedente de Itálica (Sevilla, Museo Arqueológico).

INDICE VOLUMEN IV

LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES


VOLUMEN 1.
El Egipto de los Faraones


VOLUMEN 2.
Atenas y Esparta


VOLUMEN 3.
La antigua Persia


VOLUMEN 4.
Alejandro Magno


VOLUMEN 5.
El poder de Roma


VOLUMEN 6.
Bizancio la magnífica


VOLUMEN 7.
Carlomagno y el Sacro Imperio


VOLUMEN 8.
El esplendor de Turquía


VOLUMEN 9.
La China de las dinastías


VOLUMEN 10.
El poder de los Papas


VOLUMEN 11.
La Isla del Sol Naciente


VOLUMEN 12.
La América precolombina


VOLUMEN 13.
El mundo de Gengis Khan


VOLUMEN 14.
La India de los reyes mongoles


VOLUMEN 15.
Los Habsburgo en Europa


VOLUMEN 16.
La España donde no se ponía el sol


VOLUMEN 17.
El Portugal de los navegantes


VOLUMEN 18.
La Francia de los reyes absolutos


VOLUMEN 19.
Expansión de Gran Bretaña


VOLUMEN 20.
La Rusia de los zares


VOLUMEN 21.
Napoleón y el rapto de Europa


VOLUMEN 22.
Federico el Grande y Prusia


VOLUMEN 23.
USA hacia el poder mundial


VOLUMEN 24.
El nacimiento de la Unión Soviética

TYPVS ORBI



QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN
OMNIS, TOTIVSQVE MVNDI NO

S TERRARVM

NTRIO.

EVROPA

Tartaria

A S I A

Mongol.

Cathaio

China.

Turchestan

Persia

Arabia.

India orientalis.

AFRICA.

Nubia

Abissini

Manicongo.

OCEANVS AETHIOPICVS.

MAR DI INDI

Lantchidol mare.

Vastissimas hic esse regiones ex M. Pauli Ven: et Lud: Vartomanni scriptis peregrinationibus constat.

Psitacorum regio, sic a Lusitanis appellata ob incredibilē earum auium ibidem magnitudinem.

10 20 30 40 50 60 70 80 90 100 110 120 130 140 150 160 170 180

LIS NONDVM COGNITA.

IDIES.

REBVS HVMANIS, CVI AETERNITAS
TA SIT MAGNITVDO. CICERO:



sarpe

LOS GRANDES IMPERIOS Y CIVILIZACIONES

ALEJANDRO EL GRANDE

4

sarpe